A. SUBERCASEAUX PEREZ

INDICACIONES

DE LA

BALANZA COMERCIAL

POR

LUIS ALDUNATE

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
BANDERA, 73
—
1893

A. SUBERCASEAUX PEREZ

ADVERTENCIA

Teníamos escrito el presente estudio desde fines de junio último.

Hemos retardado hasta este momento su publicación porque creímos que la atención pública, fatigada y mareada con los seis largos meses de debates económicos, sostenidos en la prensa y en el Congreso, exigía reposo y se sentía inclinada á esperar los efectos prácticos de la ley de 31 de mayo.

Hoy que los resultados estériles de esa ley han podido ser ampliamente demostrados por los hechos y que nos hallamos en vísperas de la discusión del proyecto que ordena la venta en subasta pública de las salitreras del Estado, pensamos que renace la oportunidad de esta publicación, relacionada y complementada con los datos y documentos posteriores á la fecha en la cual la redactamos.

INDICACIONES

DE LA

BALANZA COMERCIAL

I

Efectos de la ley de 31 de mayo próximo pasado.—Carácter absoluto de las declaraciones oficiales acerca de la conversión, sus peligros y sus inconvenientes.—Errores fundamentales sobre la influencia atribuída al curso forzoso en la cotización de los cambios.—La conversión inmediata, único término lógico de esos errores y la conversión á plazo acordada por la ley.

Tenemos en vigencia, desde el 31 de mayo último, la segunda edición corregida y enmendada de la ley de 26 de noviembre de 1892 destinada á restablecer el sistema de pagos en especie y á dar, en consecuencia, término definitivo al curso forzozo del papel-moneda.

No podría desconocerse que la ley de mayo procuró cierta relativa tranquilidad á los mercados nacionales y fué parte á detener, siquiera momentáneamente, la alarmante y progresiva depresión en el tipo de los cambios.

Este fenómeno era natural y debía producirse inevitablemente.

Hay en todas las operaciones que se relacionan con el crédito, una susceptibilidad y una nerviosidad tan exquisitas que aún las medidas más inconducentes ó más descaminadas para producir un resultado benéfico cualquiera, le acarrean, no obstante, de una manera transitoria, cuando encuentran cierto eco y apoyo en la opinión.

Pasa con las dolencias sociales lo mismo que se observa infaliblemente con los sufrimientos individuales.

Los deudos más cercanos y más íntimos del paciente, están siempre dispuestos á tomar como síntomas inequívocos de una reacción favorable no sólo las evoluciones normales del organismo humano que lucha y se resiste antes de perder su vitalidad, sino aún las mismas treguas, pasajeras y engañosas, con las cuales los anestésicos más enervantes y más destructores logran calmar el sufrimiento agudo, aniquilando y agotando más de prisa las exhaustas fuerzas del enfermo.

Si, como nosotros tememos, fuera este propio fenómeno el que causó el relativo bienestar de aquellos momentos, habría una indiscutible ventaja en aprovechar de los instantes de calma en los cuales nos hallamos, para examinar, con serenidad de criterio y con espíritu exento de toda preocupación, los resultados probables de la última reforma legislativa.

"Los cambios internacionales, dice Groschen, forman un tema de estudios mucho menos propio de la controversia que de un análisis minucioso y atento de los hechos."

La observación del eminente estadista y economista inglés, puede y debe ser generalizada á todos los fenóme-

nos económicos que encuentran en el movimiento de los cambios su expresión más sintética y su significación más autorizada.

Hemos sostenido en ocasiones anteriores que las reformas económicas que vienen implantándose, ó, más bien, ensayándose desde principios de 1892, adolecen ante todo de un error de fondo, de un error general de concepto en cuanto tienden á curar *únicamente* los síntomas de un mal, descuidando y, más que descuidando, reagravando la causa que le produce.

Reconocemos, sin la menor vacilación, que nuestra manera de pensar no es la dominante en la conciencia pública.

Se cree y se sostiene en todos los tonos, desde el magistral y enfático, hasta el paradojal, empírico ó fantástico; que el origen único y exclusivo de nuestros males económicos arranca del curso forzoso del papel-moneda. Y partiendo de esta hipótesis, como de un hecho inconcuso, evidenciado, irredargüible, se llega fácilmente á establecer que, suprimiendo el curso forzoso con sacrificios como diez, como ciento ó como mil, por caminos naturales ó por arbitrios y combinaciones legales de cualquier linaje, en los momentos oportunos aconsejados por la ciencia ó en los instantes más difíciles señalados por capricho de la autoridad, de todos modos habremos de alcanzar el mismo éxito ya que la eliminación del papel basta y sobra para dar remate á las estrecheces, dificultades y trastornos que vienen afligiéndonos.

Lo repetimos, es éste el criterio más general y, lo que es más grave, es también la corriente que prevalece en el gobierno y en el Congreso.

Declaraciones consignadas en documentos solemnes,

expresan con deliberada reiteración, que el gobierno abriga el propósito inquebrantable de ejecutar la ley de 31 de mayo sin mirar hacia atrás y sin reparar en sacrificios.

Y, como si esto no fuese bastante esplícito y acaso demasiado imperativo, se ha creído conveniente añadir en el mensaje con el cual se acompaña al Congreso la ley constitucional de presupuestos, que la conversión se efectuará «cualesquiera que sean las circunstancias del país» en la época fijada para realizarla.

Lamentamos, de nuestra parte, el carácter absoluto de esas afirmaciones y lo lamentamos tanto más cuanto que tenemos el convencimiento de que las leyes de noviembre y mayo son absolutamente irrealizables.

Temeríamos, por lo tanto, que las dificultades propias de la violenta transición que trata de operarse, se aumentaran y se complicaran con las perturbadoras exigencias de una ejecución precipitada, á la cual pudiera tal vez arrastrarnos el cumplimiento de compromisos, que no por ser espontáneos y de todo punto oficiosos, dejan de ligar el amor propio de sus autores, por levantado que sea, como nos apresuramos á reconocerlo, su espíritu y su patriotismo.

Antes de quemar las naves, antes de comprometerse más allá en este callejón sin salida, debiera no echarse en olvido que la Gran Bretaña, con ser el emporio de las riquezas del mundo, tardó diecinueve años en operar la conversión de su circulante fiduciario y que hace más de un siglo que el Austria y la Rusia luchan infructuosamente por alcanzar este propio resultado.

Nadie cree, sin embargo, en Austria ó en Rusia, como nadie creyó en Inglaterra mientras luchara con obstácu-

los superiores á la utilidad y practicabilidad de la conversión, que las leyes reiteradamente dictadas para operarla, debían cumplirse con violencia de las evoluciones naturales á que están sujetos estos fenómenos económicos.

Ni era dable tampoco que se pensara y se obrara de otra manera.

Al fin de cuentas, las leyes no pueden obedecer á otro propósito que al de llenar las necesidades y satisfacer á las conveniencias de los pueblos que las dictan. Y, cuando los acontecimientos, superiores como son á la voluntad y á las previsiones humanas, demuestran la falibilidad de nuestros cálculos y nos convencen de error; no ya el patriotismo sino el simple sano criterio, nos imponen el deber de seguir sus ineludibles indicaciones.

Concebimos que el gobierno creyera útil acentuar sus propósitos de llevar á término las reformas estatuídas en las leyes de noviembre y mayo para dar confianza á los espíritus vacilantes, pero no comprendemos, ni mucho menos justificamos, que no se pierda coyuntura para afirmar que tales leyes se ejecutarán «cualesquiera que sean las circunstancias del país.»

Sin insistir en la inconveniencia que envuelve, á nuestro juicio, un lenguaje tan absoluto, que los gobiernos no tendrían siquiera el derecho de emplear, porque en su calidad de simples gestores de los intereses públicos no pueden comprometer la libertad de acción de sus mandantes; hay en tales afirmaciones algo que las desvirtúa y desautoriza de antemano y ese algo es su manifiesta ineficacia para imponerse á los acontecimientos.

Vanamente se afirmará y se repetirá hasta la saciedad que tendremos circulando en nuestro mercado el día tan-

tos de diciembre de 1896 la moneda de los 24 peniques, porque si la situación económica del país en ese día fuera la misma de hoy, no tendremos tal circulante y la moneda que se emitiera para desempeñar ese oficio se escaparía, sin pérdida de tiempo, hacia los mercados acreedores de Chile, sin que para detenerla hubiera otro recurso que el inverosímil y desastroso expediente de elevar el interés del dinero en estas plazas en tanto cuanto importa la diferencia de cambio entre 15 y 24 peniques.

En el curso de estas observaciones, nos detendremos en el análisis de este punto capital del problema que estudiamos.

Por el momento, bástenos hacer presente en apoyo del carácter efímero y dañino que tendría la conversión, en la hipótesis de que se la realizara en las condiciones económicas actuales del país, que ella lejos de traernos el más insignificante beneficio, no haría sino precipitar el estallido de una crisis de incalculables proporciones y resultados.

Es obvio que si toda la dificultad de la situación que atravesamos, consistiese en cambiar por moneda de 24 peniques los veintinueve millones de pesos á que asciende la emisión fiscal, no nos hallaríamos de fijo en las tiranteces de la hora presente ni seríamos bastante cándidos para estar regalando á nuestros acreedores extranjeros la diferencia de nueve y medio peniques por peso que existiría entre el valor de esa moneda y el que hoy se atribuye al circulante fiduciario nacional.

Recursos efectivos y crédito superabundante tenemos en este momento y hemos tenido siempre para realizar una operación relativamente nimia como sería la que contemplamos. Gravísimos, abrumadores serían los car-

gos que el país tendría el derecho de hacer á sus conductores si, para sacarle del atolladero en que se encuentra, hubiera sido suficiente que empeñase su crédito ó enajenase una suma de bienes nacionales de cuantía suficiente para procurarse, en moneda de 24 ó en moneda de 48 peniques, los veintinueve millones de pesos de papel fiscal que fueran los causantes exclusivos de todos los trastornos que nos aquejan.

Los que consideran vinculados á la sola existencia del billete fiscal de curso forzoso todos los trastornos económicos de la actualidad, no son lógicos con sus doctrinas ni con sus convicciones, por cuanto no exigen la conversión inmediata de ese malhadado papel que nos empobrece y nos arruina.

Porque es de notarse que, en medio de la algarabía doctrinaria que ha hecho surgir el problema que hemos estudiado y que seguimos estudiando, no ha habido hasta hoy, á lo menos no ha llegado hasta nosotros, opinión alguna que sustente la impracticabilidad ó siquiera la dificultad que pudiera tener el Estado para pagar en cualquier momento sus emisiones de curso forzoso. Se ha reconocido, por la inversa, con extraña uniformidad, que el país tiene recursos y crédito más que suficientes para desprenderse en el momento en que lo desee de aquella deuda, sustituyendo el papel que lleva su firma por el circulante que se eligiere para reemplazarle.

No hacemos por esto cargo á los autores de las leyes de noviembre y de mayo de haber incurrido en esta falta de lógica, porque no sería justo atribuirles la estrafalaria teoría que consiste en achacar á la sola existencia del circulante fiduciario el cúmulo de dificultades que nos asedian. Más equitativo es, sin duda, suponer que

cuando nuestros legisladores han señalado plazos para verificar la conversión, no ha entrado tanto en su ánimo dar tiempo para allegar recursos con los cuales efectuarla, ya que para este objeto las dilaciones y los plazos serían inútiles é indisculpables, sino que principal y capitalmente han sido guiados por el propósito de modificar paulatinamente, dentro de esos plazos, la condición económica del país hasta acercarla á términos que permitieran la transición del uno al otro sistema en condiciones naturales y normales.

En este sentido y solamente en esta inteligencia, hipotética pero muy verosímil, puede encontrar explicación y justificación el otorgamiento de plazos para llevar á efecto la ley de mayo último, ya que, lo repetimos, ellos serían de todo punto inútiles é inmensamente perjudiciales, si se les hubiera otorgado para el único efecto de reunir recursos que podrían estar listos en el momento actual como habrían podido estarlo en cualquiera época pasada.

Si, pues, tal hubiera sido el verdadero objeto del otorgamiento de los plazos señalados á la conversión, es evidente que no se ajustan ni se interpretan muy acertadamente las miras de los autores de esas leyes, cuando se afirma que ellas habrán de ejecutarse "cualesquiera que sean, en esa época, las circunstancias del país."

Si la conversión ha de operarse en 1896 con una situación económica como la que tenemos en este momento, y con cambios á 15 peniques, ha debido efectuársela hoy mismo, porque no son los recursos los que faltarían con tal objeto y porque, si se considera que todos los males de la situación se deben exclusivamente á la existencia del papel de curso forzoso, sería indisculpable y sería

injustificable que nos obligaran á soportarlos, á pura pérdida, por tres años más. Este raciocinio que, á nuestro juicio, no admite contradicción razonable, nos lleva á la conclusión de que no es discreto ni es prudente continuar afirmando en todos los tonos y en todas las oportunidades que se presentan, que la ley de mayo habrá de cumplirse, literal y fatalmente, cualesquiera que sean las eventualidades del porvenir.

Una resolución de esta naturaleza no sería, á nuestro juicio, propia de hombres de Estado discretos, cautos y celosos del interés público; como nos complacemos en considerar á los que rigen los destinos del país.

II

Anarquía doctrinaria.—Pretendidos *inflacionistas*.—Origen verdadero y efectos propios del circulante fiduciario.—Si existe ó ha existido en Chile exceso ú escasez de papel moneda.—El curso forzoso presentado como obstáculo de las transacciones y de los cambios.—Causas verdaderas de la instabilidad en el valor del papel inconvertible.—Si el honor nacional tiene algún papel en la solución de este problema.—Si se puede reservar á voluntad el empleo del circulante fiduciario para los casos de guerra exterior.

Es peculiar inconveniente de la dilucidación de estos graves problemas económicos, el que hagan surgir un sinnúmero de tesis y de opiniones contradictorias que perturban y trastornan el criterio público en vez de alumbrarle y de guiarle. Ello se debe, ante todo, al carácter, en realidad complejo y abstracto de estas materias, que abre vastísimo campo al empirismo, y se debe, en seguida, á las monomanías del sectarismo doctrinario, estimuladas y auxiliadas por el espíritu de controversia.

Y, para que la confusión y la perturbación traspasen los ya bien dilatados horizontes que el problema encierra en sí mismo, se comienza por plantearle en términos que consideramos caprichosos é inconvenientes.

Es así, por ejemplo, como se da á entender que el sistema de pagos en especie, tiene amigos y enemigos, partidarios y adversarios; francos y decididos los unos, encubiertos y solapados los otros. De aquí se deriva la imprescindible necesidad de probarnos que el circulante metálico vale más que el fiduciario y que éste último engendra una serie de calamidades horripilantes para los desgraciados pueblos que le toleran.

La verdad es, en primer término, que bien habrían podido excusarse las pruebas de una tesis que es elemental y que nadie, que sepamos, ha combatido ni siquiera puesto en duda.

En la organización económica de las sociedades, el sistema del circulante metálico representa el estado normal, el estado de salud, y representa, en seguida, la posesión de una masa de mercaderías ó de especies que tienen un valor propio y una estimación universal.

Y como la salud y la riqueza son de los más preciados bienes del hombre, no sabríamos dónde se hallen esos enemigos ó adversarios á quienes sea fuerza convencer de supuestos errores.

Pero, si fuera empeño vano encontrar ó inventar enemigos de la circulación metálica, es empresa menos ardua la de apellidar ó bautizar de tales á los que no creen que el sistema de circulante fiduciario cargue con todos los pecados que el sectarismo doctrinario se complace y se ha deleitado siempre en atribuirle y á los que no están tampoco dispuestos á aceptar, á fardo cerrado, que todos los caminos sean buenos y todas las ocasiones propicias para sacudirse de sus pretendidos abominables efectos.

Formamos nosotros en las filas de estos últimos. Y,

lejos de disimular ó de encubrir nuestras opiniones, tenemos á empeño proclamarlas muy en alta voz y defenderlas de los convencionales y estereotipados ataques de quienes las combaten sistemáticamente.

Parécenos, en efecto, que hay tanta justicia y tanta exactitud en atribuir *á fortiori* al papel de curso forzoso todas las dificultades de la situación, como la que habría ó la que tendría un enfermo que culpase á los tónicos y á los estimulantes de la falta de fuerzas que le causan sus dolencias orgánicas, ó como la que tendría el cojo que achacase á sus muletas la inhabilidad de sus piernas para echarse á correr, ó como la que emplearía el miope que imputase á los vidrios de aumento de sus anteojos la falta de alcance de su vista.

Pues bien, el curso forzoso no hace otros oficios en los pueblos empobrecidos ó en aquellos que necesitan un aumento repentino y desproporcionado de circulante, que los mismos, mismísimos que desempeña el estimulante aplicado á un organismo anémico, el aparato ortopédico que auxilia los movimientos del inválido ó el anteojo que extiende y ensancha la vista del miope.

Es evidente que vale infinitamente más no necesitar de tónicos, ni de anteojos, ni de muletas y sería una perogrullada deleitarse en el desarrollo de sabias y eruditas demostraciones que manifiesten los beneficios de la salud.

Pero ni la buena lógica ni el sano criterio permitirían deducir de aquella verdad inconcusa que, por cuanto es muy preferible el vigor y la robustez al debilitamiento y á la postración de las fuerzas, deba seguirse como consecuencia necesaria de tales premisas, que sean las medicinas las causantes de las enfermedades, ni que para recobrar el vigor y la salud perdida sea un recurso infalible

arrojar las drogas al cajón de las basuras y decidirse á marchar sin la ayuda de los recursos que la ciencia y la experiencia señalan como indispensables auxiliares de todo organismo dañado ó anémico.

Por esto nosotros, que estimamos el circulante de especies como el desideratum hacia el cual deben propender todos los países que carecen de este beneficio, no somos por eso enemigos del papel de curso forzoso que presta servicios muy reales, positivos y preciosos á los mercados que se ven compelidos á recurrir á su auxilio; ni pensamos, muchísimo menos, que las dificultades de carácter esencialmente *económico* que en 1878 trajeron la inconvertibilidad é impusieron el circulante fiduciario de curso legal, mientras teníamos cambio de 37 ó quizá 38 peniques por peso, puedan hacerse cesar por medio de combinaciones legislativas artificiosas, cuando el tipo de nuestros cambios no alcanza á 15 peniques, lo cual demuestra y evidencia por sí sólo que las circunstancias que nos arrastraron á este régimen de circulante, pesan hoy con doble fuerza para compelernos á mantenerle.

Si, pues, el curso forzoso no es, en definitiva, sino el signo, el sello, la manifestación material ú ostensible de un estado económico mórbido y abatido, es evidente que se yerra el rumbo, que se combate á un fantasma y se persigue una quimera dañina cuando se trata de eliminar el papel, ó sea el remedio de la dolencia, dejando vivas y cada día más potentes, las causas que la producen.

No desconocemos que del curso forzoso se puede abusar y se ha abusado, en efecto, en diversos países y en distintas y conocidísimas épocas que sería excusado

recordar á causa de su propia notoriedad. Las emisiones excesivas de papel inconvertible son, sin duda, un peligro y son, al propio tiempo, la anulación voluntaria de su valor, el despojo de todos los acreedores y de todos los asalariados, el trastorno, la arbitrariedad y el caos.

De todo es posible abusar, y cuando los abusos nacen de la acción de la autoridad, legal ó despóticamente ejercida, es indiscutible que los males que acarrean son más y más difíciles de reparar. También ha habido monarcas monederos falsos que, dentro del sistema de circulante de especies, pueden causar los propios desastres á los cuales se presta el abuso de las ilimitadas emisiones de papel inconvertible.

Por fortuna, no hay utilidad ni objeto en llevar este debate al análisis de hipótesis inverosímiles.

Lejos de haber asomado peligros de esta naturaleza ni aún en época de recientes y profundos trastornos nacionales, puede, á la inversa, establecerse que, á contar desde 1878, no ha habido un solo momento en el cual las obligaciones del Estado, emitidas en forma de billetes inconvertibles, hayan sido desproporcionadas con los recursos del país para solucionarlas.

Lo que es hoy por hoy, en medio de la exhuberante manifestación de opiniones que el problema en análisis ha hecho surgir, no ha llegado hasta nosotros una sóla voz que acuse de excesiva la emisión fiduciaria existente. Ni era dable siquiera que surgiesen recelos ó temores de esta especie, cuando los hechos se han encargado de evidenciar que nos hemos encontrado al borde de una crisis monetaria por falta de circulante y cuando el gobierno se vió en el caso de suspender, de propia autoridad, las incineraciones de billetes fiscales ordenadas

por la ley de noviembre, porque las estrecheces del mercado se presentaron con aspecto tan amenazante que no daban tiempo para aguardar que el Congreso enmendara su propia obra.

En los momentos mismos en que escribimos, y después de movilizados como circulante los nueve millones de pesos de las exacciones de la dictadura, la situación de los mercados nacionales es estrecha y difícil por esta propia causa, sin que para justificar este aserto nos sea necesario otra prueba que la que suministra incontrovertiblemente el alza de interés de los capitales y la notoria restricción de las operaciones de crédito.

No existen, por lo tanto, peligros de abuso en la cuantía de las emisiones de papel inconvertible. Hay, por el contrario, signos manifiestos de que buena parte de las dificultades de la situación provienen de la escasez relativa del circulante actual, y hay, sobre todo, vivísimos recelos é inquietudes muy justificadas de que se esté preparando una crisis artificial con el descaminado intento de privar al país del único circulante compatible con su condición económica, para reemplazarle por una moneda arbitraria que nuestros mercados no podrían retener, sino á precio de la bancarrota general.

Pero, sin anticipar la demostración, que nos esforzaremos por hacer, de la exactitud de estos conceptos que señalan el abismo que média entre nuestro pesimismo y el rosado optimismo de la legión de nuestros contradictores, queremos dar remate á este párrafo del presente estudio haciéndonos cargo de algunos otros argumentos doctrinarios de carácter subalterno que andan mezclados en el debate, á nuestro juicio, sin gran conducencia ni oportunidad.

Es así, por ejemplo, como descendiendo á detalles se apuntan, entre otros daños atribuídos al curso forzoso:

1.º La estagnación que acarrea en las transacciones, debida á la falta de una base fija y cierta para emprenderlas;

2.º La instabilidad incesante en la estimación de la moneda;

3.º El despojo que importa, para los acreedores de capitales, rentas ó servicios, la disminución en el poder de cambio de la moneda;

4.º Finalmente, la condición precaria que se crea á los países que emplean el papel inconvertible como circulante normal y que se hallan privados, por esta causa, de utilizarle con eficacia en las circunstancias extraordinarias que pueden sobrevenir con caracteres de apremio impostergable.

Habremos de repetir, aún cuando ello parezca redundante y hasta majadero, que, á nuestro juicio, no es oportuno ni es útil esforzarse en demostrar las ventajas notoriamente conocidas y por nadie contradichas, que el sistema de circulante de especies tiene sobre el régimen anormal del papel inconvertible.

Conviene, sin embargo, no exagerar los vicios de este último sistema y conviene, sobre todo, no atribuirle otros efectos que los que en realidad le son propios.

Y desde luego, sostener que el curso forzoso acarrea la estagnación en las transacciones, es ponerse en abierta pugna con la doctrina y con los hechos más demostrados y evidentes.

Lejos de ser exacto que el papel inconvertible detiene ó entorpece las transacciones comerciales internas de un país, es notorio, por la inversa, que las estimula y las

alienta, porque levanta las audacias del espíritu de empresa, multiplica los cambios, facilita las trasmisiones de la propiedad y produce, en resumen, una agitación febril que así como tiende á dar alas al dañino espíritu de especulación, favorece y auxilia, en muchas ocasiones, el desarrollo de la riqueza pública.

Habría, por lo tanto, mucha más exactitud en imputar al curso forzoso el inconveniente de estimular, acaso en exceso, la actividad de las transacciones, que en atribuirle el efecto, arbitrario y erróneo, de producir la estagnación y la inercia industrial ó comercial.

Con fundamentos más plausibles, por cierto, se puede afirmar que el circulante de papel inconvertible lleva en sí mismo el germen de la instabilidad en su valor, ya que no es en el fondo sino una simple promesa de pago, sujeta, en consecuencia, á todos los vaivenes y oscilaciones que pueden imprimirle la solvencia, la discreción y aún la probidad del deudor.

Pero, de esta misma verdad elemental, se pueden deducir y se deducen consecuencias erróneas, porque si es cierto que da más fijeza y estabilidad á los negocios el pago al contado, ó sea el pago en especies de valor fijo é intrínseco, que su solución por medio de los títulos de crédito ú obligaciones más saneadas; no es igualmente exacto ni es deducción rigorosa ó doctrinal de tales premisas, que el circulante fiduciario haya de tener inevitablemente una estimación inferior al de la moneda á la cual suple y representa. Mucho menos es efectivo que ese valor haya de seguir siempre en declinación.

Es de la esencia de todo título de crédito la alternabilidad y la variabilidad de su valor, y estos atributos cuadran igualmente á las emisiones de papel inconverti-

ble, como á los títulos que lanza á la circulación cualquier banco ó establecimiento de comercio ó como á las propias obligaciones privadas que suscribe un individuo particular.

Las circunstancias que diversifican unas de otras obligaciones, es decir, el carácter de *inconvertible* y *de curso forzoso* que tienen las deudas de un Estado que se llaman "papel moneda", opuesto al carácter de *exigible* á su presentación ó al vencimiento de un plazo que tienen los títulos ó efectos públicos del comercio, no desnaturaliza la esencia común de ambas obligaciones que, como lo hemos recordado, consiste en la alternabilidad y variabilidad de su valor.

No porque una deuda sea exigible ni porque un efecto público tenga vencimiento fijo, deja de correr las contingencias á que están sujetos inevitablemente todos los títulos de crédito, ó sea, á la pérdida total ó parcial de su valor.

Convertibles ó inconvertibles, de curso forzoso ó de aceptación voluntaria, dichos títulos habrán de correr la misma suerte y seguirán paso á paso la condición que les depare el crédito de la firma que les sustente. Por lo tanto, la causa fundamental y única cierta, demostrada, de la estabilidad en el valor del papel-moneda de curso forzoso é inconvertible, es, en el fondo, la misma que origina las fluctuaciones que afectan á la estimación comercial de todo título de crédito, por más que éstos sean exigibles á su sóla presentación ó que tengan vencimientos fijos.

¿Se debilitan las facultades de un deudor? ¿Disminuye su poder productivo? ¿Aumentan sus obligaciones para

con terceros? ¿Crecen sus consumos necesarios ó supérfluos?

Pues en todas esas hipótesis, será cierto é infalible que los puntos que marca su crédito en el mercado, reflejarán fielmente el valor que el público atribuye á las obligaciones que llevan su firma.

De otra manera no serían explicables los fenómenos que han pasado y que siguen pasando á nuestra vista con el valor del papel-moneda nacional.

Con emisiones, más ó menos análogas en su cuantía, y, en ningún instante excesivas, hemos tenido tipos medios de cambio de 30¾ peniques en 1880, de 30⅞ en 1881, 35¼ en 1882, 35 en 1883, 31¼ en 1884, 25⅜ en 1885, 23⅝ en 1886, 24½ en 1887, 26½ en 1888, 26$^{7}/_{16}$ en 1889, 23⅞ en 1890, 18½ en 1891, 17⅝ en 1892 y tal vez 16½ en el curso de los meses corridos del presente año.

No ha cambiado el papel de naturaleza del uno al otro de los trece años referidos, ni ha tenido más valor intrínseco en un período que en el otro, ó más bien, no lo ha tenido en momento alguno, ni ha habido, por fin, muchísimo menos, más expectativas de conversión en la época tal que en la cual. Muy al contrario, si en algún día ha podido esperarse que el papel se cangeara por especies metálicas, ese día es el actual, ó sea, aquel en el cual el tipo de cambio marca el máximum de depresión conocida.

Pierden, extravían el criterio público, los que sin reparar en el significado manifiesto de estos hechos que no admiten contradicciones doctrinales ó empíricas, insisten en sostener que el circulante fiduciario, cuyo valor

es inestable como el de todo título de crédito, se deprecia ó ve disminuído su poder de cambio por otra causa cualquiera que no sea la de la situación económica del país que le emite.

En otros términos, es un error manifiesto atribuir la baja del cambio á la existencia del curso forzozo cuando ese fenómeno tiene su origen en una causa independiente y superior, cual es la disminución en las facultades del deudor que le suscribe.

Resumiendo este pensamiento en una forma sintética hemos dicho de antemano y volvemos á repetirlo: el circulante fiduciario de curso forzoso no es *la causa* sino *el efecto* de la comprometida situación económica del país y, por consiguiente, la instabilidad de su valor, las oscilaciones y depreciaciones de su poder de cambio; no nacen de que el papel carezca de valor intrínseco, sino de que han disminuído las facultades del deudor que le suscribe, ó sea, de que el país se ha empobrecido.

Sería, sin disputa, remedio heroico é infalible para sacudirnos de este mal, concluir con el papel, pagarle y traer en cambio de ese circulante de crédito, el circulante sólido, real y de valor propio de la moneda.

Ya veremos más adelante si ese remedio, de eficacia incuestionable, es también de realización práctica posible.

Por el momento nos interesa sólo dejar establecido que no es exacto que el curso forzoso sea el causante directo y responsable de todos los males que se le achacan, que la instabilidad misma de su valor, cierta como es, no nace de que este circulante carezca de valor intrínseco sino de que su estimación, como la de todo título de crédito, tiene que seguir de cerca, y paso á

paso, la condición económica del Estado que le emite, y que es igualmente errónea y equívoca la doctrina de los que suponen que las oscilaciones y depreciaciones del cambio internacional, se deben á la sola existencia del papel-moneda.

Todavía, cuando se dice que al curso forzoso deben los capitalistas, los rentistas ó los asalariados, la disminución de sus haberes, la pérdida real y efectiva que experimentan en el poder de cambio del circulante con el cual se les pagan sus réditos ó sus sueldos; se expresa una idea inexacta, ó, cuando menos, trunca é incompleta porque, en realidad, no es el circulante el que cambia todos los días de naturaleza, de alcance ó de valor, que siempre estos atributos han sido los mismos, sino que es el crédito del deudor que le emite, ó sea, la condición económica del país, la que tales efectos produce y tales trastornos y pérdidas ocasiona.

El papel de curso forzoso, como todos los instrumentos de la circulación fiduciaria, tienen de común la circunstancia de que se les emplea para *suplir* á la moneda, cuyo uso puede así economizarse.

La conocida y bellísima metáfora de Adam Smith hace resaltar esta idea con toda nitidez y transparencia.

"El oro y la plata que se emplean en la circulación, se asemejan á un gran camino que sirve para conducir al mercado todos los granos y forrajes de un país, pero que no produce, sin embargo, por sí mismo, ni un solo grano de trigo ni una sola hebra de pasto. Las operaciones de crédito discretas, abriendo otra gran vía por el aire, permiten convertir los terrenos ocupados por caminos en fértiles praderas ó en fructíferos campos de siembra."

Augusto Arnanué, después de transcribir el pasaje citado, añade:

"Los encajes metálicos son, en efecto, estériles, los capitales que los forman son capitales muertos, distraídos al trabajo y á la producción. La sustitución de títulos á especies como circulante, permite convertir estas últimas en un capital productivo. *Pero no debe jamás olvidarse que estos títulos representan créditos y que ellos no valen sino lo que vale el deudor.*"

Así explicadas las funciones del curso forzoso, resalta, ante todo, el verdadero carácter que debe serles atribuído.

Se emplean los títulos de crédito, para no inmovilizar y dejar improductivo el capital moneda.

Se echa mano del papel inconvertible cuando, por cualquier circunstancia, un país se ve privado de su circulante de especies.

En el uno como en el otro caso, el uso de estos instrumentos de circulación, lejos de entrañar gravísimos daños, como se sostiene inexactamente, permite, á la inversa, economizar la moneda que pasa por estos médios á ser un capital productivo dejando de ser un capital muerto.

De esta suerte, mientras no se abuse de estos preciosos recursos del crédito, no hay males que temer, no habrá peligros de instabilidad en el precio de los títulos representativos ó supletorios de la moneda, ni se harán sentir oscilaciones ó fluctuaciones que alteren el valor del instrumento circulante.

"Pero que no se olvide jamás que estos títulos representan créditos y que ellos no valen sino lo que vale el deudor."

No son, pues, los instrumentos de crédito, no es el

curso forzozo el que por su esencia y su naturaleza lleva envuelto el germen de la instabilidad y de la variabilidad de valor. Son los establecimientos emisores de instrumentos de circulación fiduciaria, son los Estados que lanzan el papel de curso forzoso inconvertible, los que declinando en sus condiciones de solvencia, disminuyendo sus fuerzas productivas, elevando el monto de sus deudas ó haciendo crecer sus consumos, producen las oscilaciones y declinaciones en el valor de los títulos que llevan su firma.

Ahora, el que estos peligros sean más graves en el caso de los Estados emisores de papel inconvertible que en los usos que el comercio y la industria hacen de los instrumentos de circulación, es algo que no admite dudas ni vale la pena de discutirse.

Bastaría para patentizar y para evidenciar esos peligros, la circunstancia de que los países no entran por su voluntad, ni por placer, ni por espíritu de lucro á sustituir el circulante de especies por el fiduciario, sino que son compelidos, arrastrados á emplear ese recurso, por la fuerza de la necesidad cuando su situación económica falla y se debilita.

Y si no tiene nada de extraño, ni de fenomenal que el crédito de un país no convalezca con el papel-moneda, no por eso podría decirse con buen espíritu y sano criterio que la circulación fiduciaria sea la causa de un mal preexistente, como no podría culparse á la acción de los medicamentos de que no sanen los enfermos. Lo más que sería lícito, justo y acertado expresar en tales casos, es que los recursos de la ciencia han sido ineficaces ó impotentes para levantar de su postración á un organismo debilitado ó extenuado.

Pero de aquí no se deduce, y está muy lejos de deducirse, que sea cuerdo, discreto, prudente y, muchísimo menos, doctrinal ó científico, que sea necesario, útil ó siquiera posible, suprimir el circulante fiduciario en los momentos más agudos de un malestar económico, para sustituirlo por otro que, por lo mismo que tendría un valor intrínseco propio, habría de escapársenos de las manos para ir á solucionar las deudas del país en el exterior. Este que es el único punto útil de la controversia de actualidad, es también el único sobre el cual se pasa con premeditada ó impremeditada ligereza, pero en todo caso con notoria debilidad y superficialidad de razonamientos.

Por lo demás y sin salir todavía del punto concreto que analizamos, ó sea, de los exagerados é inexactos vicios que arbitrariamente se atribuyen á la circulación fiduciaria, apenas si nos detendremos á desautorizar un nuevo orden de consideraciones que, sin tener carácter ó trascendencia *económica* alguna, figuran también infaliblemente en este proceso de cargos fantásticos y perturbadores del criterio público.

Se afirma que es un indeclinable deber del Estado, deber que afecta á su honor tanto como á las más evidentes conveniencias nacionales, el pago inmediato de las emisiones de papel inconvertible, por cuanto ellas constituyen un empréstito forzoso que se arrancara al país en nombre de necesidades muy justificadas pero esencialmente *temporales y transitorias.* Y por lo mismo, se añade, que ese empréstito no devenga intereses ni tiene vencimiento fijo, es el más gravoso de cuantos pueden pesar sobre un país y debe ser, por lo tanto, el primero que se amortice y se extinga.

Con lo cual no se hace sino enunciar el propio problema que debiera ilustrarse y resolverse de muy diversa manera.

Porque, en realidad, lo que se trata de saber es precisamente lo que se da por probado, es decir, si las circunstancias que compelieron al país á entrar al curso forzoso subsisten ó no subsisten al presente.

Nosotros sostenemos que no sólo subsisten aquellas circunstancias sino que, por desgracia, están considerablemente reagravadas y fortalecidas. Por lo tanto, no habría llegado el momento de pagar el tal empréstito por más que fuese impuesto, como es efectivo, con carácter transitorio y temporal.

No pasa de ser tampoco una alegación banal y declamatoria, aquello de recordarnos á cada paso que el Estado tiene el deber de honor de pagar el circulante fiduciario que lleva su firma.

Es obvio que todas las deudas deben ser pagadas y que el cumplimiento de esta obligación afecta al honor de todos los deudores. Sucede, sin embargo, en nuestro caso, que el carácter de acreedor y de deudor de las emisiones de papel inconvertible, están confundidos en una mismísima entidad, que antojadiza ó erróneamente se trata de separar ó diversificar. Porque no es el gobierno el que debe al país el monto del circulante fiduciario, sino que es el país el que se debe á sí mismo la cuantía total de ese empréstito que se contratara para atender á sus propias necesidades.

¿Sobre quién pesaría entonces aquel apremiante é impostergable deber de honor de pagar el circulante fiduciario?

Como se ve, no hay en este linaje de alegaciones sino

un recurso retórico que, por más que venga repitiéndosele desde antiguo, sin darse acaso cuenta de su futilidad, no tiene en el fondo significación alguna.

Simples ejecutores de la voluntad de su mandante, los gobiernos no deben al país lo que el país les ordena tomar en préstamo por cuenta propia.

Por manera que la única consideración séria y verdadera que aconsejaría á los países la extinción del circulante fiduciario, es la de su propia y exclusiva conveniencia.

Los gobiernos que no atendieran á este último género de consideraciones, faltarían ciertamente á su deber, dañarían y perjudicarían al país que les ha dado la gestión de sus intereses, sin que el honor, la honradez ni la delicadeza tengan papel alguno que desempeñar en la solución del problema.

Pero tan culpables como los gobiernos en aquellas faltas, y mucho mas culpables que ellos, serían los pueblos que las tolerasen con su aquiescencia ó siquiera con su resignación. En países regidos como el nuestro, por el sistema popular representativo, no se explicaría que los gobernantes, por despóticos ó absorventes que quiera suponérseles, mantuvieran al país, sin necesidad alguna y sólo por capricho ó por espíritu de lucro, sometido á un régimen ficticio de circulación que hubiera de causarle su ruina.

Precisamente si algún límite tienen y han tenido siempre las omnipotencias gubernativas, ese límite es el que le trazan los intereses económicos de las sociedades á las cuales representan.

Ningún pueblo se deja arruinar por sus mandatarios, por más que sea frecuente en la historia, propia y age-

na, ver ejemplos de países que por indolencia, por cansancio ó pusilanimidad, toleran el despojo temporal de sus libertades y derechos políticos.

Para terminar con esta ya larga serie de elementos impropios ó inconducentes en este debate, debemos hacernos cargo de una última consideración muy repetida también en estas discusiones.

Hay, se dice, una mayúscula imprevisión de parte de los pueblos y de los gobiernos que no reservan el empleo del papel-moneda para los casos extremos. Así es, se añade, como si nosotros pudiéramos vernos un día, remoto, pero siempre posible, en la dolorosa eventualidad de afrontar una guerra externa, nos hallaríamos privados de los recursos que pudiéramos procurarnos con las emisiones de papel inconvertible.

Inútil nos parece señalar el flaco de estos socorridos y viejos argumentos de la controversia en que nos hallamos empeñados.

No sólo para atender á exigencias extraordinarias é imprevistas sino para llenar las notorias y elementales conveniencias, ordinarias y comunes, nos convendría tener un circulante de especies de la mejor ley y en la mayor cantidad posible.

Habrá, nos parece, plenísimo acuerdo y absoluta unanimidad de opiniones para aceptar esta conclusión.

Por desgracia, no se trata de formular aspiraciones ó *desideratums* comunes y unánimes de todos los pueblos y de todos los individuos.

Es otro el objetivo útil de este debate y cabría á los sostenedores de la tesis que impugnamos, el deber de probarnos, no ya que el régimen de la circulación fiduciaria es anormal y debería ser reservado para casos ex-

traordinarios, de lo cual estamos convencidos muy de antemano, sino que hay medios prácticos, recursos eficaces y oportunos, para hacerle cesar sin daño del país.

Lo que es nosotros llevaríamos todavía más lejos nuestros deseos en esta materia porque, debe creérsenos sin que lo afirmemos muy solemnemente, aspiramos á que la riqueza del país sea no sólo suficiente para llenar todas sus necesidades ordinarias sino que bastase también para ponerle á cubierto de apelar á estos recursos anormales del crédito aún en los casos de guerras ú otras públicas calamidades.

Como se ve, lo que es en buenos deseos, no cedemos á nadie.

III

Causas preexistentes al curso forzoso que determinan los fenómenos inexactamente atribuídos á la naturaleza misma de este circulante. —Influencia nula de las expectativas de conversión artificial del papel-moneda.—Elementos determinantes del tipo de los cambios entre países de circulación monetaria.—El *gold-point*.—El papel inconvertible es *efecto* y no *causa* de la inferioridad económica creada á los países de circulación fiduciaria en el mercado de los cambios.—Teoría de la balanza comercial.—La primera y deficiente fórmula de esta tesis en el siglo XVII.—Say, Bastiat y la escuela económica del siglo XVIII.—Reacción exagerada y paradojas insostenibles.—La escuela económica moderna.—Tendencia de la legislación y de la política económica contemporánea.

Habrá de perdonarnos el lector á quien hayamos podido conducir hasta este capítulo del presente estudio, sin entrar todavía al terreno verdaderamente útil del asunto que dilucidamos.

No es nuestra la culpa si, para llegar á este punto, hemos debido abrirnos paso en la senda que recorremos separando aquí y allí los obstáculos que la embarazaban, descuajando el terreno de las tupidas malezas del empirismo.

Ni son tampoco del todo superfluos los distintos tópi-

cos que dejamos analizados, ya que de ellos se desprende una primera conclusión no sólo congruente sido muy capital en este debate, á saber, que es erróneo y absolutamente arbitrario atribuir la depresión del tipo de los cambios á la existencia del curso forzoso.

Lejos de ser exacta semejante aserción, hemos puesto de manifiesto que ella pugna con los hechos más notoriamente evidenciados por la experiencia.

Si el curso forzoso fuese la causa directa de la depreciación de nuestro circulante, es obvio que dicha causa obraría con la misma fuerza y daría resultados idénticos desde el momento en que se produce hasta aquel en el cual se la pone término.

Y, como lo dejamos expuesto, curso forzoso, papel inconvertible hay en este país desde 1878, sin que en el trascurso de los que quince años que van corridos desde esa fecha hasta el día, el tipo de los cambios haya marcado jamás los mismos puntos.

Muy al contrario, con papel inconvertible de la misma calidad, de la misma y aún de mayor cantidad que la existente en este momento, hemos tenido cambio desde 38 hasta 13½ peniques.

Luego, no es exacto y está muy distante de hallarse enseñado por la ciencia ni comprobado por la práctica, que el curso forzoso cause por sí solo, fatal é ineludiblemente, la depreciación del circulante fiduciario. Las fluctuaciones, las oscilaciones en la estimación comercial de ese instrumento de cambios, prueban incontrastablemente que, aparte de su existencia y con absoluta independencia de ella, existe una ley superior que determina las alzas y bajas en el valor del papel fiduciario.

Ahora, que en ese movimiento de flujo y de reflujo

no entra tampoco, en calidad de elemento determinante, la expectativa de un reembolso, más ó menos próximo del papel contra especies metálicas, lo prueba asimismo de una manera muy poco halagüeña para las afirmaciones del rigorismo teórico, *el hecho* de que el papel inconvertible haya tenido un valor muy alto cuando nadie hablaba ni nadie pensaba en la conversión y de que haya caído al máximum de su depresión en los instantes precisos en los cuales se armaban y se combinaban una serie de leyes destinadas á retirarle de los mercados nacionales.

Estos son los hechos y vanamente se revelarían en contra de su alcance y significación manifiestas, los sostenedores de tesis empíricas ó pretendidamente científicas.

Es obvio que entre países que cuentan con los beneficios del circulante de especies, el tipo de cambios no puede acusar otras diferencias que las que provengan:

1.º De la distinta clase, valor ó ley de sus monedas; y

2.º Del precio de trasporte y seguros de esas mismas monedas de un país al otro, ó sea, de lo que técnicamente se ha llamado el *gold point.*

Estas nociones elementales y notorias no requieren, por cierto, sino enunciarse.

Si el movimiento de la balanza comercial de un período de tiempo determinado, entre dos países que tienen el circulante oro, Inglaterra y Alemania, por ejemplo, arrojase un saldo de un millón de libras esterlinas en contra de esta última y á favor de la primera; es evidente que el pago se verificaría en una ú otra de estas formas. El comercio alemán se proveería de letras en Ber-

lín ó Hamburgo contra banqueros ó firmas comerciales de Londres ó Liverpool. Pero si, á consecuencia de la demanda de letras para verificar estos pagos, unida á la que provenga de las necesidades generales de esos mercados, el precio de las letras subiese más allá del costo de flete y seguro indispensable para remitir la moneda misma de una plaza á la otra, se recurriría á este último arbitrio para hacer la cancelación de dicha deuda y, en tal supuesto, serían las especies metálicas las que viajaran de Hamburgo á Liverpool en busca del acreedor.

Por idéntica razón, si el país deudor del saldo de un millón de libras esterlinas, que hemos puesto por ejemplo, no fuere la Alemania sino Bolivia y no tuviese circulante de oro sino de plata, es también evidente que el precio de las letras podría elevarse, primero, con el costo de trasporte de la moneda y segundo con la diferencia de valor comercial entre el circulante de oro inglés y el circulante de plata boliviano. El premio de las letras en este otro evento, estaría limitado, estricta y necesariamente, por la concurrencia de estos dos factores, porque si les excediese en cualquier suma apreciable, se recurriría asimismo al envío directo de las especies metálicas como medio más económico para efectuar el pago.

Sería ocioso añadir que estas reglas, no ya científicas sino de simple sano criterio, no tienen aplicación posible cuando se trata de países de los cuales el uno cuenta con un circulante metálico cualquiera y el otro se encuentra sometido al régimen del papel de curso forzoso, que carece de toda estimación fuera de los límites del Estado que le emite.

Y, sin más que esto, deducen los que analizan superficial y erróneamente estos principios, que es el curso forzoso del circulante fiduciario el que origina la depresión ilimitada en el tipo de los cambios.

Equívoca y antojadiza deducción que estriba en tomar siempre los *efectos* por las *causas*.

Lo que existe de real y de verdadero en el fondo de este fenómeno, es que el curso forzoso no llega para país alguno sino después que se ha desprendido, total ó semi-totalmente, de su circulante de especies en fuerza de un desequilibrio ó de un trastorno económico.

Luego, si la emigración ó la salida del circulante metálico es anterior á la existencia del curso forzoso, y aún incompatible con él, la lógica exigiría que no se confundiesen y trastornasen los términos del problema y que se dijera, con mayor exactitud, que la causa de las depresiones ilimitadas en el tipo del intercambio, consiste sencillamente en la inferioridad económica en que un país se encuentra con respecto á otro con el cual mantiene relaciones comerciales.

Efecto y no *causa* de esa inferioridad económica es que el país *A* tenga circulante fiduciario sin valor alguno más allá de sus fronteras, mientras que el *B* tiene plata ú oro de estimación universal sirviendo de instrumento á sus cambios internos y sirviendo, á la vez, de mercadería para pagar los saldos pasivos de su comercio con mercados extranjeros.

Ahora, la inferioridad económica en la cual se halla un país de circulación fiduciaria con relación á otro que cuenta con especies metálicas para el movimiento de sus transacciones internas ó externas, puede tener y presenta, en realidad, muy diversos grados en la práctica

según sea el carácter y el alcance de las dificultades que la han producido y que la mantienen.

Así es, por ejemplo, como sin salir de nuestro propio caso, la inferioridad relativa de nuestro circulante fiduciario en 1878, fecha de su introducción, con respecto á la moneda esterlina inglesa, era de 48 peniques por peso, que vale esta última, á 38 peniques, tipo á que se cotizara el cambio sobre Londres en la época recordada.

Poco á poco esa inferioridad ha ido aumentando hasta alcanzar límites casi inverosímiles, sin que, lo repetimos, el circulante fiduciario haya cambiado de calidad ni haya crecido en cantidad.

Por lo tanto, es fuerza convenir, á lo menos, si se respetan los hechos y las evidencias, que es la condición económica del deudor de ese papel la que ha sufrido tan profunda alteración ó, en otros términos, que el país se ha empobrecido.

Y al tocar este punto, en el cual tiene que reaparecer, como factor capital del problema en análisis, la manoseada y calumniada teoría de la balanza comercial, hay todavía imprescindible necesidad de entendernos no sólo acerca de la exactitud de los principios sino aún en orden á la inteligencia y á la significación de las palabras. De otra suerte se corre el riesgo de aumentar la confusión, ya bien considerable, que se ha trabajado por hacer al derredor de ideas simples y sencillas en el fondo.

Hace cerca de dos siglos que se disputa sobre el alcance, efectos y significado de la vieja teoría de la balanza comercial, sin que cesen hasta hoy las perturbaciones y paralogizaciones que esa doctrina ha tenido el poco envidiable privilegio de producir.

Cuando un eminente publicista (Watel) dió á esa tesis

su primera forma, dejóse influenciar, sin duda, por las ideas incompletas que dominaran en aquella época en orden al conjunto de las relaciones que crea el comercio entre los pueblos. Creíase, en efecto, en el siglo XVII, que la riqueza de los pueblos debía medirse por la masa de metales preciosos que cada cual de ellos poseía. Tomando la riqueza por el signo que la representa, se olvidaba que el oro y la plata no son, en realidad, sino una de las diversas mercaderías ó especies que constituyen la masa de valores de la cual aquella se compone.

El ilustre pensador citado, formulaba de esta manera, inexacta por su deficiencia, la base de la tesis que nos ocupa.

«El conductor de un pueblo, decía, debe velar cuidadosamente para dar estímulos al comercio ventajoso y restringir el desfavorable. El oro y la plata, que han llegado á ser la común medida de todas las cosas comerciables, indican que el comercio que reporta á un Estado una suma mayor de estos metales que aquella que sale de sus fronteras, es el comercio ventajoso y que, á la inversa, es ruinoso el que hace salir más oro y plata que la que se introduce al país.»

De aquí vino, dice Juan Bautista Say, todo un sistema de legislación universal que se llamó el sistema de la balanza del comercio.

Fué menester que aparecieran los economistas del siglo XVIII y que, con Adam Smith á la cabeza, abrieran cruda campaña contra estos errores, para que la opinión, que los tenía aceptados sin reserva, comenzara á vislumbrar la verdadera teoría científica que hoy domina sin contrapeso.

Y, á la verdad, nadie piensa hoy como pensaban los

autores del sistema de la balanza de comercio del siglo XVII. Nadie cree que sea más rico el pueblo que, en las luchas del intercambio, logre reunir una cantidad más considerable de metales preciosos, sino aquél que por una suma mayor de esfuerzos, de arte industrial, de ahorros, por las ventajosas condiciones de su clima, por la fertilidad de sus terrenos ó por los tesoros que encierran sus montañas; obtenga una mayor cantidad de productos que ofrecer al mercado universal.

Las enseñanzas de Smith, ampliadas y desarrolladas más tarde por Say, por Bastiat y por una legión de pensadores eminentes, no sólo lograron disipar los errores del primitivo sistema de la balanza de comercio, sino que popularizaron y vulgarizaron las verdades científicas que son el corolario y la consecuencia obligada de sus doctrinas.

Se admite hoy, por ejemplo, universal y unánimemente, que en el comercio de los pueblos los productos se cambian por productos y que en este trueque incesante de valores, las desigualdades que puedan producirse tienden á desaparecer, porque ni sería concebible que el comercio se mantuviese sin el estímulo de una ganancia ni habría países que consintieran en no recibir en pago de sus mercaderías otros productos de igual ó mayor valor.

Fluye todavía, como consecuencia necesaria de estas doctrinas inconcusas, que los excesos de consumos de un mercado cualquiera, revelados por el aumento de internaciones de mercaderías exóticas sobre la masa de sus productos de exportación ó de retorno, no pueden ser permanentes, como no podrían serlo tampoco los desequilibrios ó déficits en el movimiento de entradas y gas-

tos de un individuo particular. La ley que regula estos fenómenos es inflexible y trabaja sin cesar en pro del restablecimiento del equilibrio alterado. El pueblo ó el individuo que debe más de lo que produce, veráse, al fin, obligado á restringir sus consumos ó bien á aumentar su producción.

Hasta aquí son de una evidencia notoria, como que son simples deducciones de sentido común, las que se desprenden de las enseñanzas de la escuela económica que inició en el siglo XVIII sus ataques contra el incompleto sistema de la balanza del comercio.

Por desgracia, se han desnaturalizado, se han trastrocado y se han desfigurado estas doctrinas con lamentable falta de discernimiento, hasta atribuirles un carácter absoluto y hasta deducir de ellas la consecuencia inexacta de que es inadmisible que exista un país que, en cualquier momento, pueda hallarse con una suma de obligaciones que excedan á sus créditos contra mercados extraños.

Y como la lógica del error es tan fuerte y tan poderosa, en apariencia, como la que sustenta á la verdad, se llega de deducción en deducción á sostener, en primer término, que si fuesen exactas las cifras de la estadística que acusan un exceso de importaciones extranjeras sobre productos nacionales de retorno, el hecho demostraría que el país se está enriqueciendo, porque habría logrado apropiarse, merced al movimiento de su comercio con los mercados extraños, de valores que excederían á los que daba en cambio de aquellos productos.

Una segunda consecuencia, igualmente lógica del mismo error, es la que se enuncia y se sostiene con aires de una verdad científica inatacable, por los que afirman

que las letras de cambio no pueden ser adquiridas sino con el precio de productos del mercado librador y que ellas suponen necesariamente la existencia de fondos en la plaza librada, fondos y recursos que no pueden provenir sino de valores efectivos y propios del mercado del cual salen esas letras.

Quienes tales premisas aceptan y de tal manera raciocinan, tienen forzosamente que llegar á la conclusión de que es una patraña inadmisible y un error vulgar manifiesto aquello de la posible existencia de una balanza comercial desfavorable. En la lógica de estos doctrinarios, no cabe, en efecto, la posibilidad de que el tipo de los cambios pueda ser deprimido por un desequilibrio económico que traiga origen de hallarse un mercado con una masa de obligaciones que excedan á sus créditos para con las plazas extrañas con las cuales comercia. Y, á la verdad, si los efectos comerciales que se llaman letras de cambio, no pueden adquirirse, como lo afirman los sostenedores de esta tesis, sino mediante á un trueque de productos por productos, es obvio que su raciocinio será inatacable. Quien con sus bienes propios paga lo que debe, cancela sus obligaciones redondamente y si sus recursos pueden sufrir más ó menos en esta operación, su crédito tendrá siempre que permanecer intacto.

Nos interesa, porque interesa al país, poner atajo á esta corriente de afirmaciones paradojales y erróneas, porque ellas son inductivas de consecuencias funestas que, por desgracia, no están lejos de producirse, ó que, cuando menos, nos amenazan muy seriamente.

Y, como en materia de suyo grave, no osaríamos afirmar nada de nuestra exclusiva cuenta, nos limitaremos á oponer á la autoridad de quienes sustentan las doc-

trinas que dejamos expuestas, otras autoridades que acaso tengan el prestigio necesario para poner en transparencia las verdaderas nociones científicas aplicables en la solución del problema que estudiamos.

No seremos prolijos en las citas.

Comprendemos que la propia aridez de la materia que tratamos, nos aconseja la sobriedad so pena de fatigar en exceso la atención de los lectores.

Comprendemos, de otra parte, que no hay interés ni hay novedad en pasar en revista una larga serie de opiniones ó doctrinas de antigua data, que aún sostenidas por autores eminentes, no han podido seguir de cerca la incesante movilidad, la agitación vertiginosa del comercio universal moderno, que abre día á día nuevos horizontes á la observación y al estudio de los fenómenos económicos.

Hallamos en la última edición del *Nuevo Diccionario de economía política* publicado bajo la dirección de M. León Say (1891) y en la palabra «Cambio», un notable artículo de Augusto Arnanué, que dice así en la parte pertinente á nuestro tema:

«El precio de los efectos á corto plazo (letras de cambio) depende *sobre todo de la balanza comercial.*

«La palabra no está tomada, por cierto, en el sentido que ántes se le diera. En esta *balanza* entran no sólo los créditos y las deudas que resultan de las importaciones y exportaciones sino las que nacen del transporte marítimo, de las comisiones comerciales ó bancarias, de los empréstitos ó colocaciones en el extranjero, en una palabra, de todo lo que se ha llamado *importaciones ó exportaciones invisibles.*

«Es cierto que, al fin de cuentas, las importaciones

visibles ó invisibles son iguales á las exportaciones visibles ó invisibles, los créditos á las deudas. Pero, *esto no es cierto sino al fin de cuentas* y no en todo momento.

Así, el precio de los efectos á corto plazo (letras) *depende sobre todo de la importancia comparativa de los créditos y de las deudas que existen entre el mercado librador y la plaza librada.*»

Y, después:

«No se gira siempre sobre créditos *efectivos*. Se gira también en descubierto.

«Estos giros en descubierto hacen competencia á los giros sobre valores acumulados y abaten su precio.»

Más adelante todavía:

«Aún cuando esté demostrado el error del antiguo sistema de la balanza de comercio que consistía en atribuir á las especies metálicas una importancia más considerable que la de otro producto ó mercadería cualquiera, *es lo cierto que la importación ó exportación de metálico es signo de abundancia ú escasez.*

En resumen, las doctrinas que dejamos trascritas, son, en el fondo, las mismas que algunos años ántes formulaba Leroy Beaulieu con carácter de más generalidad y tal vez con menos pertinencia para resolver el punto preciso que tratamos de ilustrar en este momento, pero con idéntica nitidez y con la notoria autoridad de sus enseñanzas.

«Se juzgaría mal de la situación recíproca de las diferentes naciones desde el punto de mira de los saldos que pudieran deberse, si no se considerara otra cosa que las importaciones y las exportaciones. Es necesario no olvidar que el flete marítimo puede, en muchos casos, llenar el hueco entre las unas y las otras, siendo natural-

mente este flete *un beneficio del país bajo cuyo pabellón se efectúa.* Es necesario después tener en cuenta el movimiento de ingresos y egresos de los valores mobiliarios que suelen ser de una importancia considerable *y que frecuentemente modifican lo que se llama la balanza del comercio.* Es necesario todavía tomar en cuenta los créditos que un país pueda tener en contra de otro *por los capitales que tenga colocados en empréstitos públicos o en empresas particulares.*»

Ya veremos más adelante cuál es el juego que estos diversos factores tienen en nuestra actualidad económica.

Por el momento queremos seguir con las citas y las verdaderas enseñanzas teóricas que han de aplicarse á nuestro problema, invocando la especialísima autoridad de Goschen, el eminente canciller inglés, autor del clásico tratado *Teoría de los cambios extranjeros*, según la expresión de M. León Say.

En la página 69 de la 3.ª edición francesa de 1892, se encuentra el capítulo 2.° que se titula: «Análisis de las deudas internacionales consideradas como la base del precio de los cambios.»

«Como lo hemos dicho, *el primero de los elementos que determina el precio de los cambios extranjeros, son las deudas internacionales. Siendo los cambios la representación del movimiento de créditos y deudas*, el estudio del origen y de la naturaleza de estas últimas, tendrá que arrojar plena luz sobre esta materia.

«Se incurre de ordinario en el error de imaginar que las deudas internacionales provienen exclusivamente de una importación de productos, y de considerar, en consecuencia, la balanza del comercio como una simple cuestión de importaciones y de exportaciones, como el simple

indicio de las unas sobre las otras. Pero es necesario examinar más de cerca las transacciones efectuadas entre dos países para formarse ideas verdaderas sobre la condición de sus obligaciones recíprocas.

«Se descubrirá, estudiando este punto, que aquella situación no resulta tan afectada por los cambios respectivos de productos, sino por la masa de gastos que un país hace en favor de otro, sea por el pago de mercaderías, sea por la compra de efectos públicos, sea por los saldos de comisiones, utilidades ó intereses de cualquier naturaleza, sea por los desembolsos de los viajeros, en una palabra, por todos los pagos y promesas de pagos que se hacen en pró de cada país.

«Aquellos pagos, cualquiera que sea su objeto, tienen el mismo efecto que las importaciones directas de mercaderías, de suerte que las obligaciones generales recíprocas de dos países, pueden ser, con corta diferencia, balanceadas, aunque uno de ellos haya importado valores muy superiores á los que ha enviado de retorno. El exceso podría subir, por ejemplo, á tres millones de libras esterlinas, pero la Nación *que se constituye así de acreedora por este aumento de sus exportaciones*, puede hallarse en la necesidad de remitir un primer millón de libras á sus nacionales residentes en el extranjero ó que viajan y gastan su dinero fuera del país; puede enviar otro millón de libras al país que ha importado el exceso de valores en mercaderías para comprar fondos públicos, y, si se supone que se trata de un país marítimo, el tercer millón puede quedar entre las manos de armadores y navieros como precio de fletes. De esta manera el equilibrio podría restablecerse, no habría balanza contraria, las deudas serían iguales.»

Más adelante, y contemplando el eminente autor citado, las causas más primordiales que pueden comprometer la situación económica de un país, añade:

«De la misma manera que *la situación monetaria* de un país puede verse muy amenazada *cuando importa productos extranjeros por una suma más elevada que sus exportaciones*, puede asimismo comprometerse, en idéntica vía, por una adquisición desproporcionada de títulos ó efectos públicos de un país extraño.»

En orden á los efectos de las deudas externas permanentes, se expresa en estos términos:

«Un país que debe pagar todos los años al extranjero fuertes sumas de intereses, necesita importar tanto menos ú exportar tanto más cuanto sea el total á que asciende el servicio de esas deudas. Recíprocamente, otro país rico que se forma una renta anual con los intereses que le adeudan las naciones extranjeras, puede, hasta la concurrencia de esas sumas, hacer holgadamente los gastos de un exceso de importaciones.»

Por lo que atañe, ahora, á las utilidades industriales, á las comisiones comerciales y al flete marítimo, la teoría conduce á las mismas conclusiones:

«El efecto de los provechos y comisiones que se adquieren en negocios hechos con plazas extranjeras, es exactamente el que hemos descrito y estudiado en lo que concierne á los intereses. Entre estos provechos, deben colocarse los fletes de transportes marítimos.»

Con respecto á los desembolsos de nacionales residentes ó simples viajeros en países extraños:

«La Rusia suministra el mejor ejemplo de la naturaleza de estos gastos. Muchos millones de libras esterlinas se gastan anualmente por la nobleza rusa residente

en el extranjero y el capital que así se sustrae á la Rusia afecta la balanza de su comercio de la misma manera que si hubiere sido empleado en la importación de mercaderías extranjeras.»

Resumiendo sus enseñanzas, termina Goschen, como sigue:

«El análisis que precede de los hechos más importantes, tiene por objeto dar una noción general y clara de los diversos puntos sobre los cuales ha de fijarse la atención cuando se pretende formar un concepto exacto de las transacciones entre países y de la balanza que de ellas resulta.

«El primer elemento, el principal debe ser, sin duda, la comparación entre importaciones y exportaciones *en el sentido literal de estas palabras*, pero el efecto de esta naturaleza de operaciones es tan claro, tan conocido que no requiere desenvolvimiento.

«Además de esos elementos, se ha manifestado que es indispensable tener en cuenta los demás gastos que un país hace en el otro, comprendiéndose entre ellos *todas las extravagancias nacionales*, tales como los subsidios, empréstitos, gastos constantes de armamento y expediciones lejanas; de la misma manera que todas las extravagancias individuales, tales como gastos excesivos de viajes ó de residencia en pais extraño ó expeculaciones en las bolsas extranjeras.

«*Es necesario tomar en consideración las empresas individuales extranjeras que, por la superioridad de su situación, de sus capitales, de su actividad, arrancan una porción, más ó menos considerable, en los beneficios del comercio internacional.*

«Es tarea muy difícil, á causa del carácter complejo

de los hechos, formarse una idea justa de los compromisos recíprocos de dos países dados, *pero se puede esperar que los principios sobre los cuales reposa* la balanza del comercio y la naturaleza de los hechos que han de examinarse, queden suficientemente elucidados en las observaciones que preceden.»

Nos hemos detenido en la exposición del conjunto y de los detalles de las teorías de Goschen, porque de ellas se desprenden conclusiones del más vivo interés y de la más admirable oportunidad de aplicación en este debate.

Hemos de examinar uno á uno los distintos elementos que, en nuestra actualidad económica, deben ser observados, según las enseñanzas del sabio canciller inglés, si queremos formarnos ideas exactas de las causas que determinan el tipo de los cambios internacionales.

Pero, antes de llegar á este punto, que es el objetivo de nuestro estudio, necesitábamos restablecer la verdad alterada de los principios, desvaneciendo los errores, las paradojas y los sofismas con los cuales se ha venido perturbando el criterio público. Á este propósito tiende la exposición detallada de las verdaderas teorías modernas que dominan el asunto en análisis, y fiamos en que la autoridad universalmente acatada de los publicistas, estadistas y economistas que las sostienen, habrá de imponerse á todo espíritu sereno y despreocupado.

En su fondo, en su esencia, la doctrina de la balanza del comercio es profundamente exacta, rigurosamente científica como que procede de una verdad impuesta por la sana razón.

No estamos, por cierto, en los tiempos en los cuales se creía que no constituían la riqueza sino los capitales

producidos en forma de metales preciosos, ó que, á lo menos, eran éstos los únicos valores estimables en el comercio de los pueblos.

Pero, aún separados por un espacio material de tiempo relativamente más corto, hallámonos á mayor distancia todavía de la época en la cual tuvieron voga y popularidad verdaderas aberraciones doctrinales nacidas del espíritu de una reacción exajerada en contra de las primitivas y deficientes enunciaciones de la tesis que hemos venido analizando.

Las extravagantes enseñanzas de la escuela económica que daba á los países por tanto más ricos cuanto más abultado fuese el exceso de sus importaciones sobre sus retornos; que sostenía la existencia de un equilibrio perpetuo en la balanza comercial como resultado necesario del libre juego de las leyes que gobiernan las transacciones internacionales; que invocaba revesadamente, en apoyo de estas paradojas insostenibles, el ejemplo de los pueblos que importan más de lo que exportan, entre los cuales se apuntan á las naciones más ricas del orbe; que desconocía ó ignoraba los efectos que fatalmente acarrean las deudas de un Estado á favor de otro, así como las que producen las absorciones y los monopolios de un mercado por el capital y la industria extranjera y que suponía, en fin, que los saldos del intercambio, que se cubren por medio de letras, representan necesariamente una masa de productos propios de la plaza deudora y, en ningún caso compromisos á cargo de su crédito; esa escuela económica, repetimos, ha caído en profundo y justificado desprestigio.

Y ese desprestigio es tal que los espíritus suspicaces van hasta denunciar todas aquellas tesis como otras

tantas mistificaciones ó supercherías destinadas á mantener en perpetuo avasallamiento económico á los pueblos candorosos que se dejen coger en tales redes, tomando como principios científicos los que no son sino arbitrios de la especulación.

Sin llegar, por cierto, á esos extremos, afirmamos categóricamente, de nuestra parte, que la tendencia uniforme y constante de la legislación y de la política económica moderna, va encaminada á producir resultados diametralmente opuestos á los que señalan aquellas pretendidas enseñanzas de la ciencia.

No hay pueblo alguno de los que marchan á la cabeza de la civilización y del progreso moderno, que no despliegue sus mejores esfuerzos por dominar con sus producciones los mercados comerciales con los cuales mantiene relaciones de intercambios.

Lejos, muy lejos, por lo tanto, de obedecer á la falsa teoría ó al falaz consejo de enriquecerse por la absorción de una suma de productos extranjeros superior á la masa de sus retornos; los pueblos activos y vigorosos persiguen, á la inversa, cebar más largamente cada día los apetitos, las necesidades ó las fantasías de los consumidores de sus productos.

En la lucha cada momento más apretada de la concurrencia comercial, el triunfo no cabrá jamás, entre las naciones como entre los individuos, sino á las más fuertes, sobrias y laboriosas.

La preocupación más acentuada y dominante de los pueblos modernos es abrirse mercados, establecer corrientes comerciales hacia cualquier punto del globo donde sus producciones puedan encontrar más vastos centros de consumo.

Y no hay obstáculos que no se dominen para alcanzar éxito en estos propósitos. Así como se perfora el istmo que produce una solución de continuidad en las rutas del comercio, se vencen las más enormes distancias por el afán incesante de abaratar y de multiplicar los medios de trasporte, se afrontan las inclemencias de los climas y ni siquiera se repara en los peligros que pueden ofrecer los mares más tempestuosos.

Ni se detienen tampoco estas fuerzas de expansión y de desarrollo que impulsan el espíritu comercial moderno, en los obstáculos artificiales que embaracen su marcha.

Se recurre á los tratados de comercio para forzar las cerraduras aduaneras de las legislaciones proteccionistas como se recurre á las guerras de tarifa, á las empresas de colonización, á los protectorados ó á las anexiones violentas; cuando otros medios no son eficaces ó cuando estos últimos pueden implantarse con mayor provecho.

Estos son los horizontes de la política económica universal moderna y, por cierto, que ellos no se ajustan al molde de las doctrinas reaccionarias contra el sistema de la balanza comercial.

Hubo una época en la cual se creyera que ese sistema había caído para siempre á los golpes de la crítica doctrinaria y uno de los más ilustres y más ardorosos de sus adversarios, decía á este propósito:

"Llegará un momento en el cual causará admiración que se haya requerido tanto esfuerzo para probar la absurdidad de un sistema tan vacío y por el cual se han librado tantos combates."

Esto escribía Juan Bautista Say en los primeros años de este siglo, pero lejos de cumplirse sus vaticinios, otro

pensador y economista eminente, recordando aquellas profecías en las postrimerías del mismo siglo, agregaba:

«Aún cuando ese tiempo parece haber llegado, nos encontramos sin avanzar en esta materia porque si pudiera decirse que el sistema ha desaparecido, no nos hemos desprendido *de su espíritu.* El espíritu del sistema no ha cambiado...» Leon Say. Prefacio de la 1.ª edición francesa de la *Teoría de los cambios extranjeros.*

Y, como ya hemos tenido ocasión de apuntarlo, no es sólo el espíritu, no es sólo el fundamento filosófico del sistema el que se conserva sino que, abstracción hecha de las ideas modernas sobre la verdadera fuente de las riquezas, mantiénese el propio mecanismo, idénticos medios de acción para alcanzar el predominio que cada país busca anheloso en las luchas del comercio y del trabajo.

Según enseña Goschen, hoy lo mismo que al tiempo de asomar la fórmula del sistema de la balanza mercantil, el primer elemento, el principal término de comparación de las transacciones recíprocas de dos naciones y de la balanza que de ellas debe buscarse «*es el parangón de sus importaciones con sus exportaciones en el sentido* LITERAL DE ESTAS PALABRAS.»

Es obvio que esta comparación sería inductiva de errores gravísimos, como los que han lucido, por desgracia, en el debate en que nos hallamos empeñados, si se la hiciera de una manera aislada y sin contemplar los verdaderos términos que abraza el problema.

Es precisamente á causa de esta desatención como se insiste en perturbar el criterio público sosteniendo que los errores del sistema de la balanza comercial están demostrados por el hecho de que sean algunos de los países más ricos del universo aquellos en los cuales se

observa el fenómeno *de que sus importaciones exceden siempre á sus retornos.*

Como este argumento, repetido hasta la saciedad, es ocasionado á peligrosas paralogizaciones, vamos á trascribir, como su mejor y más acabada refutación, un pasaje tomado del excelente tratado didáctico de Henry Fawcet, eximio profesor de economía política de la Universidad de Cambridge, sétima edición, Londres 1888, página 406.

"Se ha demostrado que un país paga sus importaciones con las mercaderías que produce y que la ecuación del tráfico internacional es acabada cuando las internaciones igualan en valor á los retornos. Se comprenderá, sin embargo, que este resultado es muy difícil de producirse. Así por ejemplo, el valor de las mercaderías que se importan á Inglaterra, excede muy fuertemente al que tienen sus exportaciones. Este exceso es tal que ha pasado durante muchos años de £ 100.000,000 (cien millones de libras.)

"Á la inversa, los productos exportados de la India sobrepujan muy considerablemente á sus internaciones.

"El valor de las *exportaciones* de la India en el período de diez años que terminó en 1886, excedió al monto de sus *internaciones* durante el mismo tiempo, en cerca de £ 190.000,000 ó sea, tuvo un saldo activo en ese tráfico, de £ 19.000,000 anuales.

"No dependen estos resultados de circunstancias accidentales, sino que representan, al contrario, la condición normal del comercio de este país.

"Explicaremos el fenómeno:

"Cuando se dice que las importaciones y exportaciones deben resultar, en definitiva, equivalentes, puesto

que los países no pueden comprar mercaderías exóticas sino con el valor de sus productos, *se supone* que un país no tenga que hacer al otro sino el pago del precio de las mercaderías que le compra. Esta *suposición* conduce á establecer la equivalencia entre ambos valores.

«Después de la explicación, es casi excusado añadir que si un país toma en préstamo de otros, más capitales que los que recibe en mercaderías, se producirá infaliblemente un fenómeno opuesto al que acontece en Inglaterra y, por lo tanto, sus exportaciones tendrán que sobrepasar á sus internaciones.

«Es bien sabido, por ejemplo, que ni el gobierno ni el pueblo de la India emplean capitales en empresas extranjeras, mientras que la Inglaterra ha prestado gruesas sumas al gobierno de la India y, de otro lado, muy fuertes capitales privados ingleses se han invertido en empresas industriales de este último país, tales como ferrocarriles y canales de irrigación. Gruesas cantidades se adeudan, por consiguiente, en intereses y amortizaciones, en favor de la Inglaterra. Por otra parte, la India debe pagar también anualmente los considerables desembolsos de sueldos y pensiones oficiales. Se encuentra, pues, este país en la necesidad de exportar productos no sólo suficientes para pagar sus internaciones sino también para liquidar y saldar las obligaciones á las cuales hemos hecho referencia. Sus exportaciones deben ser por esta causa muy superiores á sus importaciones.».

Y, más adelante:

«La enumeración de estos principios basta para darse cuenta á primera vista del por qué las importaciones inglesas exceden considerablemente á sus exportaciones, mientras que la de la India y de muchos otros países

manifiestan un fenómeno opuesto. Del número de empréstitos extranjeros que se levantan en el mercado de Londres y de las inmensas sumas de capitales ingleses destinados á empresas industriales localizadas en países extraños, es evidente que la Inglaterra recibe todos los años una cuota muy alta con absoluta independencia del monto de las mercaderías que se compran en sus mercados. *De aquí viene que los países extranjeros tengan que enviar al Reino Unido una suma de mercaderías inmensamente superiores en valor al que se requeriría si sólo se tratase de pagarle el precio de sus producciones exportadas. En resumen, la Inglaterra importa las gruesas sumas que representan los intereses de sus capitales invertidos en el extranjero.*»

No es, por cierto, una novedad la revelada en las lecciones del eminente profesor de Cambridge y nosotros mismos habíamos tenido ocasión de explicar el fenómeno más de una vez. Pero, como se ha insistido en citar aquellos hechos como fundamento de doctrinas erróneas, hemos juzgado útil invocar la autoridad de Fawcet que tiene el triple mérito de ser, ante todo, justísimamente respetada, de que por la claridad y transparencia de su lenguaje didáctico será, después, más fácilmente comprendida y que, por último, tiene la peculiar ventaja de que se dé por un economista inglés la explicación de un fenómeno que pasa en su propio país y que, por lo tanto, ha debido ser estudiado con mayor atención y con el auxilio de datos muy bien comprobados.

IV

Así rectificados los errores y así restablecida la correcta inteligencia de las verdaderas doctrinas científicas, podemos, nos parece, ensayar con mejores expectativas de éxito la demostración que nos hemos propuesto hacer de las causas que han traído el cambio al estado actual y que, por desgracia, amenazan perpetuar su abatida cotización.

No desconocemos las dificultades de este estudio.

Como dice Goschen, «es tarea muy ruda, a causa del carácter complejo de los hechos, formarse una idea exacta de los compromisos recíprocos de dos países dados. Pero se puede esperar que los principios sobre los cuales reposa la balanza del comercio y la naturaleza de los hechos que han de examinarse, queden suficientemente elucidados, etc.»

Ni será tampoco otra nuestra tarea. Hemos de limitarnos sencillamente á traducir en cifras, de exactitud aproximada, la influencia que tienen en el precio de nuestros cambios, todos y cada uno de los factores que las teorías expuestas, dan como determinantes de este fenómeno.

PRIMER FACTOR

PARANGÓN ENTRE LAS IMPORTACIONES Y EXPORTACIONES

Cifras de la Estadística Comercial.—Posibles y probables errores.—Causas agravantes y causas atenuantes de esos resultados.—El ahorro impuesto por la necesidad.—Dependencia absoluta del país del trabajo y de la industria extranjera.—Dos poderosos elementos de equilibrio perdidos. —Baja en los precios de los productos nacionales y su pretendida compensación.—Vertiginoso aumento de los gastos públicos: datos y comparaciones.—Los sobrantes anunciados para 1893 y 1894.—La ecuación en el intercambio de productos como límite actual de las expectativas del país.

Háse visto que, segun las teorías de Goschen, es éste el primer elemento que debe considerarse cuando se trata de estudiar las obligaciones recíprocas de un país determinado con las plazas extranjeras con las cuales mantiene relaciones de comercio.

La comparación ha de hacerse, añade Goschen, tomando como importaciones y exportaciones, lo que estos vocablos significan "*en su sentido literal*" y no ya en su acepción científica, la cual por ser mucho más comprensiva, les haría confundirse con el conjunto de los demás elementos que encierra el estudio del problema y que han de ser examinados de una manera aislada y especial.

Ahora bien, segun aparece de las últimas publicaciones oficiales, la importación del año 1892 ascendió á $ 78.003,104 y la exportación á $ 64. 205.038.

Hubo, en consecuencia, un saldo de $ 13.789,066 que representa el exceso de la primera sobre la última.

Sábese todo lo que hay de convencional y de arbitrario en estas cifras á las que no es dable atribuir sino una importancia relativa.

Entretanto, son estos los *únicos* elementos que poseemos para el estudio de la situación.

Es fuerza, por lo tanto, aceptarles como base de cualquier raciocinio y ya que no es posible ni sería discreto atribuir á tales antecedentes una exactitud siquiera sea aproximativa, puédese, en cambio, apreciar por el razonamiento, de qué lado estarán los errores más graves, las deficiencias ú omisiones más notables de estos datos estadísticos.

En otros términos, y para que el concepto que debiéramos formarnos acerca del verdadero movimiento comercial del país se aleje lo menos posible de la verdad, hay que estimar si los errores de la estadística son más verosímiles y más probables cuando se computan, mediante á sus cifras, los valores de la importación ó cuando se fijan los que hayan correspondido á los productos nacionales de retorno.

Á este propósito, tenemos avanzados nuestros juicios y los fundamentos en que se apoyan.

Hemos sostenido, en efecto, que son inmensamente más verosímiles, posibles y probables los errores, las omisiones y las deficiencias en la estimación del monto de los valores de la internación que en la que corresponde á los artículos nacionales de retorno, ó sea, á las exportaciones.

Y para fundar nuestro juicio en esta materia, no hemos necesitado recurrir á las opiniones de los especialistas ya que bastan y sobran, para el efecto, los dictados del sano criterio.

Desde luego, hay una consideración general y fundamental que justifica nuestros conceptos.

Las *internaciones* de manufacturas ó artículos extran-

jeros están sujetas al pago de derechos, salvo, por cierto, la reducida categoría de artículos libres que constituyen excepción á la regla.

Por la inversa, en las exportaciones la regla es que son libres, y la excepción (salitres y yodos) es que devenguen impuesto.

De aquí una primera y capitalísima razón en apoyo de nuestros asertos.

Existe un interés personal, vivo y palpitante, que habrá de agitarse con el celo y el afán que sólo el lucro es capaz de producir, sea en la internación de contrabando, sea en la tarea menos peligrosa y, por lo mismo, más eficaz y fructífera, de burlar la legislación aduanera disminuyendo el número, falseando la calidad ó rebajando el precio de las mercaderías importadas.

En esta lucha constante entre el acucioso, pertinaz y finísimo interés individual con el interés colectivo social que vigila poltronamente el cumplimiento de la ley, no hay que esforzarse en señalar de qué lado estará el triunfo y el éxito. Y, esto, sin tomar en cuenta las complicidades del fraude entre los representantes de esos encontrados intereses, complicidades que van tomando proporciones, á lo que se asevera, más vastas y más alarmantes cada día. Inútil sería añadir que este género de abusos no pueden ser comprobados ni pueden, mucho menos, estimarse en su verdadero alcance ó trascendencia.

Es igualmente obvio, en segundo lugar, que no es dable parangonar las dificultades que ofrece el aforo de las manufacturas extranjeras de la importación con la tarea, fácil y sencillísima, de anotar el precio de nuestros productos de retorno.

Mientras que la primera es una labor delicada que exige una suma de conocimientos técnicos y especiales, la última es una operación casi mecánica, ya que el precio de los seis ú ocho renglones que forman la masa de los productos nacionales de exportación, es notoriamente conocido y para determinar su cuantía total basta, por lo tanto, tomar una simple nota del número y peso de estos artículos.

Y, por fin, mientras que la internación se hace por todos los puertos mayores de la República, la exportación se opera por tres ó cuatro de los principales y de los que cuentan á su servicio con un personal aduanero más numeroso, más competente y más vigilado.

Del conjunto de estas consideraciones, que apenas si requieren ser enunciadas, se deriva que los errores, las omisiones y las deficiencias inevitables y notorias de la estadística comercial, pesarán con triple fuerza en la computación de los valores de la internación que en la determinación de los que corresponden á las exportaciones nacionales.

Dados estos antecedentes, la escasa fé que debe prestarse á las enunciaciones de la estadística comercial, lejos de conducir, como algunos lo pretenden, á la atenuación del desfavorable significado que tienen las cifras del movimiento de intercambios de 1892, le reagravan considerablemente porque manifiestan que el exceso de importaciones ha debido ser mucho mayor del que ese documento señala.

Está, por lo demás, en la conciencia pública, aun cuando vanamente se intente desconocerlo, que los aforos de las mercaderías de la internación, hechos con arreglo á la tarifa de aduanas vigente, representan un valor muy in-

ferior al costo efectivo que el comercio y el consumidor nacional pagan por esas mercaderías. Es éste un hecho notorio no sólo para los comerciantes sino para los viajeros que internan al país efectos de cualquiera especie y para todo el que, en alguna ocasión, haya hecho un pedido directo de mercaderías extranjeras Posible será que existan unos cuantos artículos valorizados en la tarifa vigente á precios más ó menos exactos, y ello nada significa ni nada prueba en contra del concepto general que hemos emitido y que sostenemos. Cuando se trata de estudiar con espíritu desprevenido y con ánimo de describir la verdad, la fisonomía dominante de un problema, no cuadran bien las sutilezas dialécticas que se apoderan de un detalle ó de un accidente subalterno para desconocer el carácter general de una situación.

Obedeciendo, por nuestra parte, á esta regla de conducta sin cuya fiel observancia la labor que nos imponemos sería dañosa y degeneraría en una abatida polémica de vanidad, queremos apartarnos de toda exageración que dañe á la sinceridad de nuestros esfuerzos por llevar alguna luz al estudio de la actualidad económica del país.

Sirviendo este propósito, necesitamos añadir que el exceso de las internaciones que señala la estadística comercial de 1892 en la cantidad de catorce millones de pesos y que, á nuestro juicio, ha debido ser muy superior á esa cifra, no tiene, sin embargo, un carácter normal.

Son, sin duda, plausibles las razones que se han apuntado para considerar el movimiento comercial de aquel año, como extraordinario. Los trastornos de 1891 debieron forzosamente producir una estagnación en las transacciones que provocara, en el año siguiente, un aumen-

to proporcional á la merma causada en aquel período de vida irregular para el comercio. Y, aun cuando son, en nuestro concepto, arbitrarios todos los cálculos que puedan avanzarse para traducir en cifras la influencia de estas circunstancias, en el fondo es exacto y evidente que, debido á esta primera causa, tienen que aparecer recargados los guarismos que indican el monto de las internaciones del 92.

Todavía es evidente que análogos resultados tenía que producir la ley de 26 de noviembre de aquel mismo año que ordenó el pago en oro de una cuota de los derechos de aduana, pago que debía comenzar á verificarse desde el 1.º de enero del 93.

El comercio debió forzar, en cuanto le fué posible, el despacho de las mercaderías en depósito antes de la vigencia de dicha prescripción y, por lo tanto, produjose un nuevo aumento extraordinario en las internaciones de 1892.

Nada de esto, sin embargo, sería bastante para desvanecer las justificadas alarmas que han despertado en el país las enunciaciones estadísticas de nuestra referencia, sino contáramos con la ineludible reacción que las leyes económicas naturales tienen que traernos.

El exceso de nuestros consumos ha producido ya sus inevitables consecuencias.

El país se ha empobrecido en tanto á cuanto asciende el déficit, cada día más hondo, entre sus obligaciones y sus créditos.

Reflejo fiel y acabado de esta situación, es la baja del tipo de los cambios.

Y, esa baja ha debido ser tanto más violenta cuanto que, junto con el exceso de nuestros consumos, hemos

tenido que soportar una decadencia vertiginosa en el precio de la mayor parte de los productos nacionales de retorno.

No falta quienes se consuelen fácilmente de esta última calamidad suponiéndola compensada ó, cuando menos, atenuada, con la baja correlativa en el precio de las manufacturas extranjeras de la importación.

Pero, aparte de que habría mucho qué decir y no poco que denegar en orden al carácter de generalidad que se atribuye á la baja de precios en los artículos de internación, nosotros no sabríamos qué beneficios obtiene el país de esta circunstancia si, á causa de ella, háse visto inducido ó estimulado á elevar sus consumos en proporciones muy superiores á esa reducción de precios en las mercaderías que importa.

Económicamente considerada la situación, es notorio que la baja en el precio de los artículos nacionales de retorno, ha debido ser muy superior á la experimentada en las mercaderías extranjeras, cuando la balanza del intercambio se ha inclinado tan bruscamente en nuestro daño.

Pero, suponiendo que los hechos que experimentamos y que palpamos, no tuvieran esta significación natural, habría que admitir, en tal evento, que los consumos nacionales se han elevado en proporciones superiores á aquella en que han disminuído los precios de las mercaderías exóticas que consumimos.

Uno u otro término de esta disyuntiva será forzoso aceptar y, lo repetimos, en ninguna de estas hipótesis se divisan motivos muy justificados para considerar compensadas las pérdidas de valores que el país viene sufriendo y que le han ocasionado los trastornos económicos agudos que experimenta.

Volviendo, ahora, al análisis de las consecuencias naturales de la situación que atravesamos, no podría dudarse que ellas se traducirán en una disminución de nuestros consumos.

El fenómeno ha comenzado ya á operarse, si hemos de creer en las aseveraciones que consignan todas las revistas comerciales que periódicamente se dan á la publicidad. El movimiento de internaciones parece hallarse detenido. Las entradas de aduanas provenientes de ese impuesto, disminuyen sensiblemente en relación con las obtenidas en iguales períodos del año último y comienza aún á notarse que escasea el surtido del comercio, sobre todo, en artículos de lujo.

Esta saludable y necesaria reacción, traerá benéficos resultados, sin disputa pero, por desgracia, ellos serán solamente parciales y de una importancia limitada.

En un país que vive en absoluta dependencia de mercados extraños, como el nuestro, y en el cual apenas si la industria agrícola satisface *en parte* á las necesidades de la alimentación, no podría llevarse la limitación de consumos más allá de cierta cuota reducida.

De aquí nace que ni aun el aguijón de la estrechez y de la pobreza, nos ofrezca expectativas serias de tornarse en remedio eficaz de nuestros males económicos.

Nada tiene de pesimista ni de antojadiza esta conclusión, si se atiende, como acabamos de expresarlo, á que el país depende en absoluto de la industria extranjera.

Desde los artículos de consumo suntuario, alhajas, muebles preciosos, cuadros ú objetos de arte ó de fantasía, sederías y encajes de gala, hasta las telas del uso común, voluntario ó necesario, las pedimos á la industria y al trabajo ajeno.

De mercados extraños nos vienen las máquinas de la industria agrícola y hasta la última de las herramientas de trabajo para labrar la tierra ó para movilizar los talleres del país.

Buena parte de los materiales y, precisamente los más dispendiosos, que se emplean en la construcción de edificios, nos los envían del extranjero. De allí mismo traen procedencia hasta los objetos manuales del uso doméstico y personal.

Y, como lo hemos dicho de antemano, buena parte de los alimentos que consumimos, proceden todavía de la industria extraña.

En un país que es esencial y casi exclusivamente agrícola, impórtanse productos similares extranjeros que superan en más de un ciento por ciento á la masa de valores que esta industria exporta.

Si hasta ahora habíamos podido pedir al trabajo y á la industria ajena la satisfacción del conjunto de las necesidades sociales ó individuales del país, era porque contábamos con dos elementos poderosos de equilibrio que se han debilitado y han fallado en nuestra actualidad.

Contábamos, ante todo, con una severa parsimonia en los gastos públicos y en los gastos privados, cualidad que no sólo hemos perdido por completo, sino que ha sido suplantada por una prodigalidad y un fausto muy próximos al derroche.

Contábamos, después, con los crecidos valores, que durante dos tercios de siglo habían mantenido los principales artículos de la producción del país en el mercado universal.

Hoy no existe ni una ni otra de esas dos fuerzas de equilibrio en el juego de los intercambios.

Ya desde 1878, el recargo de nuestros gastos nos privó del circulante monetario que hubo de exportarse para saldar las obligaciones del país hácia los mercados acreedores.

Quedamos, desde aquella época, con papel inconvertible como único circulante, y privados, en consecuencia, de toda moneda de valor intrínseco propio, con la cual repetir la operacion de saldar las obligaciones del intercambio.

El papel inconvertible, que al tiempo de ser emitido, tenía una depreciación relativamente pequeña, pasó después por todas las oscilaciones y todos los vaivenes que produjeron sobre el crédito del país las peripecias de la guerra del Pacífico.

Terminada felizmente esa campaña sin menoscabo y, por la inversa, con robustecimiento del crédito y de los recursos nacionales, el papel ganó de nuevo el tono que debía imprimirle la firma que le sustentaba.

Está muy fresco y es notoriamente conocido el final de la historia que venimos trazando á grandes rasgos.

Lejos de utilizar las ventajas que la guerra del Pacífico pudo traernos para cimentar y consolidar nuestra condición económica, hemos marchado de desacierto en desacierto y de imprudencia en imprudencia, hasta producir los trastornos de la actualidad.

Monopolizada en nuestras manos la rica industria del salitre, hemos cedido y traspasado íntegramente sus beneficios al capital extranjero, reservándonos sólo las utilidades del impuesto fiscal que absorbidas han sido por completo, sin beneficio alguno del país, por un exageradísimo y estéril desarrollo de los servicios administrativos.

La fiebre y la manía de las obras públicas más vastas y dispendiosas, más inconsultas y más extravagantes; dominó después sin contrapeso en la administración del país.

En aquellas empresas así como en los desembolsos que impusiera la catástrofe de 1891 y en los desproporcionados gastos de armamentos marítimos y terrestres que las han seguido; encontraron inversión los treinta millones de sobrantes que se acumularon en arcas públicas después de la guerra y las gruesas sumas con las cuales se ha recargado la deuda externa, que fijada en 37.000,000 de pesos después de la conversión de 1887, alcanza hoy muy próximamente á 65.000,000 de pesos oro.

Pero, es en los presupuestos de gastos públicos donde se refleja de una manera más fiel y más transparente, la marcha vertiginosa, casi desatentada, que han seguido los gastos del país.

En 1878, cuando apareció el papel inconvertible, cuando el circulante de especies emigró de estos mercados porque el exceso de consumos nacionales compelía al comercio á pagar en dinero los saldos que los productos de la exportación no alcanzaban á llenar, el presupuesto de gastos de este país, que así entraba en un período de trastornos económicos, fué fijado en 17.245,432 pesos 82 centavos.

Seis años más tarde, cuando terminada la guerra del Pacífico y ensanchados los límites del territorio nacional, hubo que dar al país una nueva organización administrativa más vasta y más dispendiosa, los gastos consultados en el presupuesto de 1884, alcanzaron á la cifra de 44.000,000 de pesos.

La opinión pública se alarmó ante la magnitud de estos aumentos en los compromisos y desembolsos de la nación. Conservaba vivos los recuerdos de los antiguos hábitos y de las antiguas tradiciones de parsimonia y de severidad de la administración nacional.

No faltaron, desde aquel instante, voces patrióticas que predijeran los desastrosos resultados económicos que habían de traernos los triunfos de la guerra del Pacífico.

Se representaba y, con sobrada razón, que el país había hecho con aquella guerra el más detestable de los negocios, porque si las rentas del litoral anexado habían enriquecido al fisco chileno con un aumento de entradas de quince millones de pesos anuales, el país, en cambio, soportaba una reagravación de compromisos muy superiores á esa cifra.

Esos primeros asomos de los recelos y de las alarmas del patriotismo y del sentido práctico nacional, hánse visto plenamente confirmados y más que confirmados, sobrepujados por el acontecimiento.

Hoy nos encontramos con que las rentas de los territorios anexados han subido hasta 22 ó quizá 23.000,000 de pesos anuales, pero en cambio el presupuesto de los gastos públicos para el año próximo, asciende á más de 71.000,000 de pesos, incluídas las reservas destinadas á la conversión.

Por manera que si al parangonar las cifras de los gastos públicos, partimos de 1878, fecha de la iniciación del curso forzoso, se hallará que el aumento monta á la cifra inverosímil de 54.000,000 de pesos anuales.

Si para hacer el parangón avanzamos en el punto de partida y tomamos como ejemplo el año de 1884, en el

cual los gastos del país quedaron fijados con arreglo á las nuevas y abultadas exigencias de la situación creada por la guerra, tendremos todavía que en el lapso de estos diez años últimos, ese aumento de gastos pasa ya de 27.000,000 de pesos anuales.

Desde el primer punto de mira de esta comparación, resultaría que hoy estábamos cargando al crédito ó á los recursos efectivos del país, un exceso de ciento sesenta por ciento (160%) del total producto de los nuevos territorios.

Y, si se contemplara más propiamente el monto de los gastos que el presupuesto de 1884 asignó, como el conjunto de las nuevas obligaciones que pesaban sobre el país, todavía resultará que entre los 44.000,000 de pesos del presupuesto de aquel año y los 71.000,000 de pesos del que deberá regir en 1894, hay una diferencia que supera al total de las rentas fiscales que el Estado obtiene de esos mismos territorios.

Ni se detendrán aquí, á lo que parece, estas corrientes perturbadoras del presente y profundamente amenazantes del porvenir.

Se nos había anunciado en un documento oficial solemne, con el optimismo que es propio de gobernantes bien intencionados, que el ejercicio financiero del año en curso se cerraría con un sobrante de cinco millones de pesos, hechos por cierto todos los gastos y pagadas las obligaciones exigibles á cargo del país.

Va trascurrida la mitad del año y ya tenemos suplementos acordados ó pedidos al Congreso, por sumas que exceden largamente á esos anunciados sobrantes.

Apuntamos algunas cifras de las cuales hemos tomado nota, que no son, ni con mucho, completas:

1.° Para el dique de Talcahuano. . . .	$ 1.000,000
2.° Partida 27 del presupuesto de Marina.	2.771,555
3.° Alumbrado de la costa.	1.000,000
4.° Aumentos de sueldos, por el año, á empleados á contrata de los ferrocarriles. .	133,442
5.° Para edificios de escuelas.	100,000
6.° Delegación de salitreras.	120,000
7.° Trabajos de ferrocarriles.	1.150,000
8.° Imprevistos de Hacienda.	70,000
9.° Medidas preventivas contra el cólera.	50,000
10. Exposicion de Minería.	150,000
11. Auxilio extraordinario á la beneficencia de Valparaíso.	400,000
12. Partida 131 del Ministerio de Instrucción Pública.	51,000
13. Items 6.° y 7.°, partida 28 del presupuesto de Marina.	14,440
14. Item 8.°, partida 5.ª, Ministerio de Relaciones Exteriores.	20,000
15. Item 1.°, partida 32, Interior. . . .	18,000
16. " 4.°, " " "	8,000
17. " 11, " " "	18,000
18. " 7.°, " 34 "	5,600
19. Para clínica de matronas.	10,000
20. Cuentas pendientes del Ministerio de Relaciones Exteriores.	49,192
21. Item 4.°, partida 34, Hacienda. . .	25,000
22. Para el *Boletín Internacional de Tarifas Aduaneras* (£ 380), ó sea. . . .	5,700
23. Item 3.°, partida 35, Guerra. . . .	15,000
24. Item único, partida 32, Hacienda, diferencia entre el gasto presupuestado en papel debiendo hacerse en oro. . . .	28,000
TOTAL.	$ 7.122,929

Repetimos que estas cifras son incompletas y sólo las que recordamos ó de las cuales hemos tomado nota.

Entretanto el mensaje de junio calculaba todos estos gastos en 3.000,000 de pesos.

El sobrante se ha convertido en déficit, lo cual se encuentra corroborado por la circunstancia de que no haya habido hasta hoy fondos para pagar á los bancos la deuda de 4.000,000 de pesos, proveniente de saldos de sus cuentas corrientes, deuda vencida y exigible desde el 4 de agosto último, y de que el Gobierno se viera en la necesidad de recurrir al Congreso en demanda de la autorización necesaria para postergar el pago de 2.500,000 de pesos de esa obligación.

Esta es la eterna historia de todas las épocas y la suerte común de todos los anuncios de saldos sobrantes del tesoro público.

Ha habido siempre dos presupuestos ó sea, el que propiamente lleva este nombre y que se vota anualmente en obedecimiento á un mandato constitucional, y el que se forma mas tarde, paulatina y disfrazadamente, á título de suplementos acordados á buena parte de los items que constituyen el primero.

Entra en la historia de nuestras tradiciones administrativas que, en el presupuesto nominado, queden saldos activos de pequeña importancia por falta de inversión de algunos fondos en gastos que resultan ser inútiles ó consultados en exceso.

Pero indica también esa propia historia, que el otro presupuesto de gastos suplementarios sobrepuja constantemente á todas las economías y burla todas las previsiones de sobrantes.

Por eso Guichaud ha propuesto que, cuando se solici-

ten créditos suplementarios de los Congresos, debería darse lectura, item por item, de todos y cada uno de los votados con anterioridad. Atribuye á esta especie de examen de conciencia repetido, el mérito de contener las larguezas incorregibles de los Parlamentos.

Francamente, no tendríamos gran fé en el éxito de esta medida entre nosotros.

Ya de antemano la ley de 1884 había ideado y establecido un freno más poderoso para contener la velocidad de esta carrera, ordenando que no se pudiera votar ningún suplemento sin señalarse los fondos especiales qne debían servir para satisfacer el gasto. Se comenzó por llenar displicentemente esta exigencia de la ley, expresando en el preámbulo de los proyectos que demandaban gastos suplementarios, que ellos debían atenderse con «las entradas generales de la nación». Más adelante no se dijo nada, como no se dice hoy, á pesar del mandato expreso de la ley, que ha quedado así implícitamente derogada, como una fórmula hueca y sin importancia alguna.

No nos corregimos, sin embargo, de esta vieja y desprestigiada propensión de vivir anunciando sobrantes imaginarios que se traducen sempiternamente por déficits efectivos.

Ayer tan sólo, la comisión mixta encargada del examen de los presupuestos para 1894, nos anuncia que, según datos y cálculos oficiales, terminará ese año con un excedente, nada menos, que de $ 13.303,603 en moneda corriente y £ 566,443.

Muy sinceros respetos nos merecen los ilustrados caballeros que han suscrito aquel informe. Y, esto no obstante, nos permitimos pensar que en esta vez, como

siempre, no hay en el fondo de tan halagüeñas perspectivas sino mirajes del inveterado optimismo oficial que habrán de disiparse, como se disipan todos los espejismos, á medida que vayamos recorriendo el espacio que los dibuja en el horizonte.

Y, desde luego, es curioso de observar que sea punto de arranque de estos cálculos, la existencia del mismo pretendido sobrante de $ 6.000,000 que quedaría al terminar el ejercicio financiero de 1893.

Es decir que se insiste en los excedentes anunciados en el mensaje de S. E. el Presidente de la República de 1.º de junio, siendo que después de esta fecha se han acordado gastos suplementarios por más de 8.000,000 de pesos y siendo que la considerable masa de esos recursos sobrantes no han permitido siquiera al gobierno pagar á los bancos los 2.500,000 pesos que les adeuda, con el carácter de obligaciones exigibles y vencidas desde el 4 de agosto pasado.

De paso conviene advertir que si tales sobrantes llegaren á tomar cuerpo y forma real siquiera fuese en una cuota de la cifra en que se les estima, ellos no provendrian en ningún caso de aumento en las rentas ó disminución en los gastos públicos, que es lo que propiamente se llama sobrante, sino del precio de venta de bienes nacionales que, como los terrenos del sur ó los del malecón de Valparaíso, han sido parcialmente recaudados en el curso del año que rige.

Estima, en seguida, la propia comisión parlamentaria que anuncia los considerables sobrantes de 1894, que las rentas de aduana, por derechos de internación y almacenaje, alcanzarán próximamente á 27.000,000 de pesos, las que provienen dc exportaciones de salitres y

yodos á 21.535,360 pesos, y los producidos de los ferrocarriles á 15.000,000 de pesos.

Aventurados en extremo nos parecen estos cálculos, sobre todo en lo que atañe á la primera y á la última de las fuentes referidas.

No es dable calcular las restricciones que, en el consumo de mercaderías extranjeras, impongan al país los tipos abatidos del cambio y el exceso mismo de las importaciones hechas en los años anteriores.

Estos cálculos de rentas, arbitrarios y ocasionados á errores como son en épocas normales, no tienen base posible en períodos de estrechez, de encarecimiento progresivo de todos los artículos importables y de disminución también progresiva y constante del valor de la moneda, ó sea, de los recursos del público consumidor.

En orden á las rentas de ferrocarriles, estimadas en 15.000,000 de pesos, sabemos de antemano que habrán de ser íntegramente consumidas en los servicios ordinarios y extraordinarios de la empresa misma. En 1892, según declaraciones oficiales recientes, los ferrocarriles produjeron, sesenta y nueve centésimos por ciento como interés líquido de los capitales que representan.

Pero no son los errores posibles, probables y muy graves á que están sujetos estos cálculos de entradas, los que disiparán principalmente todas las expectativas de sobrantes para 1894, sino que serán, como siempre, los gastos *imprevistos* los que barrerán con todas aquellas alegres ilusiones.

¿Se sabe á cuánto podrán ascender las responsabilidades del país por fallos del tribunal arbitral de Washington?

Y los arreglos pendientes del otro arbitraje de Berna ¿no exigirán algún otro desembolso *imprevisto?*

Y las liquidaciones pendientes con los representantes del sindicato americano constructor de los ferrocariles ¿en nada comprometerán los recursos del país?

De todo esto prescinde, como es natural, la comisión parlamentaria que nos anuncia los sobrantes de 1894, como prescinde también de las emergencias, no ya imprevistas sino muy determinadas y concretas, que contempla el tratado de Ancón para el caso en que Chile adquiera el dominio de los territorios de Tacna y Arica.

Y si no hubiera tantas y tan enormes fauces abiertas en actitud de devorar los pretendidos sobrantes de 1894, no podría dudarse que hallarían acreedores que les reclamasen como su legítima presa.

Se habla, de tiempo atrás, de la necesidad de aumentar, á lo menos en un veinticinco por ciento, los sueldos de los empleados públicos.

Esa idea, que ya ha recibido un principio de ejecución en el caso de los empleados á contrata de los ferrocarriles, se halla tímidamente detenida en nombre de las estrecheces del erario. Se comprenderá, sin esfuerzo, que en el instante mismo en que la situación del tesoro público lo permitiese, no habría medio de impedir que todos los sobrantes se distribuyesen entre esa y mil otras exigencias análogas. Serían, en todo caso, los contribuyentes, los únicos que quedaran sin parte en el botín.

Nos hemos detenido en estos detalles de la situación, porque ellos arrojan luz completa sobre un fenómeno que perturba con frecuencia el criterio público.

No es fácil, en realidad, darse cuenta sin tener pre-

sente el conjunto de estos hechos, de cómo el país ha marchado en progresiva decadencia económica y ha sentido perturbado más y más el equilibrio entre sus producciones y sus consumos, á medida que crecían y se multiplicaban los recursos del erario nacional.

El hecho, sin embargo, es perfectamente explicable. La riqueza salitrera que vino á manos del país á causa de la guerra del Pacífico, cuantiosa como es, se ha distribuido sin participación de la fortuna pública nacional, entre dos entidades diversas.

La cuota más considerable de esa riqueza ha cabido al elemento y al capital extranjeros que la explotan. Otra parte, bien alta tambien, de esos valores la recoje el fisco, por vía del impuesto, para consumirla en el pago de servicios administrativos que indefinidamente se ensanchan y se multiplican.

Entretanto, el presupuesto de los gastos públicos ha tenido un recargo *de cincuenta y cuatro millones de pesos* sobre el total á que ascendiera en 1878, fecha de la iniciación del curso forzoso, lo cual bastaría y sobraría por sí solo, sin tomar en cuenta la enorme baja en los precios de los artículos más nobles de la producción nacional, para explicarnos el profundo desequilibrio de la hora presente y la depreciación del circulante fiduciario desde los 38 peniques en que se le cotizara en aquella fecha hasta los 15 peniques en que hoy se le estima.

Dados estos antecedentes, podemos acercarnos á la conclusión de este punto de nuestro estudio.

¿Cual será la influencia que una restricción de consumos pudiera tener en el restablecimiento de la balanza comercial y en la valorización del circulante fiduciario?

No hablamos de los gastos públicos, porque en estos

no es dable esperar economías que podrían tener, á todas luces, un alcance trascendental para uno y otro de los efectos indicados.

Referímonos únicamente á los consumos particulares.

Es evidente que la condición del país habrá de traer una restricción de estos consumos, pero, por desgracia, ella no puede pasar de ciertos límites relativamente estrechos.

Las necesidades industriales, en primer término, habrán de seguir atendiéndose y ojalá lo fuesen en proporciones cada día más extensas.

Pueden limitarse y se limitarán, sin duda, los consumos suntuarios, pero se sabe que éstos representan una cuota relativamente insignificante en el movimiento general del comercio.

Serán, en consecuencia, los artículos de uso ordinario y corriente, los que podrían contribuir con cuotas más altas en estas limitaciones.

¿Podrían estimarse prudentemente las limitaciones de consumos en artículos destinados á la alimentación y al vestido, en diez, quince, veinte ó veinticinco por ciento de lo que fueron en 1892?

Tomando el máximun de aquellas cuotas, resultaría que sobre un consumo total de 78.000,000 de pesos en mercaderías extranjeras, el ahorro de un 25 por ciento representaría 19 500,000 pesos. Pero, como los artículos que admiten limitaciones de consumo, no pueden exceder de un sesenta por ciento de la importación total, el cálculo que imaginamos se formularía así:

Sesenta por ciento de.	$ 78.000,000
ó sea	48.800,000
Veinticinco por ciento sobre dicha suma	11.700,000

Si, pues, dedujéramos del total de las importaciones de 1892, la cifra que apuntamos como máximun probable de las economías en los consumos particulares, tendríamos el siguiente resultado:

Exceso de las internaciones sobre las exportaciones de 1892	$ 13.789,066
Reducción calculada en los consumos de 1893	11.700,000
Exceso en las importaciones de 1893 .	2.089,066

He aquí porque, prudente y discretamente, no podría llegarse, en nuestro concepto, á una conclusión más favorable para el interés nacional que á la de suponer que fuese posible dar por equiparadas el total importe de las mercaderías extranjeras de la internación con el valor de los productos nacionales de retorno.

Tendríamos así la ecuación de los intercambios *de productos* como una hipótesis más allá de la cual no serían justificadas nuestras aspiraciones, á lo menos, mientras no tengamos un considerable desarrollo industrial que, por desgracia, no se inicia todavía, que nos permitiese satisfacer, siquiera en parte, á las más primordiales necesidades del país.

Vamos á considerar seguidamente y uno por uno los demás factores que, dentro de la acepción más lata y científica del problema en analisis, determinan las oscilaciones de la balanza comercial.

SEGUNDO FACTOR

FLETES Y SEGUROS MARÍTIMOS Ó TERRESTRES

Importancia de la industria de acarreos en el movimiento del comercio universal.—Inglaterra y los Estados Unidos.—Condición de Chile en esta industria.—Absoluta carencia de datos estadísticos oficiales.—Costo calculado de los fletes correspondientes á la exportación.—Inducciones verosímiles y probables.—Cálculos comerciales que determinan los costos de fletes de la internación.—El papel de estos elementos en la balanza comercial.—Una posible y desautorizada objeción.

Se ha visto que todos los tratadistas cuidan de señalar las utilidades del porteo marítimo como uno de los más primordiales elementos que entran en la formación de la balanza comercial.

Esas utilidades corresponden, según la expresión de Leroy Beaulieu, al país cuya bandera enarbolan las naves que hacen el comercio de trasporte.

Y tanta importancia revisten las utilidades de los trasportes marítimos, que aún entre países que cuentan en servicio de su comercio con flotas muy considerables, prodúcense, no obstante, desigualdades de trascendencia económica notorias, cuando alguno de ellos logra superar al otro en la extensión ó en el desarrollo de sus líneas fijas de navegación ó en un relativo aumento del tonelaje de su marina mercante.

Á este propósito dice Fawcet:

"Una de las principales razones que obran para que las importaciones de los Estados Unidos en Inglaterra, excedan siempre muy largamente á las exportaciones de este último país hácia el primero, se debe al hecho de que el comercio de acarreos entre las dos naciones, se hace casi íntegramente por buques ingleses. Ochenta

por ciento del comercio internacional de los Estados Unidos es acarreado por buques extranjeros, principalmente ingleses, mientras que de todo el tonelaje que llega á puertos ingleses, setenta por ciento (70%) es acarreado por naves ó armadores británicos.

"Es, por lo tanto, evidente que una considerable suma de los productos exportados de los Estados Unidos, representa sólo el pago que se debe al comercio y á los navieros ingleses por fletes de trasporte de la producción americana."

Inútil sería añadir, por lo que á nosotros atañe, que fuera de una parte del tráfico marítimo de la costa del Pacífico, el comercio internacional chileno paga íntegramente á navieros y armadores extranjeros, el costo total de trasporte de los productos que consume.

Esta es, en lo absoluto, la condición del comercio de Chile con la costa americana del Atlántico y con el continente europeo.

Sensible es que en ésta, como en todas las materias que se relacionan con la estadística comercial é industrial, falten datos, siquiera fuesen de relativa exactitud, para determinar la cuantía á que ascienden los fletes que el país paga por sus internaciones.

Sería también interesante conocer el monto á que asciende el costo de acarreos de la producción nacional á los centros de consumo, no sólo porque este dato nos permitiría apreciar la magnitud de los sacrificios que debiéramos hacer por el desarrollo de la marina mercante nacional, sino porque siendo mucho más fácil y más segura la determinación de estos valores, se colegiría por ellos, con mayor grado de certidumbre, la que debiera ser atribuída á los fletes de la internación.

La carencia absoluta de datos oficiales en esta materia, nos obliga á contentarnos con cálculos de plausible verosimilitud.

Nosotros hemos recogido algunos de estos últimos, de informaciones que nos trasmiten ilustrados comerciantes nacionales y extranjeros.

El lector apreciará el grado de fé que pueda prestarse á esas informaciones y acaso, con mejores antecedentes, pueda rectificarlas y completarlas.

Hemos de añadir solamente que no hemos acogido sino los guarismos que, en nuestro concepto, representan el mínimun de costo de los fletes.

Hélos aquí:

EXPORTACIÓN DE 1892

Artículos	Flete medio	Valor en £
Salitres, qq. espñles.		
17.488,820	21 d tonelada	834,693
Cobre, qq. espñles		
590,652	28 " "	38,593
Cereales, hectlos.		
1.500,000	25 " "	143,750
		£ 1.017,036

Hasta aquí, como se verá, los cálculos están basados en datos de exactitud matemática que estimamos como enteramente fidedignos.

No revisten igual carácter los que asímismo nos han sido trasmitidos, con el carácter de cálculos prudenciales, en orden á los demás artículos de exportación que se

indican en globo con la denominación común de «otros productos».

Estos datos son los siguientes:

Vapores por Magallanes 72.000 toneladas á 30 d	£	108,000
Fletes de la costa por vapores extranjeros		66,000
TOTAL GENERAL . . .	£	1.181,036

Resultaría de estos datos que el costo mínimun de trasporte de los productos nacionales de exportación, podría estimarse en una cifra próxima á un millón doscientas mil libras esterlinas anuales (£ 1.200,000).

Análogo, si no superior, tiene que ser el costo de los fletes de la internación, no sólo porque ésta excede, en cantidades y valores, á la primera, sino porque se encuentra recargada con los considerables gastos de trasporte terrestre desde los centros de expendio hasta los puertos de salida, derechos de estadística y de permisos, conocimientos y embarques. Añádese, después, al costo de fletes y demás gravámenes anexos, el importe de seguros marítimos que es de uno por ciento (1%) sobre el valor asegurado; sin contar todavía con el considerable ítem de los embalajes.

Estimamos, en consecuencia, que es prudente y más que prudente, deficiente, la fijación de la suma de un millón dos cientas mil libras esterlinas anuales como costo de los fletes y seguros marítimos que gravan al comercio nacional.

Hemos procurado comprobar la exactitud, ó más

bien, la verosimilitud y probabilidades de acierto de estos cálculos, por medio de un estudio que tuviera por base el tonelaje total de los buques llegados del extranjero á puertos chilenos, pero nuestro intento ha sido considerado irrealizable por las distintas personas á quienes nos hemos dirigido en demanda de estos datos é informaciones.

El jefe de una respetable institución comercial de Valparaíso, nos dice, á este propósito, lo que sigue:

"Después de detenidas conversaciones con diversos jefes de casas de importación en ésta, hemos llegado á la conclusión que sería prudente estimar en ocho por ciento (8%) el importe de los fletes que pagan las mercaderías extranjeras internadas al país. Un dato exacto, no es posible darle.

"Los fletes por el año 1892 han estado, en general, muy bajos.

"En el artículo "carbón", se han importado en 1892, 361,830 toneladas inglesas de 1,016 kilogramos, de las cuales 142,473 han venido de Australia. Los fletes de Inglaterra por carbón, han sido, término medio, de quince chelines y de diez los de Australia.

"Los buques de vela traen muy poca mercadería surtida, viniendo casi todos ellos con carbón, sacos, fierro, cemento, arroz y azúcar; á fletes que fluctuan, según la distancia, entre 9 y 15 chelines.

"Había creído que tomando el tonelaje total de los buques llegados á Chile del extranjero, podíamos llegar á una conclusión, más ó menos exacta, pero desgraciadamente este dato sería muy poco fiel, pues buena parte de los buques entrados vienen en lastre y descargan en varios puertos chilenos.

«En cuanto á los vapores, el flete que ganan es una x imposible de despejar. He visto á varios agentes de estas compañías y me dicen que no pueden calcular el monto total de los fletes, por variar, en cada caso, según el puerto de embarque y la cantidad de carga que haya disponible cuando el vapor debe emprender su viaje.

«En cuanto á fiarme de los datos de la oficina de Estadística, no los creo seguros y para probárselo á usted, basta un ejemplo. En la página 296 de la Estadística de 1890-91, última publicada, aparece el comercio de Chile con Australia en 1891, con un valor de 144.308 pesos, cuando, en realidad, Chile ha recibido de Australia en 1891, la cantidad de 132,561 toneladas de carbón de 1016 kilogramos cada una. Ignoro qué precio cree la Estadística que vale el carbón de Australia, pero, á todas luces, es un dato completamente erróneo.

«Repito, señor, que un ocho por ciento (8%) es una cuota muy prudente como cálculo del monto de fletes.»

Nuestro ilustrado informante confirma, de esta manera, los cálculos que nosotros deducíamos de los precedentes que tenemos avanzados. Con efecto, el ocho por ciento sobre los 78.000,000 de pesos de la importación de 1892, unido á los gastos de seguros marítimos, etc., y estimados á 18 peniques, cambio medio de dicho año, dan una suma muy próxima al millón doscientas mil libras esterlinas, costo calculado de los fletes de exportación.

Ahora bien, es evidente que no son de cargo al comercio nacional chileno los fletes de la exportación, por cuanto los productos que la forman se venden en los puertos del país por precios netos y exentos del recargo de fletes y seguros.

Es todavía cierto que la estadística no anota sino estos valores líquidos como importe de la producción nacional.

En este sentido, el costo de fletes y seguros de la exportación, pesa, en definitiva, sobre el consumidor extranjero que paga estos artículos con los aumentos de precio que estos gastos imponen.

No es, con todo, un gravamen para los mercados extranjeros que adquieren nuestros productos el costo de los fletes y seguros, porque esos valores los recoge su propia industria de acarreos y sus sociedades comerciales de seguros.

De esta suerte, las sumas que paga el consumidor inglés, por ejemplo, á título de costo de trasportes y seguros de los salitres, cobres ó trigos chilenos; las reciben con la otra mano los navieros, armadores y sociedades inglesas de seguros marítimos.

En nada afecta, por lo tanto, al interés del comercio nacional inglés, la forma en la cual estos valores se distribuyen.

Distinta es, por desgracia, la situación para los países que no tienen estas industrias auxiliares y complementarias de su comercio. Es obvio que cuando estos países *exportan* sus productos, tienen que soportar íntegra la disminución de precios que sus mercaderías tendrían en los centros de consumo si fueran acarreadas y aseguradas por su propio comercio é industria.

Ahora, cuando estos países *importan artículos extranjeros*, es asimismo manifiesto que tienen que pagarles recargados con el costo íntegro de trasportes y seguros.

Esta condición de desigualdad é inferioridad relativa en el comercio internacional, se traduce, como enseña

Fawcett, en una deuda de país á país cuyo monto es igual al importe de los servicios que recibe de la industria ajena.

Podría acaso decirse que siendo muy exacto cuanto llevamos expuesto y muy verosímiles y plausibles los cálculos del monto á que ascienden los costos de fletes y seguros; no se deduce de aquí que el país deba al extranjero el millón doscientas mil libras anuales que importan esos servicios, por cuanto el valor de las mercaderías de la internación, que da la estadística comercial, es el que esos artículos tienen, puestos en nuestras aduanas.

Dueño es cada cual de sus ilusiones y, por lo que á nosotros atañe, lamentamos no poder compartir de las que en esta materia pudieran forjarse los optimistas.

Pero, sin incurrir en errores notorios y voluntarios, no podría sostenerse la conclusión que imaginamos.

Está en la conciencia pública que los valores que fija la aduana á las mercaderías de la internación, lejos de comprender el importe de fletes y seguros, no corresponden siquiera al ochenta por ciento del costo efectivo de compra que esas especies tienen para el comercio nacional.

De todo lo cual se deduce, en conclusión, que con absoluta prescindencia del movimiento de intercambios de productos por productos, el costo de trasportes y seguros marítimos, impone al comercio nacional una deuda en favor de los mercados extranjeros que, prudente y verosímilmente estimada, no es inferior á un millón doscientas mil libras esterlinas anuales (£ 1.200,000).

TERCER FACTOR

DEUDAS INTERNACIONALES

Servicio de la deuda pública externa.—Costo mínimum de los demás servicios administrativos pagaderos en oro.—Análisis del carácter de estos desembolsos.

En obsequio de la claridad, consideramos separadamente en este capítulo las obligaciones públicas, provenientes de empréstitos nacionales y servicios administrativos, para ocuparnos, en seguida, del movimiento de valores mobiliarios comerciales.

"Siendo los cambios, dice Goschen, la representación y la resultante del juego de créditos y deudas internacionales, el estudio de la naturaleza y origen de estas relaciones, arrojará plena luz sobre la materia que analizamos."

De más estaría advertir que el país no tiene *créditos* de esta naturaleza. No son nuestros mercados proveedores de fondos para gobiernos ó plazas comerciales extranjeras.

En cambio, tenemos *deudas* cuyo origen remonta á una época relativamente lejana y que han sido aumentadas, con lamentable imprevisión, en los últimos tiempos.

Según aparece del proyecto de ley de Presupuestos para 1894, el servicio de la deuda nacional externa exigirá un desembolso de seiscientas quince mil setecientas cincuenta y cinco libras esterlinas (£ 615,755) y el resto de los servicios administrativos que deben ser pagados en oro, importarán ochocientas once mil seiscientas treinta y tres libras, ocho chelines, dos peniques (£ 811,633.8.2),

lo que forma un total de un millón cuatrocientos veinte y siete mil trescientos ochenta y ocho libras, ocho chelines, dos peniques (£ 1.427,388. 8. 2).

Para darse cuenta de la parte de esta suma que importa, en realidad, un gravamen permanente del país en favor de los mercados extranjeros, habría que deducir, en primer término, las seiscientas mil libras que se presuponen para formar el fondo de conversión del papel moneda.

Según las leyes de noviembre de 1892 y de 31 de mayo del año en curso, se destinarían á la formación de este fondo el precio de venta de los establecimientos salitrales del Estado y la cuota del impuesto de internación y almacenaje que debe recaudarse en oro.

Como uno y otro de esos recursos son propios del país, no hay por qué estimarles como un ítem de las deudas nacionales en favor de mercados extraños y, por lo tanto, deben deducirse del total del presupuesto mencionado, que quedaría así reducido á ochocientas veinte y siete mil trescientas ochenta y ocho libras, ocho chelines, dos peniques (£ 827,388. 8. 2).

Entre esta última suma y el monto total del servicio de la deuda pública, hay una diferencia de doscientas once mil seiscientas treinta y tres libras, ocho chelines, dos peniques, (£ 211,633. 8. 2) que representan el importe de servicios y gastos administrativos de carácter variable que tampoco podrían considerarse como gravámenes permanentes del país.

Así es, por ejemplo, como el ítem más fuerte de estos gastos, es el que el proyecto de presupuestos para 1894 consigna en el Ministerio de Marina, ascendente á ciento cuarenta y cinco mil, ciento cuarenta y cuatro libras, y

que, según entendemos, está destinado, junto con otras sumas de mucha mayor consideración todavía que se dedujeron del empréstito de 1892 y de los presupuestos de ese mismo año y del actual, para atender al pago de un nuevo buque de guerra que se construye actualmente en los astilleros ingleses.

No sería posible suponer que estos cuantiosísimos gastos no encontraran jamás término ni podríamos, por lo tanto, considerarles en la categoría de los gravámenes que venimos analizando para los efectos de nuestro estudio.

Hay, en cambio, otros ítems de esta misma partida de gastos variables pagaderos en oro, que revisten un carácter de permanencia y que deben ser sumados con el servicio de la deuda pública para formar el balance de las obligaciones internacionales. Tales son, por ejemplo, los sueldos del personal diplomático del país en el extranjero, el costo de materiales para ferrocarriles y demás construcciones á cargo del Estado que se piden á los mercados industriales extraños, el pago de profesores especiales ó técnicos que se contratan en Europa, etc., etc.

Sin entrar en más detalles que serían engorrosos é inútiles, puédese estimar en una suma de setecientas mil libras anuales, el *mínimum* de los gastos permanentes que, por el capítulo en análisis, pesan sobre el país en favor de mercados extranjeros.

CUARTO FACTOR

VALORES MOBILIARIOS Y CAPITALES EXTRANJEROS

Distintas clases y diversos oficios de los capitales extranjeros existentes en los mercados del país.—Efectos públicos hipotecarios.—Capitales otantes depositados en los Bancos.—Cooparticipación del capital extranjero en las sociedades nacionales de crédito, en las comunidades industriales, en los ferrocarriles de propiedad particular y en las empresas mineras y fabriles.—La propiedad raíz nacional.—Monopolio del comercio por mayor de importaciones y parte predominante que cabe al mismo elemento extranjero en el comercio por menor.—Traducción de estos antecedentes en cálculos numéricos de plausible verosimilitud.

Propiamente considerado, no es éste un elemento diverso del que acabamos de analizar, porque forma, en la misma línea y con la misma influencia que las deudas internacionales públicas, un sumando de la masa total de obligaciones que pesan sobre un país en pro de los mercados extranjeros.

Esta clase de valores revisten distintos caracteres, según sea la destinación ó el empleo al cual se le dediquen.

Hay, desde luego, capitales extranjeros invertidos á firme como reservas ú ahorros destinados á procurar una renta fija á sus tenedores.

Hay después otra masa de capitales flotantes que sirven para movilizar una industria ó un ramo de comercio determinado.

Hay, por fin, otra suma de estos valores que se destinan á la adquisición de propiedades industriales, agrícolas, mineras ó fabriles.

Nos ocuparemos separadamente de esta última categoría de valores, cuando lleguemos al examen de las uti-

lidades que el capital extranjero retira normalmente de las industrias nacionales.

Se concebirá, sin que nos demos la pena de insinuarlo, hasta qué punto es difícil formar un balance, más ó menos exacto é íntegro, de la cuantía á que llegan los valores mobiliarios que son propiedad de extranjeros.

No tenemos, por lo tanto, la pretensión de dar á este respecto indicaciones de exactitud siquiera relativa. Pero juzgamos posible, á lo menos, consignar ciertos datos que tengan el mérito de señalar *un mínimum* de la cuantía de capitales extranjeros que existen en el país y cuyos réditos ó beneficios constituyen, en el fondo, uno de los ítems de la deuda nacional.

Partiendo de aquel *mínimum*, cada cual podrá estimar, prudente y razonablemente, el término medio y el máximum de estos valores.

El total de los bonos hipotecarios en circulación el 31 de diciembre de 1892, ascendía á ciento tres millones, doscientos veinticuatro mil, seiscientos treinta y dos pesos ($ 103.224,632).

Es notorio que una parte de estos títulos se encuentran depositados en custodia en los principales bancos del país.

Hemos ocurrido, por lo tanto, á esas fuentes de información para indagar con exactitud, aun cuando fuere parcialmente, la nacionalidad de los propietarios de aquellos títulos.

El resultado de esas investigaciones, permite formarse un concepto, más ó menos cabal, del hecho que tratábamos de conocer.

BANCO DE VALPARAÍSO

La custodia de este establecimiento guardaba, en 22 de julio de 1892, un total de veintidós millones, seiscientos setenta y dos mil seiscientos cincuenta pesos ($ 22.672,650) en bonos hipotecarios.

De esa suma corresponden á extranjeros, residentes en el país ó ausentes, catorce millones ochocientos ochenta y un mil cuatrocientos cincuenta pesos ($ 14.881,450), y el resto, ó sea siete millones setecientos noventa y un mil doscientos pesos ($ 7.791,200) á chilenos ó sociedades nacionales.

BANCO NACIONAL DE CHILE

Total de bonos en custodia. . .	$	22.463,200
Pertenecen á chilenos.		13.947,475
Á extranjeros.		8.515,725

De lo cual resulta, que sobre un total de cuarenta y cinco millones ciento treinta y cinco mil ochocientos cincuenta pesos ($ 45.135,850) de bonos hipotecarios mantenidos en custodia por los dos principales establecimientos de crédito del país, más de la mitad de esos valores, ó sea 23.397,175 pesos pertenecen á extranjeros.

BANCO INTERNACIONAL DE CHILE

Total de la custodia.	$	2.695,425
Pertenecen á chilenos.		1.465,950
Á extranjeros.		1.229,475

BANCO AGRÍCOLA

Total de la custodia.	$	5.413,675
Pertenecen á chilenos.		4.761,675
Á extranjeros.		652,000

BANCO COMERCIAL DE CHILE

Total de la custodia.	$	2.561,000
Pertenecen á chilenos.		1.863,600
Á extranjeros.		697,400

De esta segunda agrupación de depósitos, se desprende un resultado más favorable que el señalado anteriormente, por cuanto del total de diez millones seiscientos setenta mil doscientos pesos ($ 10.670,200) que suman las custodias de los tres bancos referidos, un 70 por ciento corresponde á chilenos ó sociedades nacionales y sólo el 30 por ciento restante pertenece á extranjeros.

Tenemos así comprobada la ubicación de un cincuenta y cuatro por ciento (54 %) de la masa de bonos hipotecarios que existen en el país.

De esa cuota, corresponde á nacionales el 55 por ciento y á extranjeros el 45 por ciento restante.

Faltaríanos para completar este estudio, con el carácter de una demostración de exactitud matemática, determinar la manera cómo se halla distribuído, entre nacionales y extranjeros, el 46 por ciento restante de esta masa de valores.

No han podido alcanzar nuestras investigaciones hasta este punto.

Pero no es menester entregarse á suposiciones arbitrarias para establecer que los cuarenta y siete millones, más ó menos, de esta clase de títulos cuyo paradero ignoramos, deben hallarse repartidos, por lo que atañe á la nacionalidad de sus dueños, en proporciones semejantes y acaso menos favorables aún para el país, que las que dejamos aritméticamente demostradas.

Posible y probable es, por ejemplo, que los depósitos en custodia de algunos otros establecimientos de crédito, tales como el Banco de Tarapacá, no den una proporción análoga á la que dejamos apuntada.

Verosímil y muy probable es, en seguida, que los bonos que guardan á domicilio sus tenedores, pertenezcan á instituciones comerciales, á corporaciones educacionistas ó á fundaciones de distinto carácter, que cuenten con localidades apropiadas para eximirse de la necesidad de entregarles á la custodia de un banco. No es de suponer, á lo menos, que si tales títulos fueren de propiedad particular, no se tomasen las precauciones que el hombre menos cauto y previsor emplea de ordinario con papeles que representan valores considerables y que son expedidos á la orden del portador.

Concluímos, por lo tanto, estableciendo, como una presunción verosímil, razonable y prudente; que deben estimarse distribuídos los cuarenta y siete millones de pesos en bonos cuyo paradero ignoramos, en proporciones, cuando menos análogas, á las que demuestran las cifras que nos son conocidas.

Si estos cálculos se estiman fundados, como nosotros los consideramos, resultaría que del total importe de los títulos hipotecarios que representan el valor de la propiedad raiz nacional, habría una suma de cincuenta y un

millones de pesos ($ 51.000,000) en poder de extranjeros.

Ojalá nos equivocaran nuestras deducciones y pudiésemos ser convencidos de error. Por desgracia, creemos que nuestros cálculos están muy lejos de ser pesimistas.

Mucho más oscura y más difícil, sin duda, es la determinación de la cuantía probable que corresponda al elemento extranjero en la masa de los capitales flotantes que existen en los mercados del país.

Sábese, por ejemplo, que los depósitos á la vista ó á cortos plazos que hay en los diversos bancos nacionales, ascienden á ciento treinta millones de pesos ($ 130.000,000).

No es dable penetrar en el detalle de la composición y clasificaciones de estos valores con respecto á la nacionalidad de sus dueños, ya porque ese género de investigaciones encontraría resistencia de parte de la administración de los bancos, ya porque la propia naturaleza, esencialmente variable de estos valores, no permite identificarles ni personalizarles como no fuese en un instante dado. Los depósitos que hoy figuran á nombre de A, aparecerán mañana á la orden de B á virtud del incesante movimiento que constituye la vida normal del comercio.

Entretanto, es un hecho notorio y plenamente demostrado, que una cuota muy alta de esos valores pertenecen al comercio extranjero.

Tan sólo en la plaza de Valparaíso, en la cual hay de cincuenta á sesenta millones de pesos depositados en sus distintas oficinas bancarias, se estima que un 70 á 75 por ciento corresponde al comercio extranjero.

Se recordará, á este respecto, un hecho reciente de

gran resonancia en los centros comerciales. Cuando se trataba de enajenar el empréstito último de 1.800,000 libras esterlinas, una sola firma comercial de aquella plaza hizo propuestas, en el espacio de una semana, por 300,000 libras esterlinas, es decir, por un valor aproximado á 4.500,000 pesos. Aceptadas esas propuestas, su importe fué pagado con giros sobre depósitos á la vista que existían en bancos del país á la orden de los compradores.

No asombrará, por lo tanto, ni tomará de nuevo á quienes someramente conozcan la situación de nuestros mercados, que estimemos, como propiedad de extranjeros, una cuota mínima de un tercio de los capitales de depósitos, ó sea cuarenta y tres millones de pesos.

Excusado parece añadir que, con absoluta prescindencia de la suma que representa el capital extranjero invertido en títulos hipotecarios ó depositado en los bancos, no hay campo alguno de la actividad comercial ó industrial del país, en el cual ese elemento no se halle también incorporado en considerables proporciones.

Regístrense, sino, las listas de accionistas de las sociedades anónimas nacionales, y en todas ellas se encontrarán los rastros de esta coparticipación en proporciones diversas, pero siempre muy significativas.

Sociedades existen en las cuales el capital extranjero predomina en absoluto. Tal es lo que ocurre, por ejemplo, con el Banco de Tarapacá, con las sociedades establecidas en el litoral del norte para el beneficio de metales de plata. La "Beneficiadora de Cavancha" y la de "Santa Rosa", son formadas exclusivamente por extranjeros, y extranjeros son, en consecuencia, los pingües beneficios que han estado produciendo hasta el día.

Nadie ignora que todas las líneas férreas de propiedad particular que existen en el país, pertenecen total ó semi-totalmente á extranjeros y que ellas se gobiernan por directorios que funcionan en la City de Londres.

Los ferrocarriles salitreros de Tarapacá y del Toco son exclusivamente extranjeros.

Á capitales extranjeros se adeudan las líneas que unen nuestro litoral con los minerales bolivianos, de los cuales son copartícipes nuestros connacionales.

Las vías férreas de Atacama y Coquimbo se encuentran en condición análoga y tienen aún sus directorios en Londres.

Exclusivamente inglés es el ferrocarril, como son también las minas de carbón de Curanilahue.

El agotamiento relativo de los ricos veneros de plata y cobre del país y la decadencia progresiva en el precio de estos metales, han ido alejando paulatinamente al finísimo capital extranjero de esta clase de explotaciones industriales. Es inglesa, sin embargo, y tiene también directorio residente en Londres, la mejor mina de cobre que hoy se trabaja en Chile, la titulada «Dulcinea», del mineral de Puquios.

La escasísima industria fabril del país, es movida casi en absoluto por capitales extranjeros.

Desde la elaboración de los yodos en Tarapacá, desde el beneficio de los metales de plata en las provincias del norte, hasta las curtidurías, destiladerías y fábricas de elaboración de cerveza del centro y sur de la República, se hallan en manos de extranjeros.

Extranjeras son asimismo las fábricas de construcción y reparación de maquinarias, los grandes talleres de carrocerías y herrerías, como lo son también, á lo menos

en su inmensa mayoría, las más vastas fábricas á vapor de elaboración de maderas.

En la industria agrícola han penetrado todavía los capitales extranjeros, y dos provincias australes de la República, artificialmente colonizadas, producen riquezas que, en definitiva, no aumentan el haber del país sino temporal y relativamente, porque sus beneficios líquidos constituyen el patrimonio de inmigrantes que no se incorporan á la comunidad nacional sino durante el tiempo necesario para labrar su fortuna.

En el notable desarrollo que han alcanzado el cultivo y la producción agrícolas de las provincias de Bío Bío, Arauco, Malleco y Cautín, el elemento y el capital extranjeros ocupan espacio no despreciable.

Ni faltan tampoco, en los principales centros de poblaciones nacionales, ó en los valles más fértiles de la República, valores de cierta entidad poseídos por extranjeros en forma de propiedades rústicas ó urbanas. Algunos millones de pesos suman, por ejemplo, las propiedades pertenecientes á corporaciones ó fundaciones religiosas.

Y para concluir con esta enumeración que se hace ya larga, apenas si nos será necesario añadir que el total comercio de importación es casi un monopolio extranjero. Salvo rarísimas excepciones, el comercio por mayor que interna al país esa masa de mercaderías que, según la estadística comercial de 1892, alcanzó á un valor de $ 78.000,000, está íntegramente en manos de extranjeros.

Todavía el comercio por menor, que sirve de intermediario entre internadores y consumidores, se compone de un 80 por ciento de extranjeros y sólo un 20 por

ciento máximum de nacionales, siendo estos últimos los que forman la categoría de revendedores de última mano relegados de ordinario á los suburbios de las poblaciones y á las ciudades de provincia.

Si se hace abstracción del mercado de compraventa de frutos del país y del numeroso gremio de corredores y agentes de negocios, puede establecerse que el comercio nacional se halla dominado casi en absoluto por el elemento extranjero.

Dados los antecedentes que en sus perfiles generales dejamos expuestos, necesitamos llegar, aún cuando sea con las deficiencias é imperfecciones propias de la naturaleza misma de los hechos que analizamos, á determinar, por medio de cálculos de plausible verosimilitud, el monto mínimun de los valores que como réditos ó beneficios del capital, de la industria y del trabajo extranjero, constituyen uno de los elementos determinantes de valor del cambio internacional.

Si por el temor de incurrir en errores que son inevitables en esta materia, renunciáramos á todo intento de inventariar estos valores, no cumpliríamos con e propósito fundamental de este estudio, que es llamar la atención del país hacia las únicas causas reales de la situación económica que alcanzamos.

Admitimos, por lo tanto, ó más bien, advertimos de antemano, que en el capítulo de que se trata, todo cálculo, toda estimación tiene que ser sólo aproximativa como que, en realidad, ellas no descansan sino en una serie de hipótesis, más ó menos probables, pero de comprobación imposible.

Si el capital extranjero invertido en bonos hipotecarios no llegase sino á la suma de 51.000,000 de pesos

que es, como se ha visto, el mínimun que arrojan los datos parciales que hemos apuntado con anterioridad y si, de otra parte, aceptamos también que en el total de los depósitos existentes en los bancos, corresponda á ese mismo capital una suma de 43.000,000 de pesos; tendríamos que por estos dos primeros capítulos, el país sería deudor de réditos ó intereses anuales sobre noventa y tres millones de pesos ($ 93.000,000).

Hasta aquí, como se verá, el campo de lo arbitrario se halla bastante limitado y si en nuestras apreciaciones hubiere error, no será, desde luego, muy considerable y será, en seguida, causado por defecto antes que por exceso en la determinación de la cuantía de estos factores.

Pero, ¿cómo y en cuanto estimar, ahora, todo el importe del capital extranjero que en forma de acciones de sociedades de crédito ó de compañías industriales; en forma de propiedades rústicas ó urbanas; en forma de títulos de dominio de las vías férreas particulares; en forma de valores ó beneficios de la industria fabril; en forma de propiedades carboníferas ó minerales y, finalmente, en forma de salarios ó remuneraciones del trabajo; constituyen esa gran masa de valores ó fuentes de utilidades, que el país adeuda á entidades extrañas y que tienen que escapar constante y normalmente hacia los mercados acreedores?

Son tan vastos los horizontes que abarca este problema, tan indeterminados y tan vagos sus elementos de apreciación, que sólo por vía de hipótesis y colocándonos en los extremos más favorables al país, podríamos limitar á una suma total de ciento cincuenta millones de pesos de nuestra moneda nacional, el total de los capita-

les productores de intereses ó de beneficios industriales en favor de extranjeros, incluyendo, por cierto, en este guarismo el importe de bonos hipotecarios y de los depósitos.

En lo que atañe, ahora, á las utilidades del comercio de importación, parécenos que un cálculo, no ya prudente sino tímido y estrecho, nos conduciría á establecer que sobre los 78.000,000 de pesos á que ascendieron las internaciones del año último, debe atribuirse un beneficio mínimun de cinco por ciento al comercio por mayor, ó sea, á los internadores directos, y otra cuota igual de cinco por ciento á los comerciantes por menor que sirven de intermediarios entre aquellos y el público.

De estos cálculos resultaría que las utilidades del comercio de importación, distribuidas entre sus diversos agentes, forman un total de siete millones ochocientos mil pesos de nuestra moneda.

Unida esa suma á la de nueve millones de pesos que representarían, estimados á un tipo medio de seis por ciento anual (6%), los intereses de los ciento cincuenta millones de capitales de ahorro, de capitales flotantes ó industriales del comercio extranjero, nos darían un total de dieziséis millones ochocientos mil pesos anuales, ó sea, computados á un cambio de 16 peniques, un millón ciento veinte mil libras esterlinas (£ 1.120,000).

Hemos de repetir una vez más, que sería posible y que será hasta probable que se descubran y se comprueben, con mejores datos que los que nosotros poseemos, errores de trascendencia notable en las cifras apuntadas, errores que rectificados hicieran subir en un veinte y cinco ó treinta por ciento el monto efectivo de los capitales extranjeros existentes en el país.

En previsión de esta posible eventualidad, hemos hecho de antemano salvedades que reiteramos nuevamente, expresando que nuestro único propósito y el objetivo mismo de este estudio, es señalar *el mínimum* de las obligaciones que pesan sobre el país en favor de mercados extraños.

Basta este antecedente para justificar las conclusiones á las cuales habremos de arribar más adelante.

Interesantísimo sería, sin duda alguna, formar el cuadro exacto, el inventario completo y documentado de la situación que nosotros señalamos sólo en sus rasgos más salientes y notorios.

Pero esa tarea superior á las fuerzas y á los medios de acción individuales, requeriría el concurso de la acción administrativa y un conjunto de antecedentes estadísticos de los cuales el país carece por completo en estos momentos.

QUINTO FACTOR

UTILIDADES DE LA INDUSTRIA Y DE LOS FERROCARRILES SALITREROS

Forma especial de influencia que tienen estos elementos en la balanza comercial del país.—Las utilidades extranjeras de la industria del salitre según documentos oficiales y cálculos privados.—Producido líquido de los ferrocarriles de Tarapacá, según la memoria oficial de la Dirección de esa empresa, publicada en Londres y correspondiente al año próximo pasado.

Exige capítulo aparte el análisis de este nuevo factor determinante del tipo de los cambios internacionales, porque, abstracción hecha de su magna entidad, reviste un carácter distinto de los demás ítems que llevamos estudiados.

Con efecto, si el importe de los fletes, el servicio de la deuda pública y el pago de intereses ó utilidades de capitales é industrias extranjeras, hacen salir del país una masa de riqueza que, según los tratadistas, tienen el mismo efecto que la internación de mercaderías ó productos exóticos por valor iguales á la suma que todas ellas representan; los elementos que entran ahora en análisis, operan en distinta forma para producir un idéntico resultado.

Y, en realidad, las utilidades de la industria salitrera, no son sino deducciones de la masa de productos nacionales de retorno.

En el fondo, las unas y las otras dan el mismo resultado para la balanza comercial del país, ya que tanto importa aumentar el «Debe» como disminuír el «Haber» nacional en cantidades iguales.

Indispensable es, por lo tanto, darse cuenta del monto á que ascienden, en el cuadro total de los productos de la exportación, los valores pertenecientes á extranjeros, para deducirles de los que tienen el carácter de riquezas propias del país, únicas que son hábiles para operar el pago de los consumos del mercado nacional.

Es relativamente fácil esta determinación.

La exportación de salitres ha sido fijada para el año en curso, en veintiún millones de quintales.

Según documentos oficiales que deben estimarse fidedignos, y que, concuerdan por lo demás, con datos notoriamente conocidos de industriales y comerciantes del artículo; los costos de producción de un quintal de salitre, hasta ser colocado á bordo de las naves que lo conducen á los mercados de consumo, se descomponen como sigue:

Costo del quintal en calichera.	s 0. 4 d
Extracción y beneficios.	1. 8
Trasporte hasta el puerto y embarque. .	0. 8
Derechos.	2. 4
TOTAL.	s 5. 0.

Suponemos vendido el artículo en nuestros puertos, y no hay, por lo tanto, para qué complicar este sencillo cálculo, con los costos de fletes, seguros, desembarque y comisiones en Europa.

Ahora bien, siendo, en el momento en que escribimos, precio corriente del artículo, el de seis chelines cuatro peniques (s 6. 4), la utilidad neta del productor sería de un chelín cuatro peniques por quintal.

En el monto total de los veintiún millones á que se encuentra limitada la producción, por los acuerdos de la titulada «Combinación Salitrera», esa utilidad representaría trescientos treinta y seis millones de peniques (d 336.000,000) ó sea un millón cuatrocientas mil libras esterlinas (£ 1.400,000).

Adviértase que la utilidad efectiva del salitrero que realiza sus productos en Europa, es bastante superior á la indicada, á lo menos, mientras se mantengan los precios al derredor de 10 chelines, como viene ocurriendo desde meses atrás, mediante a las restricciones con las cuales la «Combinación Salitrera» gobierna á su voluntad las existencias disponibles en los mercados de consumo.

Pero, para los efectos de este estudio, no sería útil seguir las evoluciones de la especulación comercial salitrera.

Nosotros tomamos únicamente el precio del artículo en la costa, porque es éste el que anota la estadística de las exportaciones y porque es todavía el que representa el valor de los productos nacionales de retorno que entran en el juego de la balanza comercial.

Y partiendo de aquel punto, llegamos á establecer, como un hecho fuera de toda redargüición posible, que el monto de las utilidades *extranjeras* de esta industria *nacional*, sube, cuando menos, á 1.400,000 libras esterlinas anuales, ó lo que es lo mismo, á 21.000,000 de pesos de la moneda del país, estimada á un cambio medio de 16 d.

En orden, ahora, á las utilidades de los ferrocarriles salitreros de Tarapacá, debemos estarnos á lo que afirman los documentos oficiales emanados del propio directorio de esa empresa.

Aparece de la última memoria publicada en Londres, y presentada á los accionistas de la «Nitrate railways Company» en sesión de 8 de mayo último, que el balance del año fenecido en 31 de diciembre de 1892, arroja una utilidad líquida de £ 378,993. 12. 3.

Á cuenta de esas utilidades, se distribuyó á los accionistas un dividendo «interino» de 10 por ciento en julio del 92, pagándose además 7 por ciento á las denominadas «acciones de preferencia». Un segundo dividendo de 10 por ciento, distribuyóseles en enero del año en curso, lo cual hace subir á 27 por ciento los beneficios de la negociación en el período indicado.

Conviene advertir todavía que las entradas brutas de la empresa en el tiempo que abarca el balance que extractamos, subieron á £ 626,923. 8. 2 y que una parte de esta suma se destinó al servicio de los empréstitos con-

tratados por la empresa en Londres, así como al pago de los impuestos á que está afecta la sociedad en su domicilio legal, es decir, en Inglaterra.

SEXTO, SÉTIMO Y OCTAVO FACTORES

Utilidades extranjeras de la elaboración de yodos.—Informaciones y datos que pueden servir para que el lector aprecie la cuantía de los beneficios que recojen las sociedades extranjeras de seguros terrestres.—Estimación prudencial de los gastos de nuestros connacionales que residen ó viajan por el extranjero.

Señalaremos, breve y conjuntamente, los últimos elementos que nos quedan por considerar como integrantes de la balanza comercial del país.

Es el primero, la utilidad extranjera de la industria de elaboración de yodos.

Consiste el segundo, en los beneficios que recogen las diversas y numerosas compañías de seguros que comercian en nuestras plazas.

Fórmase, finalmente, el tercero, de los gastos que hacen nuestros connacionales en los países extraños que visitan ó en los cuales residen.

Carecemos de datos concretos bastante autorizados para fijar la cuantía á que pudieran ascender estos dos últimos ítems de la deuda nacional.

Se ha repetido, es cierto, en diversas publicaciones de la prensa, que suben á más de 2.000,000 de pesos anuales las primas que recaudan las compañías de seguros, deducción hecha del valor de los siniestros bien numerosos que han debido satisfacer en estos últimos años.

No tenemos motivo alguno para poner en duda la exactitud ni la sinceridad de esos cálculos. Pero como de

esas propias investigaciones aparece que están incluidas en la estimación recordada, no sólo las primas de seguros sobre la vida y de seguros sobre la propiedad terrestre, sino también los marítimos que nosotros hemos considerado separadamente como un recargo adicional al costo de fletes; no podríamos aceptar una duplicación de estos gastos para los efectos de nuestro estudio.

Todavía por lo que concierne a las primas de seguros sobre la vida, parécenos que no habría tampoco un fundamento bastante sólido para considerarlas como un gravamen de carácter permanente á cargo de los mercados nacionales. Los fondos percibidos á este título tienen que ser reimportados al país en plazo más ó menos largo, pero cierto é inevitable, es decir, cuando fallece la persona asegurada.

De esta manera, sería únicamente el importe de los seguros sobre la propiedad nacional terrestre, el que tendríamos que considerar en este estudio como uno de los factores determinantes de obligaciones á cargo del país. Y, en este sentido creemos que, para ponernos á cubierto de exageraciones que pudieran recargar los tintes ya bien sombríos de nuestro cuadro, no debiéramos estimar en más de 50,000 libras esterlinas anuales el monto de los valores que salen del país por pagos de primas a los aseguradores extranjeros, deducción hecha de las sumas que esas compañías cubren normalmente por siniestros.

No es dable escapar tampoco á lo arbitrario cuando se trata de hacer la estimación de los gastos de nuestros connacionales en el extranjero. Hay quienes fijan la cuantía de estos desembolsos en 2.000,000 de pesos anuales de nuestra moneda, otros les llevan á 200,000 libras esterlinas.

Guiados siempre por el mismo criterio de no abultar el monto de los compromisos nacionales, reducimos á 100,000 libras esterlinas anuales este ítem del balance que venimos formando.

Quédanos por considerar la cuantía de los beneficios extranjeros correspondientes á la elaboración de yodos.

La producción de este artículo se encuentra sujeta á una combinación del carácter más complejo. Los productores de yodos en Chile, tienen señalada una cuota de 59½ por ciento hasta un total de 3,000 quintales ingleses y el 90 por ciento sobre todo el consumo que exceda de esta cantidad. Una sola firma comercial, la de los señores Antony Gibbs é Hijos, gobierna la venta de esta sustancia en todo el mundo.

No tenemos para qué recalcar en todo lo que hay de ficticio, de arbitrario y de inconveniente en una combinación que esteriliza por completo la riqueza considerable y gratuita, que se obtiene de las aguas madres del caliche, y cuya producción se restringe artificialmente para evitar la competencia de los yodos chilenos á los productos similares que se extraen de las algas marinas en Europa.

Nos interesa únicamente, para los efectos de nuestra tesis, hacer constancia de que, segun la estadística comercial de 1892, el valor exportado en yodos, ascendió á 5.138,460 pesos de moneda nacional.

Un cálculo ínfimo de los beneficios extranjeros de estas explotaciones, nos daría una suma de 50,000 libras esterlinas anuales.

V

Resumen numérico de los diversos factores que entran en la formación de la balanza comercial.—Objeciones probables del empirismo y del doctrinarismo.—Primer efecto necesario del desequilibro en el comercio de intercambios.—La inconvertibilidad de 1878.—Salida anticipada del oro en obedecimiento á la ley de Grescham—Inaplicabilidad absoluta de esa fórmula para explicar la emigración de la moneda de plata.—El barómetro de los cambios es infalible.—Como pagamos los saldos de la balanza comercial.

El resumen de las cifras apuntadas en el párrafo precedente, nos lleva á concluir en que, suponiendo la ecuación de productos del intercambio, es decir, aceptando que el país paga las internaciones de mercaderías extranjeras con el importe de sus productos de retorno; existe, sin embargo, un déficit anual de cinco millones de libras esterlinas (£ 5.000,000) como saldo en contra de la balanza comercial á favor de los mercados extranjeros.

Ese enorme y desconsolador guarismo, se formaría de los siguientes elementos:

Valor de fletes y seguros marítimos. . .	£ 1.200,000
Deuda pública y servicios administrativos.	700,000
Intereses de capitales extranjeros y utilidades comerciales.	1.120,000
Beneficios de la industria salitrera. . .	1.400,000
Id. de ferrocarriles salitreros.	378,993
Id. de sociedades de seguros.	50,000
Id. de la industria del yodo.	50,000
Gastos de chilenos en el extranjero. . .	100,000
TOTAL.	£ 4.998,993

Ahora bien, la influencia de estos diversos factores denominados por los tratadistas "exportaciones é importaciones invisibles", no puede modificarse, según Fawcett, sino disminuyendo las obligaciones del país deudor ó aumentando sus productos hasta igualar con ellos el conjunto de internaciones visibles é invisibles.

Estamos perfectamente ciertos de levantar resistencias instintivas y tenaces contra los resultados que arrojan estas investigaciones.

¡Cómo, se dirá, pudiera el país cargar con semejantes deudas que habrían de permanecer insolutas por falta de medios para satisfacerlas, sin que su crédito se afectase y sin que ya estuviéramos envueltos en la más honda bancarrota!

Nadie puede consumir sin pagar, añadirán, de otro lado, los economistas de la escuela de Say, que se ha empecinado en no menearse del año 1830 y que sigue fulminando con sus anatemas á los ignorantes que desconocen la infalible doctrina de que, en el intercambio de

los pueblos, los productos no se pagan sino con productos.

Es hasta majadero, repetirán esos señores doctrinarios del año 30, insistir en que existe una balanza comercial y en que ella puede arrojar saldos en favor ó en contra de tales ó cuales mercados, cuando es una verdad científica inconcusa que los pueblos son tanto más ricos cuanto más importan del extranjero, porque es así como logran asimilarse una suma mayor de objetos útiles para impulsar su desenvolvimiento económico.

Con perdón del excepticismo de los unos y del sectarismo de los otros, nos permitimos insistir en la cabal exactitud de las doctrinas y de los hechos que dejamos enunciados.

Exactísimo, como es en realidad, que los pueblos pagan sus consumos con sus productos, no es menos evidente ni menos demostrado que cuando esas producciones no bastan para aquel fin, se echa mano, en primer término, de la moneda que sirve de circulante; se recurre en seguida al uso del crédito y se levantan empréstitos tras empréstitos que alivian momentáneamente la situación para empeorarla y reagravarla en el fondo y, por último, á falta de todo otro medio, para restablecer el equilibrio perdido, se enagenan los bienes nacionales que van paulatinamente pasando á manos de los acreedores extranjeros y acrecentando con sus beneficios la masa de las obligaciones nacionales.

El caso de las exportaciones de la India hacia los mercados ingleses, citado por Fawcett, es ejemplo típico de la primera de aquellas evoluciones económicas.

Los diecinueve millones de libras esterlinas que exportaba anualmente aquel país, *en exceso de sus interna-*

ciones, no tenían otro papel que el solucionar el monto de intereses ó de beneficios industriales que ese mercado adeudara al de la Gran Bretaña.

Pero éste es el caso normal, común y ordinario de todos los pueblos, como de todos los individuos, que cuentan con recursos bastantes para solucionar íntegramente sus obligaciones.

No porque la India se viera en la necesidad de exportar tan considerables valores en exceso del que representaban sus consumos de mercaderías extranjeras, su situación económica se comprometía ó se afectaba desfavorablemente. Si debía intereses de capitales importados, recogía, en cambio, el aumento de riquezas, de progresos y de bienestar que esos capitales desarrollaban en el país. Si escapaban de sus fronteras los beneficios industriales que esos propios elementos habían sembrado, guardaba en compensación el mayor valor que ellos dieran á la propiedad territorial, el ensanche que imprimieran á su comercio, las remuneraciones que en forma de salarios del trabajo indígena aumentaban la riqueza del país y, por último, la enseñanza y el ejemplo.

Mientras las producciones, mientras la masa de los valores de un mercado, bastan para compensar todo ese conjunto de beneficios, el comercio internacional constituye el más sólido, el más fecundo de los elementos de progreso y de prosperidad mutua de los pueblos que le mantienen.

Empero, las dificultades comienzan allí donde termina la reciprocidad y la igualdad de esos beneficios.

El exceso de los consumos sobre las producciones nacionales, trae inevitablemente y como el primer efecto

de este fenómeno, la exportación de la moneda, porque aún cuando ella desempeñe los oficios de circulante, no es, en definitiva, sino una mercadería y, como tal, concurre en último término, es verdad, pero al fin concurre siempre, al pago de las internaciones.

Tal es la condición de los mercados nacionales á contar desde 1878.

Ya antes, mucho antes de esa época, en 1875, habíamos visto escaparse el oro que circulara en el país.

Y esto por una sencillísima razón.

El oro que tenía una estimación legal idéntica á la atribuída á la plata, se avaluaba comercialmente, en el mercado universal, á precios muy superiores.

Es inútil hacer, por quincuagésima ocasión, la historia, repetida hasta la saciedad, de las causas que habían producido este fenómeno. Más inútil y fatigoso sería aun insertar los cuadros, también cincuenta veces publicados, de la marcha que siguiera la producción relativa de los dos metales. Basta y sobra con que recordemos que el aumento incesante de la producción de la plata y el relativo estagnamiento en la producción del oro, eran causas más que suficientes para traer el desequilibrio de valores entre ambos metales, desequilibrio que, en los momentos en los cuales escribimos, alcanza proporciones imposibles de determinar.

Se fué, pues, el oro porque no era dable que subsistiera desempeñando funciones de circulante con una estimación legal arbitraria, esencialmente diversa á su valor comercial. No podía permanecer hombreándose con la plata de igual á igual como lo requería la ley.

Esto y nada más que esto es lo que significa en buen romance la fórmula económica denominada «la ley Gres-

chamu, cuyo fundamento no es, en resumen, sino una verdad elemental y de sano criterio.

Pero, después de la salida del oro, vino también la escasez y el encarecimiento de la plata que comenzó á abandonar nuestros mercados rápida y alarmantemente.

En 1878 el presupuesto de los gastos públicos no era sino de diecisiete millones de pesos y, sin embargo, llegó un momento en el cual no hubo fondos para atender á los gastos ordinarios de la administración.

Fué en esa época cuando se contrató el empréstito interno más oneroso de que conservemos memoria, con diez por ciento de interés.

Tales proporciones alcanzó la emigración de la moneda de plata, única de la cual dispusiera el mercado nacional, que las cajas de los bancos, debilitadas progresiva y constantemente, se encontraron de un momento al otro en la imposibilidad de satisfacer sus obligaciones á favor del público y todavía en mayor imposibilidad de entonarse mediante el cobro rápido y violento de los créditos que guardaban las carteras de esos establecimientos.

Empero, ni los bancos ni sus deudores habian caído inopinadamente en insolvencia. Sus facultades y sus recursos eran los mismos que tuvieran al constituirse las obligaciones recíprocas de los unos á favor de los otros.

Lo que pasaba, era, única y exclusivamente, que la emigración precipitada del circulante colocaba al comercio y al público en general, en la absoluta imposibilidad de mantener el movimiento normal de las transacciones.

Hubo, por lo tanto, de ocurrirse á medidas extraordinarias para salvar una situación que era también extraordinaria, y el Congreso reunido en una noche del

mes de julio, dictó la ley de inconvertibilidad, de la cual no nos desprenderemos ciertamente con las leyes de noviembre y mayo último.

Sería hasta estrafalario sostener que la plata se marchó de nuestros mercados en 1878, obedeciendo también á la ley Grescham.

Para que la ley Grescham hubiera podido funcionar con sus elementos propios en aquella ocasión, habría sido indispensable la coexistencia, en los mercados del país, del circulante plata con algún otro medio circulante de menor estimación comercial y de idéntico valor *legal.*

Sin este requisito, no hay campo hábil, científica ni racionalmente considerada la situación, para aplicar la teoría económica que encuentra su fórmula en la ley Grescham.

Pues bien, ni cuando se pronunció la salida de la plata á principios de 1878, ni cuando esa emigración fué tomando caracteres alarmantes, ni cuando las estrecheces de los mercados nacionales alcanzaron su período agudo, ni por fin, en ningún momento *anterior* á la ley de inconvertibilidad, existió jamás en nuestras plazas otro circulante de menor estimación comercial y de igual valor legal que determinara la escapada de la plata en cumplimiento de la ley Grescham.

Sería hasta absurdo suponer que la plata se marchaba porque *podía dictarse* una ley de inconvertibilidad.

Lo que hay de cierto y de positivo es la proposición inversa, ó sea, que la inconvertibilidad vino porque la plata *se había marchado.*

¿Cuál pudo ser entonces la causa determinante de aquel fenómeno?

¿Por qué se quedó el país sin circulante alguno de especies?

¿Por qué se impuso, al fin, la inconvertibilidad como un hecho inevitable?

Estas preguntas no tienen ni podrían tener sino una sola y única contestación.

Se pasaron así los hechos porque el país se iniciaba en la era de los desequilibrios de la balanza comercial, porque los consumos comenzaron á sobrepujar á las producciones nacionales, y porque fué, en consecuencia, inevitable que la moneda saliese con rumbo directo hacia las plazas acreedoras del país por saldos pasivos de su movimiento comercial.

Complicada más tarde la situación económica que se iniciara en 1878, con una prolongada guerra exterior que exigió sucesivas emisiones de papel moneda, que perturbó la marcha normal del comercio y mantuvo inerte y vacilante el crédito nacional, reflejáronse todas esas oscilaciones, vaivenes, éxitos y contrariedades sobre el valor del circulante fiduciario que llevaba la firma del Estado.

Hemos tratado de señalar de antemano la influencia que los hechos relacionados tuvieron sobre el crédito y los recursos del país y hemos indicado todavía, á grandes rasgos, la que debe ser atribuída á los desgraciados acontecimientos políticos posteriores y á la no menos desgraciada marcha que ha seguido hasta el día la política económica nacional.

Del conjunto de todos esos factores reunidos en su accción, háse derivado el estado económico que alcanzamos.

El tipo de los cambios, que es el barómentro más fiel,

más exacto, y debemos añadir, más infalible, para apreciar la condición económica de los pueblos; ha venido marcando el progresivo, fijo é incontenible descenso que llevaban las producciones del país, sus compromisos y sus deudas á favor de mercados extraños en parangón con sus recursos y sus créditos contra las plazas mercantiles con las cuales mantiene relaciones de intercambio.

La mejor y más concluyente prueba, de la exactitud de las cifras que entran en el juego de la balanza comercial del país, y que arrojan en su contra los saldos que aproximativamente hemos señalado, es la que se desprende de ese elemento irredargüible de comprobación. Si la moneda nacional no alcanza, como poder de cambio, sino á un tercio del valor que representa el circulante de las plazas con las cuales comerciamos, es evidente é innegable que proporciones análogas asume el conjunto de sus recursos efectivos comparado con la masa de sus compromisos y de sus deudas.

Explicarse de otra manera esta situación es incurrir en voluntarios y notorios errores, que habrán de dañarnos más y más cada día.

No es exacto que el papel fiduciario valga hoy 16 peniques, ayer 18, y anteayer 20, 25 ó 30, porque se haya apoderado sorpresivamente del ánimo del público y del comercio extranjero una repentina desconfianza en las promesas de conversión, más ó menos inmediata, de esas obligaciones por especies metálicas.

Como lo hemos observado repetidamente, nunca como hoy, se había andado más camino en la idea de la conversión, se habían dictado leyes y señalado plazos fatales para verificarla, y nunca, tampoco, el cambio había descendido más de prisa y más obstinadamente hacia

el máximum de depresión conocida en los quince años que lleva de existencia.

Es fuerza entonces convenir en que este pretendido factor de las desconfianzas, como el otro del agio y de la especulación, tan inexacto, tan fútil y tan ficticio como el primero; no son sino recursos vacíos para explicar fenómenos cuyas causas verdaderas se desconocen realmente ó se pretenden disimular ú ocultar.

Nó, las leyes que gobiernan y dominan estos fenómenos, lejos de obedecer á caprichos, á fantasías, á nerviosidades ó á manejos efímeros y artificiales; siguen, por la inversa, con fidelidad y exactitud, no sospechada siquiera por el empirismo, el curso que les trazan los acontecimientos y marcan el grado de crédito que debe atribuírse á cada país, con la misma precisión con que el termómetro señala la elevación y el descenso de la temperatura.

No tiene, por lo tanto, el circulante fiduciario nacional ni mayor ni menor estimación de la que merece, y la que merece es la resultante de la masa de los consumos y de las deudas del país, comparada con el total de sus producciones y de sus créditos.

Diráse, sin embargo, que si fueran exactos los guarismos que nosotros presentamos como la traducción matemática del problema; si fuera cierto que el país debe anualmente cinco millones de libras esterlinas más de lo que produce; llegaríamos á la conclusión, verdaderamente absurda, de que los mercados acreedores nos están regalando aquellos gruesos valores, ya que no se los pagamos ni podríamos pagárselos.

Á esos extremos conduce ciertamente la observación superficial de estos fenómenos, auxiliada, con admirable

eficacia, por los errores y las preocupaciones de la escuela económica en voga en los comienzos del siglo.

Pero, otra y muy diversa es la verdad de las cosas.

Los saldos de la balanza comercial se pagan inexorablemente y se pagan hasta con usura sin que veamos ni nos demos cuenta de la forma material de estas operaciones y sin que la estadística sospeche siquiera el monto de los valores que sirven á este efecto.

Así es, por ejemplo, como nosotros venimos aplicando al pago de estos saldos (que no han sido, por cierto, de la misma cuantía desde 1878 hasta hoy), primero, el valor de todo el circulante monetario de oro y plata de que disponían los mercados nacionales; después el monto de los diversos empréstitos externos que, en diferentes épocas, posteriores á 1878, han sido contratados, y, por último, la gran masa de valores que forman los efectos públicos, títulos de renta, acciones de sociedades anónimas, propiedades raíces rústicas ó urbanas, minas ó pertenencias salitrales; que sucesiva y paulatinamente han ido pasando al dominio de los acreedores nacionales.

Porque menester es que se tenga presente, que no es indispensable ni es siquiera lo ordinario que los saldos de la balanza comercial se liquiden y se paguen con giros inmediatos á favor de las plazas acreedoras. Lo que acontece en la práctica es, por la inversa, que los saldos líquidos contra el país busquen inversión reproductiva en el país mismo, y se conviertan en capitales de renta fija ó en capitales flotantes que aguardan hora y condiciones oportunas para abandonar nuestros mercados. Son todavía estos mismos saldos acreedores del comercio extranjero, los que se transforman en propiedades raíces, industriales, fabriles ó mineras, cuando estas inversiones

ofrecen mejores expectativas ó cuando la situación de los cambios no permite exportarles sin pérdidas más ó menos considerables.

Si fuera posible formar el inventario exacto de ese gran conjunto de valores, nos esplicaríamos, con entera facilidad, la forma de pago de los saldos pasivos de la balanza de intercambios, por más que ellos escapen á toda anotación y comprobación estadística, precisamente porque revisten el carácter de factores invisibles de la internación, como les denominan los tratadistas. Esta denominación es tanto más apropiada y exacta cuanto que el efecto económico que producen los ajustes ó liquidaciones de esos saldos, es el mismo, mismísimo que operan las internaciones de mercaderías. Tanto valdría, en efecto, para el país que la internación aumentara en cinco millones de libras esterlinas anuales, como que pese sobre los mercados nacionales la necesidad de pagar esa misma suma al extranjero á título de servicios ó beneficios industriales y comerciales ó por intereses de capitales fijos y circulantes.

Ninguno de aquellos servicios puede quedar sin remuneración; ninguna de aquellas deudas podría sernos condonada, y en este punto son perfectamente exactas las observaciones de quienes sostienen, con más optimismo que discernimiento, que el país paga cuanto compra á los mercados extraños, porque no se concebiría que se nos estuvieran regalando esos valores ni que se nos abrieran créditos por sumas indefinidas y plazos indeterminados.

Exactamente, replicamos nosotros, el país paga cuanto consume, pero á semejanza de lo que acontece á los individuos, cuando sus consumos exceden á sus productos,

tiene que vivir de sucesivos empeños de su crédito ó enajenar paulatinamente sus bienes y capitales productivos.

No hay medio de escapar á uno ú otro término de esta disyuntiva, como no sea negando la efectividad de los hechos, ó desconociendo la existencia de los compromisos que pesan sobre el comercio nacional, por los diversos capítulos que dejamos enumerados.

Quienes de tal manera discurriesen, necesitarian demostrar cómo los sesenta y cuatro millones de pesos, monto total de las exportaciones de 1892, tienen el privilegio sobrenatural y portentoso de cubrir, en primer término, los setenta y ocho millones á que ascendiera la importación *de mercaderías* verificada en ese mismo período de tiempo; de bastar después para hacer el servicio de la deuda pública, para pagar el importe de fletes y seguros marítimos, intereses de capitales y beneficios industriales extranjeros, costear los desembolsos de nuestros connacionales en el exterior y las primas de las compañías aseguradoras de la propiedad nacional terrestre.

Sería del caso que nosotros preguntáramos, á nuestro turno, ¿nos estarán obsequiando los capitales y las industrias extranjeras, sus beneficios y sus réditos, sus servicios, su trabajo y su tiempo?

Y, téngase todavía presente que son mucho más estrechos aún los términos verdaderos del problema, porque no es exacto que la producción nacional alcanzara á los sesenta y cuatro millones, en los cuales la valoriza la estadística. Como hemos creído demostrarlo de antemano, en aquella cifra están incluídos los valores de salitres y yodos pertenecientes á extranjeros, valores inhábiles

para producir la compensación de las deudas nacionales.

Admitimos, por cierto, que pueda haber error en la computación de la cuantía de aquellas deudas, á pesar de que juzgamos haberlas apreciado con un criterio optimista acaso extremo. Pero lo que no podríamos aceptar, porque conduciría á un absurdo, es que, conocida y determinada la producción total del país y con el convencimiento de que ella no excede y tal vez no alcanza á los sesenta y cuatro millones de pesos de 38 peniques en que la fija la estadística, puede suponerse que con ella paguen los mercados nacionales los setenta y ocho millones de 38 peniques también, que importan las mercaderías internadas y después los cinco millones de libras esterlinas, ó sea, los setenta y cinco millones de pesos de papel de 16 peniques, que suman todos los demás factores de cargo á su crédito ó á sus bienes.

VI

Comprobaciones prácticas tomadas de la historia económica contemporánea.—*La crisis*, folleto del señor José A. Terry, actual Ministro de Hacienda de la República Argentina.—Analogías significativas.—Tendencia hacia la nacionalización del capital.—Balanza comercial-argentina.—Déficit de £ 12.000,000 anuales.—El *Boletín Industrial* de Buenos Aires.—Razones que explican las aparentes anomalías que ofrecen las cotizaciones de los cambios en Chile y en la Argentina.

Ni se crea tampoco que, contemplada desde este punto de mira, la situación económica del país sea excepcional, aislada y sin precedentes en la condición actual de las naciones.

Muy lejos de ello, la comprobación práctica de las doctrinas que sustentamos, se halla evidenciada y demostrada, con fuerza cada día más incontrastable, en la historia económica contemporánea de todos los pueblos que forman el gran mercado comercial de intercambios.

Por una feliz coincidencia, ha llegado á nuestras manos en los propios momentos en que escribíamos esta parte de nuestro estudio, una interesante publicación que acaba de aparecer en Buenos Aires, con el título de

La Crisis, escrita por el señor José A. Terry, actual Ministro de Hacienda de la vecina República.

En el capítulo II, página 63, del libro citado, y con el rubro de "Balanza de comercio", se lee lo que sigue:

"En la Memoria de 1885, el Ministro de Hacienda se pregunta si el exceso de la importación sobre la exportación desde 1882, puede ser causa de la perturbación monetaria sufrida, aun cuando no da importancia á la balanza de comercio, *por no ser principio cierto de economía.*

"El principio no puede ser más cierto, á pesar de todo lo que se diga en contrario, porque es evidente que el individuo que consume más de lo que produce, agota al fin sus reservas y, por último, su crédito. Y si esto es evidente con las personas, ¿por qué no habría de ser cierto tratándose de un pueblo?

"En lo que no hay exactitud es en los guarismos que arroja la balanza comercial, porque la experiencia y la estadística han demostrado que los aforos son bajos ó altos, según sean de importación ó de exportación, con ó sin derechos aduaneros; y porque no se toman en cuenta muchos otros factores que actúan en las relaciones internacionales de los pueblos, sin pasar por las aduanas y sin ser anotados en la estadística.

"Entre éstos y tratándose de países nuevos como el nuestro, no debemos olvidar al capital en dinero importado por los inmigrantes, el capital que directamente viene para ser empleado en nuestras tierras é industrias, el que se ocupa en la compra de nuestros títulos, el que se exporta por razón de dividendos y se importa por razón de empréstitos."

Después de enunciar en tales términos las bases de

la teoría económica de la balanza comercial, el señor Terry añade:

"Es muy cierto que, en definitiva, los productos se saldan con productos, pero es cierto también que un país puede pasar una serie de años saldando productos con crédito, que el crédito, en ese caso, representa el producto á exportar en el porvenir.

"Si el particular puede vivir una serie de años consumiendo sin producir, sirviéndose para ello de expedientes que ni la economía ni la moral justifican, con más razón podrá hacerlo un país, dadas sus condiciones y sus grandes facultades económicas.

"El producto se salda con producto, pero cierto es también que cuando el producto *falta*, tiene que saldarse la cuenta con crédito ó con dinero, y así tenemos que, desde 1882 hasta principios de 1885, el saldo en contra nuestra fué de cuarenta y siete millones de pesos. Rebájese todo lo que se quiera, un 50 por ciento, por ejemplo, y siempre tendremos veintitrés millones á pagar. ¿Con qué? Con dinero contante, desde que en los años posteriores hasta 1891, nuestra producción exportada fué menor que la importación.

"Y si al saldo en numerario que exige nuestro comercio exterior, agregamos *los intereses de capitales extranjeros* empleados entre nosotros, y *el servicio de nuestras deudas y de nuestros títulos radicados en el extranjero*, se comprenderá fácilmente *la importancia que tiene siempre la tan debatida balanza del comercio, tratándose de los fenómenos que se producen en la circulación monetaria de un país que ha decretado la inconversión de sus billetes.*

"Así, es obvio concluir, que por lo menos una parte del saldo que en contra de nuestro país señala la estadís-

tica comercial, ha sido abonado con numerario, porque desgraciadamente nuestra moneda de papel inconvertible no tiene curso legal en la Europa, ni está comprendida en la liga latina.

"He aquí por qué háse observado que después de toda crisis, en la que el país ha perdido crédito exterior y capitales, la importación disminuye fuertemente, *porque entonces sí que es exacta la fórmula de Say, y el producto se paga con el producto,* que en estos momentos *ni plata hay ni crédito que la reemplace...* Así la importación disminuyó en 1891, porque economizamos el consumo, *debido a que no teníamos ni oro que mandar ni crédito que explotar...* El comercio europeo había cerrado sus puertas para todo lo que fuera argentino y *nuestro consumo disminuyó en la cantidad* que *no podíamos pagar con nuestra producción.*

"Dígase lo que se quiera, nuestro país ha sido y es pobre porque nuestra producción ha sido y es escasa y porque no tenemos acumulados grandes capitales. *Nos engañamos á nosotros mismos repitiendo sin cesar que la República es rica, que somos ricos. De esperanzas, de ambiciones y de vanidad, pero desgraciadamente no son productos que se cotizan en los mercados europeos.*

"El programa de todo hombre de Estado debiera ser la formación del capital argentino para obtener la preponderancia de éste sobre el extranjero. Mientras nuestro consumo sea mayor que nuestra producción, mientras los ferrocarriles, *las grandes industrias, las fuertes empresas pertenezcan al extranjero, la estabilidad de nuestra moneda convertible, será una simple bella esperanza y nada más.*

"Se levantarán nuevas oficinas de cambio, *volveremos*

á la conversión, pero la conversión tendrá vida pasajera. El menor contratiempo nos obligará á volver al punto de partida que entre nosotros es la inconversión, el papel moneda, ya bajo el régimen de la libertad política ó de la dictadura de Rosas".

Hasta aquí, como se verá, el folletista argentino parece haberse propuesto restablecer las verdaderas enseñanzas, las verdaderas doctrinas económicas en orden á la balanza de comercio y á sus efectos en el movimiento de los intercambios y en la estimación del circulante fiduciario. Porque también parece evidente que allá como aquí, el sectarismo y el empirismo se han dado la mano para perturbar el criterio público, para señalar errados horizontes á la acción del legislador, para extraviar, en fin, el rumbo de los esfuerzos útiles y eficaces en pró del restablecimiento del equilibrio económico perturbado.

En este sentido, es interesante para nosotros tomar nota de las conclusiones doctrinales á las cuales arriba el libro del Ministro argentino, ya que ellas guardan perfecta y absoluta analogía con las que en ésta y en ocasiones anteriores nos ha cabido el honor de sostener.

Pero es otro el punto de capital interés para nuestro tema del momento, que analiza el estudio referido y hacia el cual deseamos llevar la atención de los poderes públicos nacionales. Nos referimos al examen numérico de las obligaciones internacionales argentinas en favor de mercados extranjeros.

En grado mucho más alto que nosotros y acaso sólo comparable con lo ocurrido en la India y en Australia, la República Argentina debe al capital y á la industria extranjera, el prodigioso desarrollo de su progreso material operado durante los cuatro últimos lustros.

No condena, por cierto, el escritor á quien aludimos, la fecunda labor operada en su país por el empuje de la industria y del capital extraño. Recuerda, por la inversa, que como decía Alberdi en 1838, «nosotros somos europeos, nuestra civilizacion europea, nuestras mismas ciudades europeas. El comercio, la industria, la riqueza, todo, todo tiene que venirnos de Europa con la población y con los capitales. Dependemos de la Europa y sin ella y sin sus adelantos y sin el comercio diario que con ella mantenemos, la República Argentina estaría hoy en pleno año 20 ó bajo la dominación de otro caudillo como Rosas».

Y así rendido el tributo de su reconocimiento por la enseñanza y por la obra de los extraños elementos que han desarrollado la riqueza, el progreso y la civilización de su país, el señor Terry se alarma de la magnitud misma de aquellos beneficios y afirma que el gran programa del presente, la más justificada aspiración del porvenir, sería la de independizar á la industria nacional de la absoluta subordinación en que la mantiene el capital europeo, no con el propósito de establecer fronteras que la sustraigan de su contacto, que esa sería fórmula de barbarie y retroceso, sino para encaminarse hácia la formación de capitales propios que le den una personalidad económica independiente y que le permitan un día asimilarse las riquezas que produce su suelo y las que crea el trabajo y la industria dentro de sus territorios.

Pudiera acaso pensarse que hay en estas tendencias y en estas aspiraciones un marcado tinte utópico y que es hasta inconciliable aquello de preconizar las ventajas y las excelencias que nos vienen del auxilio de las riquezas y de la industria europea, para repudiarlas solamente en la hora cruel de las liquidaciones y de los pagos.

No sería esta, á nuestro juicio una traducción fiel del pensamiento del escritor argentino.

Cuando se ha buscado, cuando se ha perseguido con ahinco el auxilio y la ayuda de esfuerzos extraños en beneficio propio, es indispensable retribuirles en la medida en que esos esfuerzos hayan sido utilizados.

Pero no podría dudarse de que aún el progreso mismo ha de ser operado con cautela, con prudencia, para que resulte sólido y estable. Cuando se intenta recorrer á grandes saltos la jornada del mejoramiento social, hay riesgo inminente de que las fuerzas nos falten en la mitad de la ruta y que la estagnación, si no el retroceso, sean el fruto de nuestro aturdimiento. Pasa á los pueblos lo que pasa á los individuos. Nadie desconoce los inmensos beneficios que el empleo discreto y previsor del crédito procura al desenvolvimiento de la riqueza particular. Pero, si el crédito se usa sin discernimiento, si paralelamente con él no se desarrolla el esfuerzo de trabajo y de ahorro que ha de asegurar la liberación de las obligaciones que nos imponemos; es evidente y es fatal que hayan de pasar á manos de nuestros acreedores los bienes que no hemos sabido ó no hemos podido conservar.—El intercambio comercial entre los pueblos, tiene que producir los mismos efectos que los negocios y las transacciones entre los individuos particulares. Si los unos ó los otros recurren al cómodo expediente de los empeños, descuidando la producción y el ahorro, es obvio é inevitable que la hora de las liquidaciones tendrá que ser desastrosa.

Es ésto y nada más que ésto lo que teme el escritor argentino y por ello insiste en la absoluta necesidad de formar lo que llama el capital nacional propio. Ese

mismo pensamiento es el que nosotros hemos enunciado y venimos preconizando desde tiempo atrás para nuestro país, en una fórmula que sería tal vez más correcta, es decir, reclamando el rescate de la industria nacional del poder y de la utilización del elemento extranjero, el desarrollo de esa misma industria y la implantación de otras nuevas por medio de la protección de la ley y, por fin, el esfuerzo severo del ahorro como el auxiliar más poderoso y más eficaz para la consecución de tan benéficos propósitos.

Pero, sin engolfarnos en la larga serie de reflexiones que surgen de la publicación á la cual venimos refiriéndonos, y que tendrían para nosotros un admirable mérito de oportunidad, hemos de limitarnos, á dar á conocer, en resumen, cual es, en los momentos en que escribimos, el estado de la balanza de comercio de aquel país. Servirán estos datos para que puedan apreciarse, con mejor conocimiento de causa, los que este estudio consigna como elementos probables de la condición de nuestros mercados nacionales en sus relaciones con las plazas mercantiles extranjeras.

En 1885, el *Economista*, de Londres, citado por el señor Terry, hacía el siguiente cálculo de los valores argentinos cotizables en la bolsa de la gran metrópoli comercial:

Empréstitos nacionales	£	17.000,000
Id provinciales.	»	10.052,000
Ferrocarriles.	»	15.207,000
Bancos.	»	2.099,000
Otras empresas	»	1.144,000
TOTAL.	£	45.602,000

Ó sean 285.000,000 de pesos oro.

Siete años más tarde, en 1892, la memoria del Ministerio de Hacienda, ratificaba y completaba este cuadro, añadiéndole las sumas de capitales extranjeros invertidas en empresas industriales sustentadas con la garantía del Estado.

Según este último documento oficial, la deuda de los mercados argentinos se elevaba á 835.904.360 pesos oro.

Todavía este nuevo cálculo parece incompleto y deficiente si hemos de atenernos á los interesantes datos que rejistra el *Boletín Industrial* publicado en Buenos Aires en agosto pasado.

Dice, a este propósito, el periódico referido:

"Las últimas cotizaciones alcanzadas por el metálico en julio último, son la consecuencia natural del desequilibrio manifiesto que existe entre la producción exportable de la República y las cargas que, por diversos conceptos, pesan sobre la misma.

"En la balanza comercial publicada en este periódico en su número 63, se demostraba el enorme déficit que debíamos saldar en metálico, y que si bien debía aminorarse en razón de la conveniencia que hallan los capitalistas dejando sus fondos en el país para darles empleo más reproductivo que el que hallan en Europa, una buena parte de aquel saldo debía forzosamente salir del país, causando el alza natural en el premio del oro, cuya existencia se reduce de día en día.

"En trabajos posteriores hemos demostrado que la exportación de nuestros productos no está en relación con la enorme cantidad de mercaderías que nos vienen del extranjero y que, á seguir en el mismo camino, tendría que producirse una nueva y terrible crisis.

"*Los mil millones de pesos oro que la República debe*

al extranjero son la causa única de nuestro malestar, porque esa deuda permanente con sus intereses, más ó menos altos, representa una extracción considerable en metálico ó su equivalente en productos exportables.

"Esa deuda, ó más bien dicho, los intereses que devenga, son carga demasiado pesada para nuestra capacidad productora *y, mientras ésta no se duplique, no nos veremos libres de las continuas perturbaciones que sufre la moneda circulante.*"

En perfecto acuerdo con el *Boletín Industrial*, el señor Terry termina de esta manera, el capítulo 2.º de su publicación que denomina *Capital extranjero:*

"Así, pues, bajo es calcular una suma redonda *de mil millones de pesos oro* que actúa sobre nuestro país y sobre nuestras plazas comerciales; mil millones que necesitan, término medio, *sesenta millones de pesos oro* de exportación anual en épocas normales. Y, si á estos sesenta millones agregamos el saldo en contra nuestra de la exportación con la importación, saldo que, como se ha visto, de 1880 á 1890 ha sido, término medio, de 22 millones por año, *tendremos clara y evidente una de las principales causas de la inconversión de nuestro billete en 1885 y de la crisis actual.*"

Nos hemos detenido en estas citas, nó porque el ejemplo y las enseñanzas que ellas encarnan sean las únicas que nos fuera dable invocar, sino sencillamente porque la paridad y la perfecta analogía de aplicación de las doctrinas y los precedentes que dominan la historia económica de ambos pueblos, puede ser mejor apreciada tratándose de un país vecino, cuya organización es más conocida entre nosotros y cuya legislación, administración y recursos admiten más adecuado paralelo con los nuestros.

Pero, lo repetimos, los fenómenos de nuestro análisis se repiten y se reproducen con sus mismas consecuencias y sus mismas aplicaciones, en la historia económica universal moderna.

Tendremos ocasión de volver más adelante sobre este punto.

Sirva, entretanto, la exposición que dejamos resumida de la balanza comercial argentina, para curar de espantos á los que hubieran podido asombrarse ante los resultados que revela este estudio en orden al déficit de los mercados nacionales en su comercio de intercambios.

Los saldos pasivos del comercio nacional no llegarían, según nuestros cálculos, á la mitad de la suma á que ascienden los de la República vecina. Mientras nosotros tendríamos un déficit anual de cinco millones de libras, ellos reconocen y comprueban uno de doce millones de libras al año.

Despréndese de la confrontación de estos datos, que el tipo de los cambios de uno y otro país, no guarda consonancia con el estado recíproco de sus compromisos y obligaciones externas, ya que si Chile, con cinco millones de déficit, tiene un tipo de cambio de 16 peniques, la Argentina debiera ver reducido el suyo á seis ó siete peniques máximum.

Son complejas pero no difíciles de señalar las causas de esta aparente anomalía.

Desde luego hay un hecho que bastaría á explicar satisfactoriamente el fenómeno.

Entre los ítems que forman el saldo pasivo de los mercados argentinos, figura, en primer término, el servicio de su considerable deuda pública exterior, nacional

y provincial, y es notorio que ese servicio se encuentra suspendido de tiempo atrás, lo que alivia temporal y precariamente, es cierto, pero no por eso de una manera ménos efectiva, la situación de aquellos mercados. Si no se adquieren ni se giran las letras que representan el servicio de la deuda pública, es obvio que se reduce artificialmente la demanda de esos efectos y se produce una alza ficticia en el tipo que debiera tener el cambio.

Ni sería posible desconocer ú ocultarse, de otra parte, que si la condición económica de la República vecina se halla mucho más comprometida que la nuestra, sus recursos son también superiores á los nuestros, su industria fabril muchísimo más avanzada, su legislación aduanera infinitamente más perfecta y, sobre todo, el crecimiento incesante de su población, debido á su posición geográfica y á la vasta superficie de sus territorios, le permite acrecentar gratuitamente sus producciones y aumentar progresivamente la riqueza general del país.

Es así como se explica que aquel país, con una deuda más de tres veces superior á la nuestra (355 millones en 1890), con un movimiento comercial análogo al nuestro y con un presupuesto de gastos públicos casi equivalente, pueda mantener el tipo de sus cambios con sólo una relativa é insignificante inferioridad al que tenemos vigente desde principios del año último y que amenaza normalizarse entre nosotros.

Así es todavía como es posible darse cuenta de que no siga una marcha paralela á la del tipo de los cambios, la cotización de las obligaciones recíprocas de uno y otro país en los mercados que son sus comunes acreedores. Los efectos públicos que representan la deuda de Chile se estiman en Europa á precios mucho más elevados,

porque el servicio de esas deudas está corriente y porque existe la confianza de que no habrá de interrumpírsele sino á mérito de circunstancias extremas. No es solamente la mayor ó menor solvencia de un deudor la que determina el grado de estimación que se presta á su crédito, que entran también muy capitalmente en esa estimación, la exactitud que cada cual gasta en atender á sus compromisos y la fuerza de voluntad con la cual se arrostran los sacrificios que impone el cumplimiento de estos deberes.

VII

El mecanismo de la crisis, según la doctrina y la observación.—Anarquía aparente y acuerdo real en las opiniones de los tratadistas.—Aplicación de estas nociones teóricas á la actualidad económica del país.—Peligros de la situación.—Funcionamiento económico regular y perturbaciones visibles que se notan en la producción, distribución y consumo de las riquezas nacionales.—Escasez de producciones.—La minería.—El cobre.—Crisis del metal blanco y su significación para el país.—La agricultura.—El comercio exterior de Chile con los países sur-americanos.—Marcha inversa de los consumos nacionales.—Falta absoluta del espíritu de ahorro en las clases trabajadoras.—Vicios capitales del sistema distributivo-económico.—Siempre los mirajes optimistas reagravando los males de la situación.—Si el desarrollo del comercio exterior es por sí mismo signo de enriquecimiento nacional.—Demostración práctica de la inexactitud de esa tesis.—Pretendido aumento en el valor de la propiedad raiz nacional.—El crecimiento de la población de un país, como síntoma del desarrollo de la riqueza pública.

Nada más distante de nuestro ánimo ni del objetivo á que se encamina este trabajo, que la idea de presentar un cuadro sombrío ó recargado de tintes oscuros en orden al presente y porvenir económico del país.

Semejante propósito, que sería absurdo y antipatriótico, es además opuesto á nuestras propias convicciones.

Pensamos, en efecto, que la condición estrecha, difícil y hasta amenazante de la actualidad económica, habrá de ser transitoria y puede ser corregida, lenta y paulatinamente, es verdad, pero de una manera cierta y de eficacia indudable.

Las dificultades en que nos hallamos envueltos, son el resultado natural y científicamente comprobado del crecimiento mismo de la riqueza pública.

Es un hecho observado y demostrado por do quiera, que en el organismo social como en el organismo humano, todo desarrollo excesivo trae, como consecuencia inevitable, un debilitamiento de fuerzas cuando no opera un retroceso de más perniciosos efectos.

De aquí viene que sea enseñanza uniforme de los tratadistas que han descrito el mecanismo de las crisis comerciales ó monetarias, dividir sus manifestaciones características en tres períodos distintos.

El primero de esos períodos, el que precede á toda crisis, es, por una antítesis verdaderamente singular, el que se manifiesta por una gran actividad en los negocios, por un espíritu febril de especulación y por una prosperidad general. Abundancia de capitales, crédito fácil hasta el exceso, multiplicidad y rapidez de las transacciones, alza constante de todos los valores, son los signos manifiestos que caracterizan esta primera faz, ó más bien, este aspecto previo y precursor de próximas dificultades.

Según Clément Juglart, que ha descrito magistralmente la evolución de las crisis comerciales, monetarias, financieras ó agrícolas, este primer período que podría

llamarse de incubación, se prolonga durante un cierto número de años que la experiencia revela ser de siete á diez próximamente.

Y no es, por cierto, caprichosamente designada la duración de aquel estado económico, porque los estadísticos, viniendo en auxilio de los doctrinarios, han puesto de relieve, en cuadros tan instructivos como interesantes, que tal ha sido, en realidad, el movimiento de las crisis que han estallado periódicamente, desde principios del presente siglo, en Inglaterra, en Francia y en Estados Unidos.

Son precisamente estos países, los más comerciales, los más fabriles y los más ricos del universo, donde el fenómeno ha podido ser estudiado con mayor provecho y, al mismo tiempo, con mayor facilidad, porque es otra circunstancia digna de ser apuntada, á causa de su apariencia paradojal, que las crisis son propias de los pueblos ricos, de los mercados activos, de los centros laboriosos é industriales.

Tal vez sea la España el pueblo de Europa menos sujeto á estos sacudimientos periódicos de las crísis, á causa de la falta de vitalidad y energía de su comercio, de la atonía de su elaboración económica. Para caer es necesario haberse remontado y mientras más elevada sea la altura á que se alcance, más graves pueden ser los peligros de un derrumbamiento.

Laveleye ha resumido estas uniformes enseñanzas de la doctrina económica, en una hermosa metáfora que pinta con tanta brillantez como trasparencia, así las causas como los efectos de estos fenómenos.

"Las tempestades del mundo financiero (dice el autor citado) como las del mundo físico, nacen y se propagan

casi de la misma manera. Con la continuación de bellos días, la tierra se calienta, la atmósfera se carga de electricidad, las fuerzas de la naturaleza se tienden como para luchar; pronto se cubre el cielo, la tormenta se prepara, se aproxima y se desencadena, en fin, devastando comarcas enteras en su vuelo destructor.

"Así en el dominio económico se presenta primero el período de progreso, de confianza ilimitada; el oro corre á raudales, suben los fondos públicos y todos los valores, baja el interés y el bienestar y la prosperidad se generalizan. De repente un punto negro aparece en el firmamento, la nube sombría se agranda, se extiende y amenaza. Propágase la desconfianza, se restringe el crédito, desaparece el dinero, en fin, estalla la crisis y pasa de uno á otro país, dejando por do quiera sus desastrosos vestigios."

Pasada la explosión, el período agudo de estallido de las crisis, que de ordinario es breve como es violento, llega, por fin, el tercer aspecto que ofrecen estos fenómenos, su faz final y definitiva, el período de la liquidación, que de ordinario se prolonga por cierto tiempo para ceder de nuevo su lugar al restablecimiento de la normalidad económica.

Tal es la teoría y tales son también las enseñanzas de la experiencia.

No podría pretenderse que este país se sustrajera á los trastornos y sacudimientos que son propios del movimiento económico universal.

Y no se ha sustraido, en efecto, de la ley común.

En 1862 hubimos de pasar por uno de esos trastornos que fué el resultado del período de crecimiento de la ri-

queza pública á impulso del doble desarrollo que le imprimiera el auge de la agricultura, iniciado en el período de California, y la bonanza de los minerales de plata y cobre de las provincias del norte.

Restablecida la normalidad, tras de un largo período de liquidación, que produjo alteraciones trascendentales en la condición de la propiedad y la fortuna particular, prendió con mayor empuje la actividad del comercio, multiplicáronse las instituciones de crédito, el espíritu industrial salvó los lindes del territorio del país y ensanchó el campo de su acción explotando las riquezas mineras de Bolivia y del Perú; las obras públicas tomaron vuelo inusitado é iniciáronse todavía en esa época considerables desembolsos destinados á aumentar y renovar la armada de la república.

No fué parte á detener este movimiento de actividad y de progreso, la guerra con España que envolvió inopinadamente al país. Los trastornos y las pérdidas materiales que ese desgraciado conflicto produjera, pudieron ser prontamente reparadas mediante la actividad comercial é industrial de la nación. Los gravámenes mismos que ese acontecimiento impuso al erario nacional, no se hicieron sentir pesadamente porque, hasta esa época, el espíritu de sobriedad y severa parsimonia en los gastos públicos dominaba en el gobierno del país.

Empero, otros eran los elementos que venían minando la prosperidad nacional y preparando la tormenta, de la cual la inconvertibilidad de 1878, fué su primera aunque gravísima y significativa manifestación.

El desproporcionado aumento en los consumos nacionales, unido á la profunda depresión en los precios de

los productos de retorno, rompió el equilibrio de nuestros cambios y produjo la emigración de toda la masa del circulante monetario.

En estas condiciones sorprendió al país la guerra de 1879-1882.

Nos hemos esforzado por demostrar de antemano las causas, múltiples y complejas, que esterilizaron los éxitos alcanzados por el país en aquel conflicto internacional, los que, junto con robustecer su crédito y ensanchar ampliamente sus recursos, brindáronle ocasión propicia para restablecer el equilibrio de su comercio exterior.

Sin hacer de nuevo esa historia retrospectiva, basta á nuestro propósito tomar nota de los resultados que hoy palpamos y que son el fruto de aquel conjunto de sucesos.

No podría decirse, técnica y rigurosamente hablando, que nos hallamos en plena crisis comercial ó monetaria. Muchísimo menos, la actualidad económica del país, podría ser considerada como propia de una crisis financiera.

Si hay una situación que sea difícil de caracterizar con absoluta propiedad, es la que representa aquel vocablo, nunca definido con bastante exactitud.

Como lo observa Juglar, la idea de una "crisis", significa para algunos, la simple existencia de cualquier malestar, de cualquiera dificultad, de todo entorpecimiento en la marcha normal de los negocios. Para otros, la "crisis" no existe, como estado económico real sino cuando cesa por completo el movimiento de las transacciones á plazo, cuando se detiene el alza de los precios y no se encuentran compradores para las mercaderías ni para las propiedades.

La misma confusión, el mismo desacuerdo que ofrece la propia definición del estado de «crisis» nótase cuando se trata de precisar las causas que las producen.

Según Roberto Peel, el origen de las crisis debe atribuirse á los abusos de la emisión fiduciaria.

Tooke y Coquelin, partidarios de la libertad de los bancos, creen, por la inversa, que es el monopolio de las emisiones bancarias la causa fundamental que acarrea el estado de crisis.

Stuart Mill hace responsable de aquellas catástrofes al abuso del crédito en sus diversas formas de aplicación.

Para Laveleye, lo que determina el estado de crisis de un mercado cualquiera, es la escasez de numerario unida á la dificultad del crédito.

Con espíritu de observación más sagaz y más penetrante, Bonamy Price piensa que las crisis vienen de la diminución de los medios de compra, es decir, de los productos y de las riquezas, ya que la moneda no es sino un simple instrumento de cambios y nada importaría que ella faltase si pudiera ser reemplazada con mercaderías y valores estimables en el mercado universal.

En concepto de Leroy-Beaulieu, la palabra «crisis» tiene un sentido más restringido y más técnico, y no debe apellidarse de tal sino al intervalo de tiempo necesario para operar la transformación, que por causa del descenso general de los precios, debe llamar á nuevos adquirentes ó consumidores.

Clément Juglar cree, á su turno, que esa serie de opiniones distintas y hasta contradictorias pecan todas por no contemplar en conjunto el fenómeno que analizan, deteniéndose sólo en uno de los tres períodos que com-

prenden las crisis, el período de la liquidación, siendo que, á su juicio, sería mucho más filosófico remontarse á la causa primera del fenómeno, ó sea al alza general de precios que precede á todas ellas.

La controversia, como se ve, tiene un sabor académico muy marcado y acaso no mucho interés práctico. Una idea resalta, sin embargo, del examen de aquellas tesis doctrinales, un tanto anárquicas, y esa idea es la que sustenta Ives Guyot, expresando que las crisis vienen del conjunto de fenómenos diversos que cada autor contempla aisladamente como causas *únicas* y que, en definitiva, la fórmula que resume y armoniza todas las opiniones y que ha de considerarse como fundamental y generadora del estado de crisis, es que este estado existe, real é incuestionablemente, *siempre que haya un exceso de consumos* que no se pueden pagar con los productos de los cuales dispone un mercado.

Lo que falta en todas las crisis, segun Bonamy Price, cualquiera que sean las causas á que se atribuyan, es el circulante, oro, plata ó papel *cotizado á la par*.

Lo que está siempre amenazado en tales circunstancias, son las reservas de los bancos.

El peligro más grave que estas situaciones ofrecen, es el de una suspension obligada de pagos.

Lo que debe llamar más la atención en eventos tales, es el descenso progresivo del nivel de las reservas metálicas, que se produce indefectiblemente *bajo la influencia de cambios desfavorables*.

Bastan las nociones teóricas expuestas para caracterizar plausiblemente, á lo menos, nuestra actualidad económica.

No alcanzamos hasta hoy al período agudo de explosión ó estallido de una crisis.

Más ó menos restringido, prudentemente acordado, no se halla suspendido entre nosotros, el uso del crédito.

El interés del dinero, aunque relativamente alto, no alcanza todavía á tipos que han sido corrientes en épocas no muy lejanas.

No obstante el alza extraordinaria en los precios de las mercaderías en general y con especialidad de las extranjeras, no faltan compradores para todos esos productos.

Los efectos públicos que circulan en los mercados del país, en forma de acciones de sociedades anónimas ó títulos de renta emitidos por el Estado y por instituciones privadas de crédito, han sufrido una enorme depreciación, pero mantienen todavía cotizaciones relacionadas con la escasez del medio circulante y con el alza que ha experimentado el alquiler del dinero.

Por último, la propiedad raíz, rústica y urbana, no sólo conserva hasta estos momentos su precio normal, inflado en apariencia por la depreciación de la moneda, sino que, como acontece de ordinario en situaciones vidriosas y amenazantes, los recelos y las desconfianzas instintivas del capital buscan de preferencia colocación en ellas aún cuando sea con sacrificio notorio de la renta.

Todas estas circunstancias reunidas, demuestran que nuestra condición económica del momento, no es la de un estado de crisis aguda y bien caracterizada.

No sería dable, sin embargo, disimularnos la gravedad de la situación que alcanzamos, ni los peligros, á nuestro juicio manifiestos, de que la menor imprudencia nos arrastre en cualquier momento al desenlace fatal de este linaje de dificultades.

Se hallan seriamente perturbados entre nosotros to-

dos los elementos que componen el funcionamiento económico regular de las sociedades, ó sea, la producción, la distribución y el consumo de las riquezas.

Que la producción nacional es estrecha, precaria y deficiente; lo manifiesta, sin necesidad de recurrir á más pruebas, el tipo de los cambios.

Carecemos de circulante metálico, simple y sencillamente, porque carecemos de productos para pagar nuestros consumos y porque, en último término, la moneda tiene que salir á llenar, siquiera sea parcialmente, los saldos adversos de la balanza comercial.

Nuestra moneda de papel, el circulante fiduciario nacional que lleva la firma del Estado y que la riqueza de la nación garantiza, no alcanza sino á un tercio de su poder de cambio nominal por esa misma, única y exclusiva causa.

El hondo desequilibrio que existe entre las producciones y los consumos del país, tenderá fatalmente á reagravarse si no se hicieran esfuerzos muy serios, muy persistentes y muy impostergables, para aumentar las primeras y disminuir los últimos.

Es obvio que los saldos pasivos del intercambio, irán ensanchando día por día el espacio que ocupan los capitales y las propiedades extranjeras dentro del país é irán reclamando, en consecuencia, una mayor retribución de los bienes nacionales.

No es, por cierto, una expectativa muy halagüeña de reacción en este sentido, la que ahora ofrece el proyecto próximo á convertirse en ley, que manda poner en subasta pública no ya sólo las oficinas salitreras de máquina que conserva el Estado, sino todavía una serie de estacamentos de esas mismas propiedades. El capital

nacional, que no puede competir con el extranjero en aquella puja, quedará sin participación en los beneficios de la industria más rica que existe en el país y, por lo tanto, la balanza del comercio se inclinará más pesadamente en nuestro daño.

Sería efímera é injustificada ilusión cifrar en el desarrollo natural de la riqueza pública, la expectativa de un restablecimiento próximo de nuestro perdido equilibrio económico.

No se obtendrá aquel benéfico resultado como obra espontánea de los elementos que, en nuestra actualidad, entran á componer la producción del país.

Sería indispensable activar la escasa energía de nuestra industria y afrontar con sacrificios, más ó menos dolorosos, la reducción de los consumos nacionales, públicos y privados, para que justificadamente pudiera aguardarse un porvenir mejor.

Lo que es hoy por hoy, no marchamos, por desgracia, en esa benéfica senda.

Tan visible como notable y progresiva, es la decadencia de la industria minera, combatida de un lado por el relativo agotamiento de los ricos veneros de cobre y plata que encerraran nuestras montañas, y azotada más cruelmente todavía por la creciente baja de precios en el mercado universal.

En ocasión anterior hemos tenido oportunidad de demostrar, con datos y documentos autorizados, que el valor exportable de los cobres es al presente inferior, en más de quince millones de pesos de 38 peniques, al que obtuvo el país de ese ramo de su industria en 1875.

Á contar desde la época en que escribíamos aquellos conceptos, abril del año en curso, háse todavía reagra-

vado muy considerablemente la situación de esta industria. El precio del cobre que era de 45 libras esterlinas en abril, es hoy de 42, y así se explica cómo establecimientos de beneficio antiguos, acreditados y servidos con capitales abundantes, hayan clausurado á última hora sus puertas.

Ilusiones aparte, es de toda evidencia que los mercados nacionales llevan perdidos hasta este momento 20 millones de pesos de 38 peniques en el valor de los cobres que se exportaban en 1875.

Se sabe hasta qué punto es precaria, incierta y vacilante, la situación de la minería de plata.

Según las expresiones, sobradamente autorizadas, que contiene el Mensaje del Presidente Cleveland al Congreso de su país, la causa más fundamental que determina la instabilidad en el precio de este metal, es la de que su producción ha venido aumentando en la última época, á razón de cincuenta millones de pesos por año.

Para que pueda estimarse con relativa exactitud á cuánto ascienden los intereses nacionales comprometidos por la suerte que pueda correr la industria de producción y beneficio de la plata, consignaremos algunos datos que tomamos de fuentes autorizadas.

En 1892, la producción total de plata en Chile fué aproximativamete de seiscientos cuarenta mil marcos (640,000 m.)

La producción de Oruro, que es industria exclusivamente chilena, alcanzó á doscientos cuarenta mil marcos (240,000 m.)

Y el treinta y cinco por ciento (35%) que corresponde á chilenos en el Mineral de Huanchaca representa,

sobre un producto total de novecientos mil marcos, trescientos quince mil marcos (315,000 m.)

Fórmase, con estas cifras parciales, un total general de un millón doscientos mil marcos, los cuales, estimados á un precio medio de diecisiete pesos el marco, dan en números redondos un valor de veinte millones de pesos anuales como importe de este factor de la riqueza nacional chilena.

Si fuese exacto, como tenemos motivos para creerlo, que éstas son las propias cifras que consigna el informe oficial pasado al Gobierno por el directorio de la "Sociedad Nacional de Minería", en orden á la cuantía de los intereses chilenos comprometidos en el problema de la plata; se comprenderá, sin más insistencia de nuestra parte, hasta qué punto es grave la amenaza que pesa sobre este importante ítem de las producciones nacionales.

Deliberadamente no hacemos caudal de las pérdidas que la baja de la plata representa en la acumulación de pastas de este metal que existen en las cajas del tesoro público á mérito de la ley de 1887, porque, sea cualquiera el monto de estas pérdidas, no vale la pena de tomarlas en cuenta para los efectos de nuestro estudio.

Otra de las ramas de la producción minera del país, es la industria carbonífera.

Nada tenemos que añadir á este respecto á lo dicho en nuestra anterior publicación sobre la actualidad económica.

Para los efectos de la balanza comercial, la riqueza carbonífera es hasta hoy un factor pasivo que deja al país un déficit anual de más de un millón y medio de pesos.

Según los últimos datos estadísticos conocidos, las exportaciones de carbón nacional se elevan á 1.331,252 pesos. En cambio, se importan del extranjero doscientas setenta y tres mil trescientas setenta y nueve toneladas de este mismo artículo con un valor de 2.530,791 pesos, y, además, treinta y cinco mil toneladas de coke que valen 533,000 pesos. Hay, en consecuencia, por este capítulo un saldo pasivo en contra del comercio nacional, que asciende á 1.752,539 pesos.

Hemos hecho asimismo de antemano el balance de la segunda de nuestras grandes industrias nacionales: la agricultura.

Decíamos á este propósito, lo que sigue:

"Para manifestar, ahora, en resumen, cuán contraproducentemente obran todos los valores de la agricultura *en la balanza de nuestras exportaciones é importaciones*, volveremos á invocar el estudio sobre "*El comercio exterior de Chile*" del señor A. Hermann, en el cual aparecen los siguientes cuadros:

EXPORTACIONES AGRÍCOLAS

Ganadería y sus productos.	$ 1.322,960
Apicultura	282,331
Viti y vinicultura.	84,687
Selvas y arboledas.	365,798
Cereales y sus productos.	3.159,080
Lingue exportable consumido en la curtiduría.	500,000
Exportación de harinas, víveres y vino á Bolivia.	1.000,000
TOTAL.	$ 6.714,836

IMPORTACIONES AGRÍCOLAS

Ganadería y sus productos.	$ 5.672,947
Azúcar.	5.526,754
Aceite	253,345
Maderas de construcción.	873,750
Otros artículos alimenticios.	546,938
TOTAL.	$ 12.603,734

Es decir, que actualmente *la importación* de los artículos de la agricultura, incluyendo los productos de las industrias anexas y los de la pesca, *supera á la exportación de los mismos* en. . . . . $ 5.888,898

Ignoramos por qué, figurando en los cuadros precedentes, como exportación agrícola, la viti-vinicultura por 84,677 pesos y otro sumando más, que no se determina separadamente, por valor de los vinos introducidos á Bolivia, no se haya hecho figurar en el cuadro correlativo *de las internaciones agrícolas*, las sumas de:

Importación de vinos extranjeros. . .	799,689
Pasas.	6,319
	$ 806,008

de los cuales hace también constancia el propio estudio que extractamos, lo cual hacía subir *el déficit entre exportaciones é internaciones agrícolas* á un total general de. . . . . $ 6.694,906»

Esto escribíamos en abril del año en curso.

Conviene repetir, aun cuando parezca excusado por su propia notoriedad, que la producción efectiva de la agricultura nacional es inmensamente más alta que la indicada en los guarismos precedentes, porque ella abarca las gruesas cifras que representan el consumo interno del país. Pero como estos consumos internos afectan exclusivamente á la distribución de la riqueza pública entre productores y consumidores, no tienen cabida en nuestro estudio ni son factores propios del balance de los intercambios, que es el punto de mira dominante desde el cual debe ser contemplada la situación económica que atraviesa el país.

Se comprende y se explica fácilmente que grandes naciones industriales puedan pedir al extranjero una parte de los artículos alimenticios de que han menester. Sin vastas extensiones de territorios que dedicar á los cultivos agrícolas, careciendo otras de ellas de condiciones climatéricas convenientes para este género de explotaciones, con suelos pobres y casi estériles las de más allá; es obvio que reemplazan ventajosamente su inferioridad relativa para las producciones de esta naturaleza, cambiándolas por sus manufacturas ó por los objetos más valiosos que crea su arte industrial, fabril ó artístico.

Pero países como el nuestro, que carecen casi en absoluto de industria fabril, que no producen sino materias primas y que son esencial y exclusivamente mineros y agrícolas; no pueden contemplar, sin muy justificadas zozobras, que la balanza de los intercambios les sea tan penosamente desfavorable aún en la propia órbita de su especial actividad industrial.

Sucede á este propósito algo que no puede menos de impresionar desfavorablemente á quien quiera que medite sobre el rumbo que llevan nuestros intercambios.

Una publicación reciente, de procedencia semi-oficial, ha analizado en detalle el comercio exterior de Chile con la mayor parte de los países sud-americanos. Las cifras que apunta el autor de la publicación referida, tomadas de la estadística comercial de 1890 y 1891, cifras que debemos aceptar como exactas, revelan que la balanza de los intercambios nos es uniformemente adversa en el comercio con el Perú, el Ecuador, el Brasil, el Uruguay y la Argentina.

No están consideradas en aquel estudio nuestras relaciones comerciales con Bolivia, con la cual tenemos vigente un tratado especial sobre la materia, ni se hace tampoco mención, acaso por ser insignificantísimas ó nulas, las que pudieran existir con Colombia y el Paraguay.

Ahora bien, de los datos que contiene la aludida publicación, aparece que en 1891 el movimiento comercial entre el Perú y Chile alcanzó á la cifra, que se considera extraordinaria, de 7.500,000 pesos, de los cuales corresponden más de cinco millones á *importaciones de artículos peruanos* y los dos millones quinientos mil pesos restantes á *exportaciones de mercaderías chilenas.*

Insignificante, como resulta ser nuestro movimiento comercial con el Ecuador, que apenas alcanza á medio millón de pesos, deja también un pequeño saldo en contra nuestra. Ascienden á 292,118 las importaciones de productos ecuatorianos, mientras que los artículos *exportados* por Chile hacia aquellos mercados, no suman sino 231,860 pesos.

Del Uruguay internamos grasa y sebo por valor de 931,000 pesos y no vendemos á ese país sino doscientos veintiséis mil seiscientos sesenta y nueve pesos ($ 226,669) en diversos productos agrícolas.

Más considerable es el desequilibrio del comercio de Chile con el Brasil. En 1890 internáronse producciones brasileras por valor de 723,000 pesos y no se exportaron hacia esos mercados artículos chilenos sino por 79,000 pesos. En 1891 las internaciones de productos brasileros en Chile (yerba-mate y café) habían aumentado á un millón ochenta y siete mil pesos.

Finalmente, por lo que atañe al comercio con la Argentina, es notoriamente sabido que se le mantiene en condiciones de todo punto inequitativas y desfavorables.

Las internaciones argentinas en Chile (ganadería y sus productos) ascienden á cuatro y medio millones de pesos como minimum, mientras que ese país no consume sino la nimia é insignificante cantidad de 31,000 pesos en cebada chilena. Inútil sería repetir que el ganado en pie que se interna de la Argentina por un valor de más de cuatro millones de pesos, no paga derecho alguno en Chile, mientras que son casi prohibitivos los que la legislación aduanera de aquel país impone á la internación de productos agrícolas chilenos.

Sobran, nos parece, los antecedentes expuestos para justificar el concepto que habíamos anticipado al comienzo de este capítulo y que enunciábamos afirmando que se hallan profundamente perturbadas las fuentes de la producción nacional.

No lo están tampoco en menor grado los consumos, así públicos como privados.

Hemos visto de antemano cuál es la marcha que han

venido siguiendo los gastos públicos de quince años á esta fecha, y en presencia de su vertiginosa é inconcebible progresión, es facil darse cuenta de que haya podido producirse y acentuarse el hondo desequilibrio de la balanza comercial del país en los propios momentos en que sus recursos fiscales aparecían nominalmente triplicados.

Es obvio, por lo demás, que si producir es consumir, como lo enseña la teoría, fuerza es que ambos fenómenos marchen, á lo menos, paralelamente para que no se perturbe la armonía del funcionamiento económico.

No ha sido tan armónica ni tan paralela, por desgracia, la marcha de esa doble función de nuestra economía social. Los guarismos de la estadística, plenamente comprobados en esta ocasión, por los puntos que ha venido marcando el barómetro de los cambios, indican claramente que mientras la producción nacional se entorpecía y se debilitaba por la doble influencia de trastornos internos y del abatimiento creciente en los precios de los artículos que la constituyen, los consumos, por la inversa, marchaban en constante aumento.

La falta de sobriedad y de espíritu de ahorro de nuestras clases trabajadoras, y los vicios de nuestra organización distributivo-económica; han completado el encadenamiento de causas, uniformemente adversas, que nos han traído á las dificultades que atravesamos.

Prolongaríamos excesivamente este estudio si hubiésemos de reproducir los fundamentos de estas dos últimas órdenes de aseveraciones, que tenemos hechas de antemano y en detalle en una publicación anterior.

La falta de ahorro de las clases trabajadoras, es una

calamidad social que acentúa día por día su gravedad y su significación.

Porque cada día también cobra mayor ensanche la parte relativa que corresponde al jornal en la distribución de las riquezas. Y, este fenómeno de la absorción de las cuotas más altas de la utilidad industrial por los jornales, está hoy fuera de toda controversia posible después de las prolijas é interesantísimas demostraciones que los economistas y los estadísticos modernos se han encargado de hacer con rara uniformidad.

Si tenemos que admitir, como un hecho comprobado, que el sesenta por ciento de la producción de un país pasa á manos de los trabajadores; fuerza será reconocer, al propio tiempo, que allí donde esa elevadísima cuota de la riqueza nacional se consume íntegra y semi-improductivamente, habrá de existir perpetua y progresiva la causa más eficiente y más grave de retrocesos económicos y de empobrecimiento general.

Á las perturbaciones y deficiencias de la producción, á los excesos y desarreglos de los consumos, á la absoluta falta del espíritu de ahorro; hay todavía que añadir la viciosa distribución de la fortuna pública.

Monopolizada por el capital extranjero la explotación de la más potente y la más rica de las industrias nacionales, apenas si el país logra asimilarse una cuota de sus altos beneficios.

Si siquiera esa cuota de las utilidades salitreras circulara por el organismo nacional con la normalidad vivificadora con la cual la sangre, distribuída por las arterias, mantiene la energía del organismo humano; la anemia y el debilitamiento que han venido apagando gradualmen-

te las fuerzas del país, no habrían alcanzado tan alarmantes proporciones.

Pero, recogida por vía del impuesto, la parte que al país cabe en la riqueza salitrera, su distribución es no sólo imperfecta, inequitativa y desigual, sino anti-económica y estéril.

Nada ha ganado, en efecto, la riqueza pública, el poder ni la vitalidad industrial del país con que se haya duplicado ó triplicado el número y las retribuciones del personal administrativo que tuviéramos antes de la guerra del 79.

Muy lejos de poder considerarse como un beneficio nuestra actual ampulosa organización administrativa, el ejército de funcionarios que el impuesto salitrero ha reclutado arranca á la industria brazos auxiliares que le faltan, cimenta, estimula y arraiga los hábitos de nuestra poltrona educación colonial, aumenta y fortifica la esfera de las influencias gubernativas y las seducciones de predominio de la autoridad de las cuales el país ha sido víctima en épocas no remotas y tristemente memorables.

He aquí por qué mantenemos el profundo convencimiento de que, política y económicamente considerada, *la riqueza salitrera fiscal* nos ha hecho enormes daños, y de que es ya tiempo sobrado de que el país se resarza de esos males exigiendo, de una parte, que se le den facilidades para entrar á compartir de los beneficios de la industria salitrera, y conteniendo inflexiblemente, de otro lado, el indefinido desarrollo de gastos públicos improductivos.

Tal es, en nuestro concepto, el conjunto de los hechos

determinantes de la actualidad económica y tales las causas de la situación poco lisonjera que alcanzamos.

No faltarán, lo sabemos, quienes puedan tacharnos de pesimistas, como no han faltado quienes sostengan que no se ha interrumpido por un solo instante hasta hoy la marcha próspera y el normal desenvolvimiento de la riqueza pública.

No es exacto, se añade, que el país se haya empobrecido. Sigue creciendo en proporciones geométricas el movimiento del comercio exterior, aumenta incesantemente el valor de la propiedad raiz nacional, se ensanchan más los cultivos agrícolas, y las internaciones de artículos de lujo prueban que la riqueza pública, lejos de sufrir quebranto, permite unir lo necesario á lo superfluo, el bienestar á la munificencia.

Es tan antigua como funesta la tendencia de adormecer y perturbar la conciencia pública con mirajes optimistas que, si bien pueden obedecer á un mal entendido patriotismo, dañan profundamente al verdadero interés nacional.

El desarrollo del comercio exterior del país, explicado por las cifras de la estadística, no es ciertamente signo muy tranquilizador y halagüeño, porque para los pueblos, como para los individuos, no será jamás síntoma de bienestar ó de riqueza el que se desprenda de un balance de elevadísimos guarismos, pero con saldos pasivos igualmente recargados.

Por manera que allí donde ven los optimistas señales manifiestas de la prosperidad y del incremento de la riqueza pública, divisamos nosotros la causa más fundamental y más caracterizada de nuestros trastornos y de nuestro retroceso económico.

Haciendo la historia de las crisis argentinas de 1873-1875, y de la que actualmente pesa sobre ese país 1889-1893, el señor Terry dice lo que sigue en el estudio que hemos citado en diversas ocasiones:

"Mayor consumo, aumento en la importación, balanza comercial desfavorable, exportación del oro y escasez del medio circulante; he aquí lo que se produjo en 1873 de la misma manera que en 1889 y 1890.

"El máximum de la importación tuvo lugar en 1873, *cuando se iniciaba el segundo período de la crisis* (no se olvide que el primer período es el del desarrollo de los negocios y aparente prosperidad general) de la misma manera que en 1889 *en vísperas de iniciarse* igual período y así:

1871	importación.	45.000,000
1873	"	73.000,000
1874	"	57.000,000
1876	"	36.000,000"

Pasó la primera crisis argentina de 1873, liquidáronse las transacciones, restablecióse la normalidad económica y las *importaciones* descendieron en más de *un ciento por ciento*, (de 73 á 36 millones) del monto á que habían alcanzado *al tiempo de iniciarse aquel trastorno.*

Diez años más tarde, en 1886, el desarrollo comercial argentino alcanzaba nuevas y más altas proporciones. Idénticos fenómenos se reproducen en esta ocasión y es todavía *al iniciarse el período agudo de esta segunda crisis, en 1889, cuando las importaciones alcanzan los más elevados guarismos* que registran las estadísticas.

He aquí las cifras:

1886 (importaciones). . . .	95.000,000
1889	164.000,000
1890	142.000,000
1891	67.000,000

Estos ejemplos y estas cifras encierran una enseñanza que ojalá no desperdiciaran los poderes públicos de Chile.

Fuerza es recelar del criterio de los optimistas y lejos de creernos en el mejor de los mundos posibles, porque el comercio exterior alcanza al máximum de su desarrollo, la doctrina y la práctica, la ciencia y la experiencia se aunan para enseñarnos que es prosperidad ficticia, falaz y preñada de amenazas; la que se manifiesta en el desenvolvimiento exagerado de los intercambios, cuando ese desarrollo no se basa en el perfecto equilibrio del comercio exterior, en la ecuación de las producciones con los consumos de un país. Roto ese equilibrio, inclinado adversamente el fiel de la balanza comercial, un país se encuentra en situación tanto más comprometida cuanto más alta sea la suma de sus internaciones.

Yerran de nuevo y yerran gravemente los optimistas cuando creen divisar otro síntoma de prosperidad y de incremento de la riqueza pública, en el aumento de valor de la propiedad raiz nacional.

No existe, desde luego, semejante aumento.

La propiedad raiz no ha subido de precio en Chile de veinte años á esta fecha.

En 1873, la propiedad se cambiaba por una suma de peniques mucho más elevada que la que alcanza en el instante mismo en que escribimos y si ésto no fuera un hecho notorio, nada nos sería más fácil que descender

a detalles y manifestar con ejemplos prácticos y nominativos como es que, dado el valor relativo de nuestro circulante en 1873, propiedades enajenadas en esa época han sido revendidas por menor suma de peniques en el año en curso y en los inmediatamente anteriores.

Nada hay, por desgracia, que autorice la afirmación de que la riqueza nacional marcha en aumento. El indicio más cierto y más comprobado de la situación económica de un pueblo, dice M. Neumann Spallart, es la marcha de sus producciones. No quiere esto decir que ese sea el único campo de estudio del observador, porque la producción misma y el comercio no indican sino una manifestación de bienestar material. Para completar el cuadro es indispensable estudiar también los consumos, la fuerza de los ahorros, el número y condición de las instituciones de crédito, la emigración y las quiebras, aparte del estado moral, del cual la criminalidad y el aumento de la población pueden dar una idea bastante exacta.

Hácia ninguno de estos horizontes podríamos tender la vista sin hallarnos con resultados poco lisonjeros. No volveremos sobre las deficiencias de la producción, ni sobre los excesos de nuestros consumos, ni sobre la absoluta falta del espíritu de ahorro, y detendrémonos sólo un instante en la lenta marcha que lleva el aumento de la población.

Franklin decía: "al costado de cada hombre nace un pan", y otro americano ilustre, estudiando las leyes de Malthus en su relación con el desenvolvimiento de la riqueza pública, añadía: "En el mismo nivel de civilización, con el mismo grado de progreso en las artes, en la industria y en el gobierno de los pueblos; los países

más densamente poblados son siempre los más ricos.»

La observación es tan exacta como elemental. La acumulación de capitales tiene que producir la acumulación de hombres y, por la inversa, la falta de esos elementos propulsores de la industria, es obstáculo invencible así para el aumento natural de las poblaciones como para el desarrollo de las corrientes inmigratorias, espontáneas ó artificiales.

Los resultados verdaderamente raquíticos que hasta hoy alcanzan los esfuerzos de propaganda y los sacrificios de dinero hechos en pró de la inmigración, no serían explicables de otra manera. Con infinita mayor fuerza que las largas distancias y los mares tempestuosos, es la falta de energía de nuestra industria, la falta de horizontes para el trabajo, el circulante á 15 peniques; la causa que desvía de las playas nacionales ese enorme oleaje humano que arroja la Europa, repleta de brazos, hacia todos los horizontes del globo.

VIII

Condición precaria del sistema de circulación en los mercados nacionales. — Signos precursores de borrascas. — Medidas adoptadas para prevenirlas. — Efectos prácticos de las leyes de 26 de noviembre de 1892 y 31 de mayo último. — Trastornos más graves en perspectiva. — Incompatibilidad de la moneda de los 24 peniques con todo otro circulante fiduciario — Las emisiones de billetes bancarios *convertibles*. — Único recurso eficaz para retener en los mercados nacionales la moneda de la conversión. — Sus resultados prácticos necesarios. — La propiedad raíz, base fundamental del crédito. — Peligros que entrañaría la liquidación forzada de las obligaciones particulares. — La crisis reciente en Australia. — Carácter, condición y servicios de las sociedades anónimas de crédito en Chile. — Solidaridad estrecha del interés de estas instituciones con los intereses generales del país.

La condición vidriosa, comprometida y estrecha creada al país por el conjunto de circunstancias que dejamos analizadas, llegaría fatalmente á hacerse insostenible si á las perturbaciones que afectan la producción, el consumo y la distribución de sus riquezas; se añadieran otros trastornos análogos en el sistema de la *circulación*.

Y, por desgracia, estos últimos fenómenos han comenzado á manifestarse con caracteres tan marcados como

significativos, desde que se iniciara la ejecución de las malaventuradas leyes de noviembre de 1892 y mayo del año en curso.

Nunca recalcaríamos lo bastante toda la importancia que encierran para nuestra actualidad las sagaces y certeras observaciones de Bonamy Price, que parecen haber sido escritas para señalarnos los peligros de la situación, los escollos que debemos evitar y el rumbo hacia el cual debieran encaminarse nuestros esfuerzos.

Se halla muy próximo el estallido de una crisis, según ese distinguido escritor, cualesquiera que sean las causas que la hubieran preparado, "cuando va creciendo incesantemente la depreciación del circulante nacional y marcándose en el tipo de los cambios la escasez de productos de un mercado.

"El peligro más grave que estas situaciones ofrecen, es el de una suspensión obligada de pagos.

"Lo que debe llamar más la atención en estas circunstancias, es el descenso progresivo en el nivel de las reservas metálicas, que se produce indefectiblemente bajo la influencia de cambios desfavorables.

"Lo que está siempre amenazado, en tales eventos, son las reservas de los bancos."

Estos signos precursores de borrasca, flotan de tiempo atrás en nuestra atmósfera.

Ya en marzo último, los principales bancos del país vieron amenazadas sus reservas en términos tan alarmantes, que se hizo indispensable suspender, por un simple decreto administrativo, los efectos de la ley de noviembre del 92, que estatuía la incineración de £ 50,000 mensuales del circulante fiduciario de curso legal.

La advertencia hubo de ser atendida, porque no era

dable la vacilación, sin provocar un inmediato fracaso, sin precipitar la hora del trastorno.

Suspendióse, por lo tanto, la inconsulta destrucción del único circulante de que dispusiera el mercado, mientras podían adoptarse, por caminos regulares, medidas de mayor eficacia para conjurar los peligros que asomaban.

No necesitamos recordar que estas medidas se redujeron, en definitiva, á movilizar como circulante los ocho y medio millones de pesos que el Estado adeudaba á los bancos por las exacciones de la dictadura, y á introducir más tarde, en la ley de noviembre, las modificaciones de detalle que consigna la de 31 de mayo último.

Se transigía así con la dificultad y se salvaban las asperezas de amor propio vinculadas á la integridad de ejecución de la ley de noviembre, protestando en coro Gobierno y Congreso, de que sólo hasta este punto llevarían su tolerancia para relajar el fiel y literal cumplimiento de sus prescripciones.

Pero no son los emolientes sino los revulsivos enérgicos los que pueden detener la destruccion de un organismo dañado.

No hemos obtenido con la nueva ley de mayo, sino calmar momentáneamente la excitación nerviosa que se apoderara del comercio y del público dos meses antes.

En el fondo, la condición de nuestros mercados es exactamente la misma y acaso un tanto más difícil.

El cambio sigue oscilando entre 14 y 16 peniques, á pesar de la concurrencia de dos circunstancias favorables, que en una situación cualquiera, menos gravemente alterada que la nuestra, habrían debido levantarle y afianzarle.

Esas circunstancias son, en primer término, el alza á firme en que se ha mantenido el precio del salitre, y en seguida, la disminución en los consumos.

Pero ni ésta reducción de los consumos, ni el aumento en la oferta de letras salitreras, han sido parte á determinar un curso más estable ó un tipo más halagüeño para los cambios.

Quienes observen estos fenómenos con ánimo tranquilo, sin espíritu preconcebido y con el único propósito de atinar con su verdadera significación; parécenos que no vacilarán en llegar al convencimiento, que por nuestra parte abrigamos desde mucho tiempo atrás, de que las deficiencias de la producción y el exceso de los consumos nacionales habían alcanzado proporciones mucho más serias y más vastas de las que imaginábamos, y de que el restablecimiento del equilibrio perdido tiene que ser la obra lenta, laboriosa y paciente de un doble esfuerzo de trabajo y de ahorro.

De aquí viene que el finísimo criterio del interés individual, inmensamente más previsor y más cauto que el de los más hábiles legisladores, haya comenzado á prepararse para aguantar la tormenta que nos amenaza, con sólo el intento, que resultará ciertamente frustrado después de dolorosos sacrificios, de llevar al país á una conversión de circulante prematura, anti-económica é irrealizable en las condiciones actuales del momento.

Debilitadas las reservas de los bancos, el crédito ha debido restringirse más y más cada día, el interés del dinero ha tenido que marchar en alza paralela á la escasez del circulante, ha continuado acentuándose la baja en el precio de todos los efectos públicos y valores mobiliarios, y la estagnación del comercio, la limitación de los

consumos, los recelos y las desconfianzas; toman caracteres y formas tan visibles como notorias.

No se han sentido muy firmes en sus bases las instituciones de crédito más sólidas y mejor organizadas del país y han juzgado prudente, acaso indispensable, concentrar sus recursos, aunar sus fuerzas para resistir en mejores condiciones al sacudimiento que tenemos en perspectiva.

Las leyes de noviembre y mayo, han producido efectos absolutamente contrarios al propósito que las inspirara.

Á la cuenta de esas leyes tenemos que cargar, en primer término, la pérdida efectiva que ha traído al país el desgraciadísimo empréstito internacional de 1.800,000 libras esterlinas que, con el objeto de preparar la conversión, fué autorizado por ley de 8 de agosto del 92. Ese empréstito, que produjo una suma total de 20.056,223 pesos 73 centavos, importa hoy un gravamen que, aún estimado al cambio de 16 peniques, asciende á 27.000,000 de pesos. Con absoluta prescindencia de esta pérdida efectiva de 7.000,000 de pesos, el empréstito de agosto impulsó la extracción violenta de capitales extranjeros, hizo descender el tipo del cambio desde 20 5/8 peniques hasta las cotizaciones del día, aumentó en 100,000 libras esterlinas el servicio de la deuda pública, estimuló y facilitó la especulación y el agio en daño exclusivo del comercio nacional y ofreció, por fin, coyuntura propicia para que se realizaran gastos extraordinarios de armamentos marítimos para los cuales se reservaron 292,000 libras esterlinas de su producido.

Se perdieron en el vacío las escasas voces que, faltas de prestigio como la nuestra, combatieron esa infeliz

operación en tiempo oportuno y con acopio de razones que el acontecimiento ha confirmado plenamente.

Apuntaremos como segunda partida de cargo á las leyes de conversión de 1892 i del año en curso, la pérdida efectiva de más de dieciocho millones de pesos en el precio corriente de los efectos públicos, pérdida exclusivamente imputable á las leyes citadas, por cuanto ellas son la causa única que determina la escasez de circulante, el alza en el tipo de alquiler de los capitales, la restricción del crédito y la desconfianza; ó sea, el conjunto de los elementos que han producido la depreciación de los valores mobiliarios.

Un tercer resultado de aquellas leyes, ha sido la depresión artificial del tipo del cambio mediante el retiro de las 500,000 libras esterlinas á que asciende, según los cálculos oficiales, la cuota de 25 por ciento de derechos de aduana que deben pagarse en oro en el curso del año corriente.

Si aceptáramos hipotéticamente, para el efecto de calcular el monto de estos daños, que el saldo en contra de la balanza comercial del país llega á los cinco millones de libras esterlinas en que nosotros le hemos estimado; resultaría que, arrancando al comercio nacional estas 500,000 libras esterlinas anuales que deben empozarse en las cajas fiscales para adquirir la futura moneda de los 24 peniques, le habríamos privado de recursos equivalentes al diez por ciento de su deuda en favor de mercados extranjeros y que, en consecuencia, habríamos encarecido en una cuota igual el precio de las letras.

De imposible determinación numérica sería el monto de estos perjuicios artificialmente producidos al comercio y al país en general, porque no es dable estimar tampoco

cuánto representa, en la masa de mercaderías extranjeras y en los artículos nacionales de consumo, el alza de precios derivada de esta causa.

Muchísimo más arduo aún sería el cálculo de los daños indirectos que las leyes referidas han causado al crédito del país.

Sábese, por ejemplo, que la baja en los títulos de la deuda pública externa, se inició en el mercado de Londres junto con hacerse la primera emisión de los llamados "bonos internacionales," bonos pagaderos en oro con intereses y amortización de tipo más elevado que todo el resto de las obligaciones externas de Chile cotizables en aquellas plazas.

¿Á cuanto montarán, en seguida, las restricciones de la producción nacional debidas al alza de los intereses y á la limitación de los recursos y del crédito de los industriales?

Es sombrío, es doloroso, á la verdad, el inventario cabal que podría facilmente exhibirse de los daños reales, de los perjuicios y pérdidas positivas que, hasta el instante en el cual escribimos, hánse producido como resultados exclusivamente imputables á las tituladas leyes de conversión.

Pero infinitamente más graves y más trascendentales habrían de ser, sin disputa, los trastornos de todo linaje que la ejecución de esas leyes produciría inevitablemente.

No es dable, no es siquiera concebible que pueda trastornarse en un instante, arbitrariamente designado por un fiat legislativo, la medida normal de todos los valores, el monto de todos los créditos y obligaciones recíprocas de un mercado, pactadas al amparo de la ley

y sometidas al libre juego de las transacciones comerciales.

No puede ser aceptable ni aceptado que el día 1.º de enero de 1897 todas las obligaciones y todos los créditos que el 31 de diciembre de 1896 se estimaban á 15 peniques por peso, pasen á valer 24 peniques porque así lo estatuye un mandato del poder público.

Si cuando ese día llegue, la situación económica del país es la misma que hoy atravesamos; si el circulante legal no ha variado de estimación; si el peso de papel no se cambia sino por 15 peniques esterlinos; el cumplimiento de las leyes que alteran la normalidad de los valores y que hacen pasar el circulante de una estimación *comercial* de 15 peniques á otra estimación *legal* y ficticia de 24 peniques, equivaldría, ni más ni menos, que á decretar el trastorno y acaso la bancarrota general.

No se trata solamente, menester es repetirlo, de que el Estado cambie los treinta millones del actual circulante fiduciario, por una suma igual de moneda de oro con ley de 24 peniques.

Esa operación podría ejecutarse, sin graves dificultades, el 1.º de julio de 1896, como lo ordena la ley vijente de 13 de mayo, adquiriendo el oro con el precio de venta de las salitreras y con los pagos de aduana.

Más aún, hoy mismo no habría el más ligero obstáculo para llegar á ese propio resultado, ya que el país tiene recursos y crédito más que suficientes para pedir á cualquier mercado europeo un empréstito destinado á este objeto, empréstito que apenas representaría la mitad de la renta anual de la nación.

Pero con esto, ni habremos llegado á cimentar en el

país la circulación de especies, ni muchísimo menos habríamos traído el más ligero alivio, la más insignificante ventaja á la situación económica.

Lo que dentro de toda probabilidad y casi con entera certidumbre habríamos conseguido con aquella peligrosa é imprudente operación, sería provocar y precipitar el estallido de la crisis que, en estado latente y embrionario, se cierne sobre la atmósfera de la actualidad económica.

Y esto, por razones de una evidencia manifiesta.

Para que los treinta millones de pesos de 24 peniques que deberían sustituir al actual papel fiduciario, no saliesen de nuestros mercados junto con sellarles en la Casa de Moneda, sería absolutamente indispensable que esa moneda constituyese el *único circulante* del cual dispusiera el país.

Nos parece excusado insistir en esta proposición que sería de sano criterio y de simple sentido común, si no fuese todavía una verdad científica elemental.

La conocidísima ley Grescham impediría en lo absoluto que concurrieran en nuestros mercados, haciendo oficio de circulante, después de emitida la moneda de los 24 peniques, ninguna otra de menor ley y, con infinita mayor razón, ninguna especie de emisión fiduciaria *inconvertible* ó de curso legal.

Porque, nóteselo bien, hay incompatibilidad absoluta, radical é insubsanable, para la coexistencia de dos calidades de circulante, de distinta ley ó diversa estimación comercial, operando en un mismo mercado.

Quiere la ley Grescham que, en eventualidades tales, la moneda mala desaloje indefectiblemente á la buena y que esta última se escape sin tardanza hácia otros hori-

zontes donde no se la estime como equivalente de especies ó valores de calidad ó ley inferior.

Bastaría esta sola circunstancia para que la conversión, operada en los términos absolutos que la establece la ley de mayo y con tipos de cambio análogos á los que hoy rigen, trajera de los cabellos el estallido de la crisis y nos envolviera en trastornos de incalculables consecuencias.

Es obvio que si á un mercado anémico, como el nuestro, que se siente estrecho y embarazado en todos sus movimientos por falta de producciones, por excesos de consumos, y, todavía, *por escasez de circulante*, se le priva, en un instante dado, de la mitad exactamente de las sumas que sirven á la movilización de su industria; se le postra y se le mata con entera certidumbre.

Y, este será el resultado inevitable de la obra legislativa de 1892 y 1893.

Veinte y nueve y pico millones de moneda de 24 peniques tienen que reemplazar, desde el 1.º de julio de 1896, á la misma cantidad de circulante fiduciario del Estado que hoy existe, y *además á los veinticuatro millones de pesos de billetes bancarios que auxilian, confundidos en el mismo rango con los fiscales* y todavía, de una manera deficiente y estrechísima, las actuales necesidades, las irreductibles exigencias de la circulación.

Si hoy, con un circulante que monta muy próximamente á sesenta millones de pesos, entre billetes fiscales, bancarios y moneda feble divisionaria, el tipo de interés alcanza á 9 por ciento, el crédito se restrinje más y más cada día y se estagna ó disminuye, por esta doble causa, la producción del país; se concebirá hasta qué punto la situación se haría insostenible en el momento en el cual

quedara artificialmente limitado el circulante á la mitad exacta de la cifra de que disponen los mercados nacionales en la actualidad.

Es un error manifiesto suponer que pudiera coexistir la emisión bancaria, *con calidad de convertible*, en un régimen como el que establece la ley de mayo.

Si el mantenimiento de cambios progresivamente desfavorables, ha traído un descenso constante en las reservas bancarias *de billetes de curso legal:* ¿cuál sería la situación el día en que, en lugar de billetes fiscales, las reservas bancarias fuesen de oro de 24 peniques?

Para imaginarnos aquella situación, apenas se requiere no olvidar que con cambios á 14, 15 ó 16 peniques, habría una tendencia natural irresistible á la exportación de ese oro, y que, para contener su salida, no bastaría, por cierto, la circunstancia platónica de que el oro fuese el único circulante de nuestros mercados. Maldita la influencia que semejante consideración ejercería sobre los deudores de saldos del comercio exterior. Puesto que deben á los mercados extranjeros, no serán tan imbéciles que compren letras á 14, 15 ó 16 peniques, pudiendo recoger y exportar una moneda que vale 24 peniques y cuyos costos de remesa, seguro y comisión, son relativamente insignificantes.

De esta manera, la única causa que sería parte eficaz á contener la exportación íntegra, simultánea y violenta de la moneda de los 24 peniques, sería un alza en el tipo normal de intereses que correspondiera exactamente á la diferencia entre los 24 peniques, valor intrínseco de la futura moneda de la conversión proyectada y el tipo de cambios vigente á la época en que se realizara aquella conversión.

Por lo tanto, si para esa fecha se mantuviesen los cambios actuales, como hipotéticamente lo suponemos para la justificación de nuestra tesis, es de primera evidencia que el interés tendría que subir en Chile al 20 ó al 25 por ciento, para que la moneda de los 24 peniques no se exportase junto con ser emitida.

Todo lo demás es injustificable ilusión y se ha menester de terquedad ó sectarismo exagerados para desconocer ó contradecir estas elementales enunciaciones.

Y bien, ¿cuál sería el descenlace natural é inevitable de una alza de intereses como la que tendría que producirse para contener la salida de la moneda de los 24 peniques?

Casi inútil parece indicarlo: la crisis, la liquidación general con todo su obligado cortejo de trastornos y de sacudimientos.

Por esto es que sostenemos que la emisión bancaria *convertible*, tendría que ser recogida ó retirada en el momento mismo en que se inicie el canje de los billetes fiscales de curso legal por la moneda de los 24 peniques.

Los directores de bancos, que no son ciertamente sordos ni ciegos, comprenderán que no les conviene ni siquiera les es posible mantener en circulación *billetes convertibles por oro de 24 peniques.*

Desde luego, esa operación sería absurda como negocio, porque todo el beneficio de la emisión consiste en la diferencia de intereses que pagan los bancos por depósitos con la que obtienen del préstamo ó descuento de sus propios billetes. Y es manifiesto que esa diferencia de intereses, que constituye todo el beneficio de las emisiones bancarias, sería absorbida con mucho exceso por el costo del oro que esos establecimientos tendrían que adquirir para canjear sus billetes.

El artículo 9.º de la ley de 31 de mayo, impone á los bancos la obligación de mantener en depósito y como reserva, en monedas ó pastas de oro, desde el 31 de diciembre de 1895 hasta el 1.º de julio de 1896, una suma equivalente al 20 por ciento *de su poder emisor.*

De aquí se deduce que, si no hubiera otra consideración que la que dejamos apuntada, las direcciones de bancos, cumpliendo con los deberes que les impone su mandato y cautelando los intereses de los accionistas, deberían reformar con tiempo sus respectivos estatutos, renunciando á la calidad de establecimientos emisores para conservar sólo la de bancos de depósitos y descuentos.

Decimos que para realizar esta modificación será necesaria la reforma de los estatutos, porque la ley de mayo, previendo acaso la eventualidad de que los bancos recogieran sus emisiones para sustraerse á los deberes que les impone el artículo 9.º, tuvo cuidado de establecer que la obligación de formar reservas en oro, desde el 31 de diciembre de 1895, afectaba no ya solamente á las emisiones efectivas y en circulación, sino *al poder emisor* de esos establecimientos. De esta suerte, aún aquellos bancos que no tienen un solo billete en circulación, quedan obligados á formar la reserva en oro con arreglo á un poder emisor del cual no hacen uso.

Pero no será ésta la única ni la más grave de las causas que compelerán á los bancos al retiro absoluto de sus emisiones.

Lanzada que sea al mercado la moneda de los 24 peniques, el interés del dinero tiene que subir en el acto al 20 por ciento, porque de otra manera nos quedaríamos sin una sola pieza de aquellas monedas que se ex-

portarían para satisfacer las obligaciones del comercio exterior; siempre, por cierto, que el cambio se mantuviese al derredor de sus cotizaciones actuales.

Interés al 20 por ciento, es sinónimo de crisis y de liquidación general, y ya se concibe que los bancos no aguardarían esta hora muy tranquilamente teniendo que responder á sus depósitos y hacer frente, á la vez, al pago de sus emisiones *convertibles en oro.*

Eliminando dificultades, principiarían indisputablemente por suprimir sus emisiones y se prepararían después para afrontar la probable y casi cierta eventualidad de un retiro en masa de los depósitos, cobrando apresuradamente sus créditos en cartera.

Felicísimos habríamos de ser para que de esta liquidación general y violenta no resultaren trastornos dolorosos para el crédito y las fuerzas productivas del país.

Se sabe que la propiedad raíz es la última que se afecta por los sacudimientos de una crisis, pero es notorio también que cuando la tormenta arrecia, el descenso en los precios de la propiedad es mucho más rápido y muchísimo más fuerte que el que sufren todos los demás valores de un mercado.

Y si la propiedad raíz es, en definitiva, la garantía más sólida del crédito, el trastorno violento de su valor podría acarrear la falencia de los bancos.

Así acaban de pasar las cosas en Australia, donde una crisis económica, debida también capitalmente á desequilibrios en los intercambios, por abusos del crédito externo y por depreciación de sus productos mineros y agrícolas, trajo, como primer efecto, una baja desproporcionada en el valor de la propiedad raíz y, en seguida, la falencia de las principales instituciones de crédito con

un pasivo que, á la fecha de nuestras últimas noticias, excedía de setenta millones de libras esterlinas, ó sea trescientos cincuenta millones de pesos oro.

Pero, acontecía en Australia que el capital de los bancos era casi íntegramente inglés, de suerte que ha sido en la City de Londres donde ha repercutido el fracaso con toda su intensidad.

No pasarían las cosas de igual manera entre nosotros, si tuviéramos la desgracia de llegar á un extremo semejante.

Los bancos en Chile son la caja común de los depósitos y de los ahorros de todas las clases sociales, y sus intereses están, por lo tanto, solidarizados con los del capitalista, del comerciante, del industrial, del asalariado y muy principalmente todavía con los de las viudas y los huérfanos.

Un quebranto serio, el fracaso de alguno de esos establecimientos, no iría á pesar, como en el caso de Australia, sobre los potentes hombros del más rico de los mercados del universo, sino que agobiaría y aniquilaría las modestas fortunas, los pobres ahorros.

Es notorio, por lo demás, que la vida de los bancos se confunde en Chile con la de su progreso económico. Á su existencia está vinculada la historia de todo nuestro desarrollo comercial é industrial. Antes de formarse las sociedades anónimas que han girado en nuestras plazas en este orden de especulaciones, el crédito estaba en mantillas, vivíamos en plena colonia comercial y era menester recurrir al señor Fulano ó Mengano para que los hombres de más encumbrada y sólida responsabilidad pudieran obtener mezquinos, dispendiosos y deficientes recursos para movilizar las industrias.

Cumplido honor han hecho además las instituciones anónimas bancarias á los fines de su creación.

Pocos países del mundo podrán vanagloriarse con mejores títulos que el nuestro, de la estricta honorabilidad con la cual han sido dirigidas estas instituciones y del éxito casi uniforme que hasta este momento han obtenido. Una sola sociedad anónima de esta naturaleza ha caído en falencia en Chile y, en ese caso aislado, el público y los acreedores del banco fallido se pagaron íntegramente de sus créditos.

Es, no obstante, curioso de observar que exista cierta tendencia hostil muy marcada contra instituciones que tienen tan honrosa historia y que tan eficaz como exclusivamente han servido al desenvolvimiento de la riqueza pública nacional. Y es aún más digno de llamar la atención, que ese espíritu de hostilidad contra los bancos no nazca de una corriente socialista ó comunista, sino que sea sustentada por gentes de encumbrada situación social y de reconocida ilustración.

En el criterio de los *bancófobos*, como se les denomina humorísticamente, nuestras instituciones de crédito son responsables de la inconvertibilidad de 1878, como son también responsables de que no podamos salir del curso forzoso, porque ciertos bancos han abusado del crédito y debilitado sus reservas á fin de colocarse en aptitud de distribuir gruesos dividendos á sus accionistas.

No reparan, los que así discurren, en que la inconvertibilidad de 1878 es tan imputable á los bancos como la sequía de la atmósfera, la baja del cobre, los excesos de nuestros consumos, la ampliación indefinida en los gastos de la administración pública, ó lo que es lo mis-

mo, el conjunto de las causas que han debilitado las fuerzas productivas del país y producido los saldos adversos de la balanza de intercambios.

La pretendida extensión abusiva del crédito, no hallaría tampoco mejores argumentos que la justificasen.

Lejos de encontrarse comprobado el cargo que analizamos, es, por la inversa, fenómeno digno de llamar la atención el que ofrece un mercado sacudido por todas las corrientes adversas, por todo género de dificultades económicas y monetarias, y que resiste, sin embargo, hasta estos momentos, sin que se produzcan las suspensiones obligadas de pagos que todos temían y preveían como el síntoma más característico y más inevitable de la situación.

Esos trastornos habrán de aparecer, no lo dudamos, porque son el cortejo obligado no ya sólo de los retrocesos sino de las simples estagnaciones del movimiento comercial. Pero el hecho de que haya tardado tanto su estallido, prueba victoriosa é incontrovertiblemente que eran sólidas, discretas y serias, las bases que servían para la dispensación del crédito.

Ni se olvide tampoco que si algún aliento, si algún auxilio han tenido las fuerzas productivas del país, si algo hemos podido exportar en retorno de los consumos nacionales, son exclusivamente las instituciones anónimas de crédito las que han alimentado esa producción, las que han mantenido el tono débil, en verdad, pero al fin, cotizable, negociable de los valores que entran en el juego de los intercambios.

No sabríamos, ni nos interesa dilucidar, si los bancos anónimos han distribuído, como se asevera y se repite, gruesos dividendos á sus accionistas. Tal vez lo que hay

en realidad de positivo, es que las tales ganancias no correspondan á los riesgos que entrañan estos títulos, de lo cual es prueba notoria é irredargüible el poco interés que se nota por ellos y el progresivo descenso de sus precios. Pero fuerza será, en todo caso, reconocer que si algunos bancos han producido utilidades, que nada tienen de anormales ni de extraordinarias, el principal beneficiado de esas instituciones es el trabajo, la industria y la producción nacional que no han tenido otra fuente en la cual alimentarse.

Contemplados desde este punto de mira los efectos posibles y aun probables de las leyes que comentamos, no podría desconocerse que sus peligros y sus gravísimas complicaciones en perspectiva, se destacan más de relieve abultando las responsabilidades que pesan sobre sus autores.

El hecho aislado de que los bancos pudieran verse compelidos á retirar sus emisiones, bastaría para hacer inevitable el estallido de la crisis. No admiten las exigencias y las necesidades más impostergables de nuestros mercados, que se reduzca en manera alguna el deficiente circulante de que hoy disponen. Por manera que el día en que los bancos retirasen sus emisiones, el Estado tendría que aumentar la suya en la misma cantidad, so pena de producir una catástrofe.

Hemos visto que no se quiere llegar á este resultado, y que la idea de sustituír las emisiones bancarias por la emisión *única* del Estado, idea sugerida por los mismos bancos y aceptada de buen grado por la opinión, ha sido formal y categóricamente rechazada por el Gobierno, tal vez porque aumentando nominalmente sus responsabilidades se retardaba la hora de la conversión.

Entretanto, la consecución de un fin exige la adopción de los medios indispensables para realizarle. Y puesto que el Estado, que es la entidad más poderosa de nuestra organización económica, no se encuentra con fuerzas suficientes para convertir en moneda de oro de 24 peniques el día 1.º de julio de 1896, los cincuenta y cuatro millones de pesos á que ascendería su propia emisión unida á la de los bancos; no es posible que exija á estas últimas instituciones un esfuerzo para el cual se declara á sí mismo impotente.

Por lo demás, y prescindiendo de toda ulterior insistencia en este punto de detalle, volvemos á sostener que el propósito de realizar la conversión á todo riesgo y á día y hora arbitrariamente designados, *sin tomar en cuenta el estado del cambio* y *aun cuando éste se mantuviera en sus cotizaciones actuales*, arrastraría al país á un desastre inevitable.

En semejante eventualidad, habríamos de aceptar uno ú otro término de esta disyuntiva.

Ó bien la moneda de los 24 peniques se escaparía íntegramente del país, burlando la previsión de nuestros legisladores y esterilizando todos los sacrificios hechos para adquirirla y distribuirla en nuestros mercados; ó bien para conseguir siquiera su aclimatación transitoria en las plazas mercantiles nacionales, sería menester y sería indispensable que el tipo de alquiler del dinero subiese en tanto cuanto fuere la distancia que mediase entre el valor de la moneda de 24 peniques y la cotización efectiva del cambio á la época de la conversión.

Si fuera este último término de la disyuntiva el que debiera realizarse, la catástrofe no se haría aguardar y sabe Dios hacia dónde podría arrastrarnos. Con intere-

ses al veinte por ciento se mataría instantáneamente toda la actividad industrial y comercial del país; el valor de la propiedad se derrumbaría de hecho, y socabada así la base fundamental del crédito, no habría bancos ni institución alguna, por sólidamente constituídas que se las quiera suponer, que no llegaran á inevitable falencia.

Estas perspectivas son demasiado graves para que pudiéramos temer su realización.

Y precisamente por esto, la opinión y la conciencia pública, que presienten la dificultad, sonríen desdeñosamente del peligro, porque saben que, en definitiva, se retrocederá ante sus consecuencias.

Debemos añadir que nosotros mismos participamos de ese convencimiento general.

Pero, por lo mismo que no creemos, como no cree casi nadie, en la tal conversión, por lo mismo que estimamos las leyes de 92 y de 93 como utopias irrealizables en las condiciones de la actualidad económica; por lo mismo que esa serie de combinaciones artificiosas no pueden ser consideradas sino como proyectos de ejecución condicional, como leyes de *tanteo;* por todas esas consideraciones pensamos que se está haciendo un mal efectivo al país, que se están produciendo pérdidas reales y que se están debilitando muy seriamente las fuerzas del organismo económico nacional, con el objeto, bien poco justificado, por cierto, de hacer un ensayo, una tentativa de cuyo éxito nadie abriga la menor esperanza y que, sin embargo, impone sacrificios dolorosos á un mercado estrecho y abatido.

Sobrado tiempo sería ya de concluir con los males efectivos y bien considerables que están causando al

país, á pura pérdida, las medidas preparatorias de una conversión prematura é imposible.

La conversión vendrá cuando el estado de los cambios la permita, es decir, cuando un mayor esfuerzo de producción y de ahorro ponga término á los saldos adversos de la balanza comercial.

Lo hemos dicho de antemano y lo repetimos una vez más.

El régimen del papel de curso forzoso tiene sus vicios, pero tiene también sus virtudes.

Entre estas últimas, menester es señalar la admirable perspicacia de su funcionamiento.

El papel se resiste á desalojar un mercado cuando se trata de despedirle inoportunamente.

Pero se marcha en el acto y se marcha sólo cuando no se le necesita.

Así como para sacudirnos de la necesidad de trabajo, necesitamos trabajar, así como para libertarnos de las estrecheces de la pobreza, necesitamos enriquecernos, de la misma manera y por esos *únicos* recursos, para desprendernos del papel, que es signo infalible de los déficits de la producción, se requiere indispensablemente haber restablecido el equilibrio de la balanza comercial.

Cuando este feliz resultado se alcanza, la moneda vuelve sola, sin solicitarla ni llamarla, y el papel le cede sin resistencia alguna las funciones que, en un estado económico normal, son propias del circulante de especies.

En eventualidad semejante, las leyes que restablecen la normalidad en el régimen del circulante nacional, tienen asegurada su eficacia y su cumplimiento, porque

se armonizan y se ajustan á la corriente natural de los fenómenos económicos.

Á la inversa, resultarán siempre frustráneas, dañinas é inútiles las tentativas de alterar, por medio de combinaciones ficticias, los efectos naturales de leyes superiores á la voluntad de los hombres.

IX

Doctrinas y ejemplos. — Falsos rumbos de la acción legislativa. — "Los pretendidos correctivos de los cambios", según Goschen.— Peligros de la originalidad. — Historia conocida é historia menos conocida del curso forzoso en los diversos mercados del mundo. —El papel moneda en Rusia. —Tentativas diversas para abolir la circulación fiduciaria.—Reservas metálicas; cobro en oro de los derechos de aduana; creación del Banco del Estado: empréstitos externos; úkase de rescate del papel á plazo determinado y con escala de precios descendente.—Fracasos repetidos de todas estas medidas determinados por el tipo de los cambios. — El curso forzoso en el imperio Austro Húngaro y su historia.—La inconvertibilidad en Italia.—La conversión artificial de 1881 y sus desastrozos resultados.—Progresivo aumento de la deuda pública del país; emigración; inverosímiles recargos tributarios.— El *gold point* desautorizado.—Posible y probable retroceso hacia la inconvertibilidad.—Mil millones de liras cuesta hasta la fecha la conversión artificial de 1881.—Cómo se operó la conversión de 1821 en Inglaterra.—La conversión en Francia después de la guerra de 1870.—Sesenta años de curso forzoso en la Argentina y sus causas.—El oro mercadería en la Argentina y el empozamiento de libras esterlinas en Chile.—El curso forzoso en Colombia.—Opiniones de la prensa de este país sobre la conversión en Chile.— Juicios del doctor Rafael Núñez sobre la misma materia.—El caso del Perú.—Cesación de pagos y no conversión. —Ecuación forzada del comercio externo del país.—Subsistencia del papel moneda en las relaciones de acreedor á deudor.—Monto del circulante metálico y sus funciones.—Interés del dinero.—Conclusiones.

Deliberadamente hemos deseado comprobar por el razonamiento, antes que por la autoridad científica ó por la enseñanza práctica, la absoluta inaplicabilidad de las

leyes de noviembre de 1892 y mayo del año en curso, á la situación económica que alcanzamos, así como los trastornos, los daños y las pérdidas muy reales y muy graves que viene causando al país el solo intento, que resultará frustrado, de llevarlas á una prematura ejecución.

Demostraremos ahora, cómo la doctrina y el ejemplo confirman y corroboran las enunciaciones que nos ha cabido el honor de sostener, no ya sólo en este instante, sino desde la primera hora del debate.

Conviene, á este propósito, insistir en el falso rumbo que se ha dado á la obra de reconstitución de la actualidad económica del país.

Ha sido opinión casi unánime de legisladores, gobernantes y publicistas; que la raíz de los males que aquejan al país estaba en el papel moneda y que era éste y no otro el enemigo común que debía combatirse hasta aniquilarle y extinguirle, cualesquiera que fuesen los sacrificios que tal empresa demandare.

Se ha llegado a decir en el Congreso, y de una manera más explícita en la prensa, que debíamos ponernos á pan y agua, que debíamos aceptar los sacrificios de una liquidación, por dolorosos y extremos que fueran, con tal de que al fin de esta vía crucis nos encontráramos con la supina, con la magna felicidad de ver de nuevo circulando en nuestros mercados, guardadas en nuestros cofres ó en nuestros bolsillos, las mágicas monedas de los 24 peniques.

De este error original y fundamental, han nacido las leyes de noviembre de 92 y de mayo del año en curso.

Combatiendo esas extrañas paralogizaciones de criterio, ha escrito Goschen el capítulo 6.º de su libro *clásico* sobre la *Teoría de los cambios extranjeros.*

El eminente economista y estadista titula su referido capítulo 6.º como sigue:

«Exámen *de los pretendidos correctivos* de los cambios extranjeros» y exordia sus enseñanzas con los conceptos que vamos á trascribir:

«Hemos tomado por materia del capítulo precedente la interpretación de los cambios; ahora vamos á esforzarnos por manifestar cómo la conclusión de nuestros estudios puede conducirnos á resultados prácticos. Del mismo modo que se ha formado el hábito de decir, habando de los cambios, que ellos son favorables ó desfavorables, se añade también que dichos fenómenos pueden *ser corregidos.* Es muy discutible también la exactitud de esta expresión; ella depende del sentido que se la atribuya y de la dificultad de saber si la corrección es deseable ó no lo es. *Es indispensable en todo caso imbuirse en la idea* (se mettre dans l'esprit) *que no es la situación efectiva de los cambios la que, en realidad, debe ser corregida, sino el estado de cosas del cual los cambios no son sino la expresión.*»

Más adelante:

«Las exportaciones del circulante de especies son, como lo hemos dicho, *una consecuencia de la balanza de las deudas,* ó un resultado de diferencias en el precio de los capitales (intereses) ó, por fin, *el resultado de las variaciones de precio en el agente que sirve de circulante.* Cuando la exportación de numerario pueda ser atribuido á esta última causa, la cuestión de saber cómo pueden corregirse los cambios desfavorables *se confunde con la de los remedios que deban emplearse para levantar el tono de un circulante depreciado, ó sea, para restablecer el equilibrio.*»

Y, después de discurrir latamente sobre el tema que analiza, el insigne tratadista resume sus enseñanzas en esta forma:

"Parece resultar con entera evidencia de todo lo que precede que, en el caso de que los cambios sean desfavorables á un país sin más causa que el estado de la balanza de los negocios, *no se puede restablecer el equilíbrio* sino por dos medios: el primero es aumentar las exportaciones y disminuir las importaciones; el segundo es elevar la tasa de los descuentos. *Cuando los pagos de mercaderías importadas* exceden, durante cierto período de tiempo, al valor de los productos de retorno, el restablecimiento de la balanza del comercio *no puede evidentemente hacerse de otro modo qne por una suspensión de nuevos compromisos, es decir, á condición de un cambio en el curso del comercio. Si una nación, utilizando un crédito ilimitado, importa y consume más de lo que exporta y produce, se precipitará necesariamente al estado de deudor y no podrá mejorar su posición sino consumando menos y produciendo más.*"

Pero no deseábamos engolfarnos en más teorías. Basta y sobra con las que de antemano tenemos expuestas. Si hemos insistido de nuevo en las doctrinas, no es con el ocioso objeto de confundir errores que juzgamos desautorizados hasta la redundancia, sino para manifestar que las enseñanzas prácticas de los pueblos modernos, de los cuales entramos á ocuparnos, han confirmado plenísimamente los rumbos qne señalan, á gobernantes y estadistas, los principios de la verdadera ciencia económica moderna.

Hay quienes sostienen, contra esa enseñanza uniforme, contra ese ejemplo vivo y elocuente, que no hay

la menor necesidad de aguardar un tipo de cambio próximo á la par para que pueda intentarse, con utilidad y eficacia, la cesación del curso forzoso y la vuelta al régimen del circulante de especies.

Á juicio de estos publicistas, basta y sobra para realizar la conversión, que el gobierno cuente con una masa de recursos bastante para cangear su papel por moneda, sin que para nada tenga que preocuparse ni del tipo efectivo de los cambios ni de la condición económica del país.

Semejantes afirmaciones nuevas, originales y, debemos añadir, *únicas* en el terreno de la teoría, á lo menos de la teoría que haya podido llegar hasta nosotros, no nos asombran.

Y decimos que no nos asombran las tales tesis, por aquello de que «lo que no se oye en este mundo no se oye en ninguna parte», como dice el personaje de la zarzuela.

Los que discurriendo sobre estos complejos y oscuros problemas, nos ceñimos, modesta y tímidamente, á las enseñanzas de la doctrina, consagradas por la experiencia universal, corremos todavía el riesgo de interpretar malamente las primeras, de aplicar inoportunamente las últimas; pero este doble peligro es, sin duda, infinitamente menos grave del que corren los que creen haber descubierto nuevos horizontes, nuevas verdades científicas que aplicar á una situación determinada.

Cuando hemos afirmado, en alguna ocasión anterior, que es irrealizable la conversión proyectada por nuestros legisladores mientras el tipo de los cambios no se acerque al valor del papel que se trata de retirar de la circula-

ción, no hemos hecho otra cosa que repetir, por milésima vez, lo que afirman y enseñan en coro *sin excepción alguna*, todos los economistas, todos los publicistas que han escrito sobre este interesante tema.

Vamos, ahora, á buscar las confirmaciones de aquellas universales enseñanzas en los ejemplos prácticos de todos y cada uno de los países que han caído en el régimen de la circulación fiduciaria. Es notoriamente sabido que, entre esos países, la excepción la constituyen aquellos que han sido bastante felices y bastante poderosos para sacudirse con presteza de los males del régimen fiduciario, y que forman, á la inversa, la gran mayoría, aquellos otros pueblos que se han visto compelidos por su condición económica á mantener el curso forzoso del papel durante un espacio de tiempo doble, triple y hasta diez veces más prolongado del que llevamos nosotros en esa propia senda.

Ha sido escrita la historia del curso forzoso en Europa y en los Estados Unidos desde fines del siglo XVIII hasta el año 1876.

No repetiremos, porque sería inútil, esa historia de todos conocida; pero, al referirnos á aquellos hechos, trataremos de completarlos con los acontecimientos económicos de la hora presente que corroboran y acentúan su significación.

Hace más de un siglo que la Rusia lucha infructuosamente por volver al régimen de la circulación monetaria.

En tres ocasiones distintas se han dictado leyes ordenando la acumulación de fondos especialmente afectados á la conversión del circulante fiduciario de ese país.

Se ha recurrido allí todavía, como entre nosotros, al ineficaz y contraproducente arbitrio de cobrar los derechos de aduana en oro.

Se ha ido todavía mucho más lejos aún y se ha llegado hasta crear un gran Banco del Estado, al cual se encomendara llevar á término feliz aquel antiguo propósito nacional.

Todo hasta hoy ha resultado infructuoso, porque las dobles exigencias de la política interna y, sobre todo, de la política internacional de aquel gran pueblo, han obstado para que el valor de su papel fiduciario se ponga al nivel del cambio internacional.

En 1862, el Gobierno ruso, siguiendo las huellas de de la Gran Bretaña en 1821, llegó hasta fijar una escala descendente de precios para el rescate de su papel, operación que debía iniciarse en mayo de ese propio año para ser rematada en junio de 1864.

Se contrató, al efecto, un nuevo empréstito de 15 millones de libras esterlinas para que, unidos á los 70 millones en rublos de oro y plata que guardaban con este objeto las arcas públicas y á otros doce millones en títulos de renta, sirviesen á la consecución del resultado que se perseguía. En auxilio de la conversión, el Banco del Estado no debía emitir sino billetes pagaderos en oro.

Se creyó, en un primer momento, que nada podría impedir el éxito más cabal de la empresa y que, después de setenta años de curso forzoso, la Rusia llegaba, al fin, al restablecimiento de su circulante monetario.

No se había contado, empero, con el primer factor que determina irrevocablemente de la suerte de este género de tentativas y ese factor era el tipo de los cambios.

Los cambios persistieron en su curso desfavorable porque la balanza del comercio exterior era adversa al país, y aconteció entonces, como era indispensable, que el Banco del Estado vió progresivamente disminuidas sus reservas metálicas, llegando estas disminuciones hasta la enorme cifra de 10.367,000 rublos por mes. Se ensayó, como medio de evitar la salida de la moneda, el recurso de pagar al público plata en vez de oro y la medida fué todavía ineficaz hasta que un ukase suprimió por completo el pago de los billetes en especies.

La conversión había fracasado, simple y sencillamente, porque el estado de los cambios la hacía irrealizable. Fué impotente el Gobierno para impedir que se escapasen de entre sus manos las reservas de oro y plata que venía aglomerando para este fin, porque con cambios desfavorables no hay leyes, ni siquiera ukases rusos, que impidan al metálico vaciarse sobre el plano inclinado de un desnivel económico.

Casi inútil parece añadir que hasta hoy la Rusia no ha vuelto á renovar su frustrada tentativa de 1862.

Tan antigua como en Rusia, es la circulación fiduciaria en Austria.

Las mismas alternativas, los mismos vaivenes en las sumas de las emisiones, las mismas diferencias en la cotización del papel que ha recorrido vastísimas escalas de precios.

Idénticas causas han frustrado, durante cien años, todo propósito de conversión.

Y, fenómeno digno de ser tomado muy en cuenta por nuestros legisladores y gobernantes. En Austria ha habido períodos, como el que precedió á la guerra con Prusia de 1866, en los cuales el agio del papel sólo era *de tres*

por ciento. Se pensó entonces que llegaba el instante de realizar la conversión, pero esa nimia diferencia entre el papel y la moneda aconsejó al Congreso diferir hasta el siguiente año 1867 el paso del uno al otro sistema de circulante. Estalló antes de ese año la guerra con Italia y Prusia y la condición económica del país cambió de faz. Una nueva ley del año último, 1892, há dado bases para otra quinta ó sexta tentativa de conversión.

Fué la misma guerra de 1866 la que trajo el curso forzoso en Italia.

No seguiremos la historia de su establecimiento, desarrollo y terminación, porque, como lo hemos dicho, no queremos parafrasear un relato que está hecho, con todos sus detalles, en libros de todos conocidos.

En 1881 y después de quince años de circulación fiduciaria, creyó la Italia llegado el momento de volver al régimen monetario.

Se ocurrió con tal fin á un doble empréstito interno y externo. Alcanzó este último á 600 millones de liras tomadas á la par y al 6 por ciento.

El primero debía servir para recoger é incinerar el papel de curso forzoso y el segundo estaba destinado á nivelar las diferencias del cambio internacional. Reagraváronse, al propio tiempo, los impuestos para crear fondos con los cuales servir las nuevas deudas.

La conversión se verificó, en efecto, con gran júbilo del país y con los calurosos aplausos de la Europa. El ministro Magliani, que puso su firma en aquella ley, ganó, desde ese instante, renombre universal.

Doce años van trascurridos desde aquella fecha, que son los mismos que marcan el período más crítico y más difícil de la vida económica de Italia.

Es cierto que las exigencias de la política internacional han impuesto á este país dolorosos sacrificios.

Pero el crecimiento progresivo y constante de deudas que ha seguido á la conversión de 1881, los exageradísimos recargos en los impuestos, la estrechez y la miseria de la clase proletaria, que ha determinado una emigración colosal, el alza en el interés del dinero, las dificultades de la circulación y, por fin, los trastornos y desfalcos de los Bancos; son otras tantas pruebas manifiestas de que fué inoportuna, prematura y ficticia la vuelta al régimen del circulante monetario.

Y estos resultados nada tienen de anormales ni de sorprendentes.

No es dable, ni fué prudente, entrar á la conversión por la puerta de los empréstitos ni de las reagravaciones del sistema tributario.

El papel de curso forzoso, que es signo inequívoco de pobreza, de desequilibrios en la balanza comercial, no se destierra sino produciendo, trabajando, economizando. Desalojar ficticiamente de un mercado ese papel por medio de empréstitos y de tributos, no es, en resumen, sino reagravar la condición que determinara su existencia.

Pasa hoy en Italia un fenómeno que es digno de meditarse y que estará preocupando en estos mismos instantes á todos los hombres de ciencia.

Entre países que tienen circulante metálico, el cambio no podría, no debería acusar más diferencias que las que marca el *gold point*, ó sea, el costo de fletes, seguros y comisiones para remesar la moneda misma en pago de los saldos pasivos del comercio exterior.

Es ésta una verdad elemental en economía como lo es ante el simple sentido común.

Cuando se dispone de una especie de estimación universal, como la moneda, es obvio que se pagará con ella misma, remitiéndola de plaza á plaza, toda vez que el precio de las letras de cambio, exceda al costo de fletes, seguros y gastos que demandan estas remesas.

Pues bien, en estos momentos el cambio entre Génova y París oscila entre doce y quince por ciento de premio y, sin embargo, se paga este agio por las letras en vez de recurrir al envío de la moneda del uno al otro mercado con un costo que, estimado ampliamente, no podrá exceder de dos por ciento.

Lo cual prueba, sin lugar á dudas, que ya no disponen las plazas mercantiles italianas del circulante necesario para servir el movimiento de su comercio exterior.

Síntomas son éstos de próxima y, al parecer, inevitable vuelta al régimen del curso forzoso, prematura y ficticiamente abandonado en 1881.

Las medidas precursoras del retroceso, aparecen ya bastante caracterizadas.

Se acaba de autorizar una emisión de diez millones de liras en moneda de vellón de valor de uno y dos sueldos. Y, á lo que se asevera, se acuñaría también una moneda de cobre con aleación de niquel, calculada, por cierto, para hacerla inexportable. Es de advertir que, según una de las cláusulas del convenio de la Liga latina, el máximum de moneda de cobre permitido á la Italia es la suma de noventa millones de liras, y que, antes de la emisión, circulaban en el territorio de la península más de setenta y tres millones en piezas de este metal.

Un ilustrado corresponsal, después de darnos estas significativas nuevas, añade:

"Como la medida es á todas luces insuficiente, se la

ha completado con otra emisión de treinta millones de liras *en billetes de una lira* (veinte centavos plata) *que habían desaparecido, así como los de media lira, desde que el ministro Magliani se lisonjeó con la ilusión de haber abolido el curso forzoso de papel moneda, sin otro resultado práctico que el de haber aumentado* **en mil millones** *de liras (doscientos millones de pesos oro) la deuda del Estado.*»

Este último dato ha sido oficialmente comprobado.

En el mes de setiembre que acaba de transcurrir, se ha presentado al Ministerio de Hacienda un informe oficial del cual aparece que la deuda consolidada italiana ascendía en esa fecha á doce mil ochocientos noventa millones de liras y á setecientos millones la deuda flotante.

Por manera que, en resumen, los deplorables resultados que ha traído á la Italia la precipitación por restablecer anti-económicamente el régimen del circulante de especies, se traducen en un aumento de mil millones de liras de la deuda pública; en la reagravación de su sistema tributario en términos casi inverosímiles; en la forzada emigración de las clases trabajadoras á las cuales la miseria arroja por millares hacia todos los puntos del globo; en el alza exagerada del interés del dinero; en la depreciación progresiva del tipo de los cambios debida á los desequilibrios de la balanza comercial y, por fin, en la bancarrota y en los manejos fraudulentos de que han sido víctimas algunos de los principales bancos del país.

Si á este cúmulo de desastres provocados, en parte muy principal, por una medida inconsulta y precipitada, se añade la perspectiva de un posible y aun probable

retroceso al régimen del curso forzoso; se tendrá un cuadro acabado y digno de la más seria meditación, en orden á los peligros que entrañan las combinaciones y arbitrios ficticios que suelen emplearse con más buena fe y patriotismo que discernimiento y cordura, para torcer el rumbo de las inmutables leyes que gobiernan los fenómenos económicos.

Contrastan, es cierto, con los precedentes ejemplos, tomados de la historia del curso forzoso en Europa durante el presente siglo, las enseñanzas que nos ofrecen la Gran Bretaña y la Francia.

Lanzado el primero de aquellos países en su magna guerra con Napoleón, vióse en la necesidad de pedir al curso forzoso las enormes sumas de que había menester, no sólo para movilizar sus ejércitos y armada sino para auxiliar á sus aliados del continente, á los cuales hizo anticipos por más de cuarenta millones de libras esterlinas.

Y, como ya lo hemos dicho, con ser la Gran Bretaña el emporio de las riquezas del mundo, tardó *veinticuatro años* en volver al régimen de la circulación de especies.

Pero no se intentó jamás por la Inglaterra llegar á la conversión por los arbitrios ruinosos y contraproducentes de los empréstitos, de las reagravaciones tributarias, ni muchísimo menos, de la mutilación del crédito y del espíritu comercial é industrial del pueblo inglés.

Fué, por la inversa, dando alas á la actividad productora, estimulando á la industria, despertando las energías del trabajo; como logró aquel país convertir el curso forzoso en fuente de enriquecimiento nacional. Duplicáronse exactamente, durante aquel período, las rentas aduaneras, disminuyéronse en vez de aumentarse los im-

puestos más onerosos y prendió con tal fuerza el espíritu de industria mediante á las facilidades abiertas al crédito y al trabajo que, como dice un brillante escritor colombiano que ha estudiado en detalle las evoluciones del movimiento económico inglés durante aquel período; «fué entonces cuando se inventó el ingenioso sistema de transformar en hilo casi continuo y sedoso, el lino, el cáñamo, el algodón y la lana, y fué entonces también cuando un grito prolongado de júbilo y de entusiasmo anunció al mundo la aplicación del vapor como fuerza motriz.»

Inútil sería agregar que, durante el período agudo de la guerra continental, el papel de curso forzoso en la Gran Bretaña alcanzó una depresión máxima de treinta por ciento, y que cuando se resolvió efectuar la conversión, el agio del oro y de la plata apenas si llegaba á cuatro por ciento.

Se comprende que en semejantes condiciones, la conversión de 1821 fuera hecha sin trastornos, sin peligros é impuesta por el desenvolvimiento mismo de la riqueza nacional.

También la Francia pasó, sin sacudimientos ni violencias, del régimen fiduciario que empleara al estallar la guerra de 1870, al sistema de la circulación normal monetaria. Y esto á pesar de haberse llegado á emitir papel inconvertible por la enorme cifra de dos mil millones de francos y de haberse visto obligada á satisfacer á la Alemania, la histórica y colosal indemnización de guerra de cinco mil millones.

Materia de asombro y de universal admiración fué la potencia desplegada por el genio, la industria, el trabajo y la actividad comercial del pueblo francés, para sopor-

tar sin quebrantos aquel enorme desastre y para levantarse más rico y más activo de una catástrofe con la cual se creyó aniquilarle.

El desarrollo de la actividad comercial é industrial francesa ganó tales proporciones, que en 1877 el papel fiduciario estaba casi totalmente representado por las reservas metálicas, de tal manera que el curso forzoso dejó de ser *forzoso* para ser voluntario sin otras imposiciones que las de la conveniencia comercial y nacional.

Parece superfluo añadir, después de lo expuesto, que los ejemplos de la conversión inglesa del año 21 y de la operación análoga hecha por la Francia después de la guerra de 1870, lejos de ser congruentes con la que nosotros intentamos en este momento, evidencian y confirman la tesis que nos ha cabido el honor de sostener, ó sea, que para intentar con éxito, con eficacia y oportunidad el paso del uno al otro sistema de circulante; es indispensable que un esfuerzo previo de producción y de ahorro levante la condición económica del país, nivele el movimiento de su comercio exterior y, como consecuencia, traiga la cotización del papel á la par ó al derredor de la par.

Pero, ya que ensayamos la demostración histórica y práctica de los principios que gobiernan el problema en análisis, fuerza será llevarla al terreno que le es más propio y en el cual se trasparentan, con mayor claridad, las enunciaciones y aplicaciones de la doctrina. Y, puesto que son los pueblos del continente sud-americano los que se hallan en condiciones económicas análogas á la nuestra, hay indisputable ventaja en recorrer, siquiera sea muy de prisa, la historia del curso forzoso en la América española, su condición actual y las expectativas que pue-

dan existir para reemplazarla por el circulante monetario.

La historia económica de la República Argentina, es historia de inconversión.

Dice á este propósito el señor Terry en el estudio que hemos citado con anterioridad:

"Y si el hecho de la inconversión tiene en todas partes excepcional importancia, no menos, y si mucha más, debe tenerla entre nosotros que, de los 83 años de vida libre, llevamos 60 de inconversión y de curso legal y forzoso.

"Puede decirse que nuestra vida económica y financiera se ha pasado imprimiendo billetes y fondos públicos; los primeros para la circulación y los segundos en garantías de aquellos."

Incurriríamos en repeticiones inútiles si volviésemos sobre las verdaderas causas que mantienen condenada á la república vecina al curso forzoso.

Nada más categórico, más exacto y más explícito podríamos nosotros expresar en orden á esta materia, que las declaraciones documentalmente comprobadas del folleto del señor Terry, explanadas y corroboradas por el *Boletín Industrial* de Buenos Aires.

La balanza comercial argentina acusa resultados verdaderamente desastrozos para el comercio de intercambios. El país debe mil millones de pesos oro á los mercados extranjeros y es de toda evidencia que mientras subsistan tan enormes compromisos sobre el crédito nacional, no se llegará jamás á la circulación monetaria, porque nunca tampoco el tipo de los cambios podría acercarse al valor del papel de curso forzoso. Las propias existencias metálicas que, *en calidad de mercaderías*,

no de circulante, existen en las plazas argentinas, están disminuyendo día por día según lo afirma el *Boletín Industrial* de agosto último. Nos explicamos sin dificultad el fenómeno, porque la enorme distancia que separa el valor *del oro mercadería* con el circulante fiduciario de curso legal, hace muy dispendiosa su conservación, ya que añade un ítem más á la deuda del comercio de ese país para con los mercados que le han enviado aquel oro. Se concibe, por lo demás, que no sean muy útiles los oficios que desempeña el oro en un mercado cuyo circulante pierde 243 por ciento en su cambio contra aquel metal. La materialidad de la existencia del oro no tiene importancia alguna en estos casos, porque aún aquellos contratos solucionables por convención en moneda esterlina, podrían ser cumplidos merced al papel de curso legal, estimado, por cierto, al cambio corriente á la fecha del vencimiento de las obligaciones.

Pasa con el mantenimiento de estas existencias en oro en la Arjentina algo análogo á lo que concurre entre nosotros con la desgraciada medida de cobrar los derechos de aduana en libras esterlinas ó en giros sobre Europa. La diferencia entre uno y otro procedimiento, es una diferencia de forma, porque si aquí se destina el oro á servir de reserva para la conversión y entretanto se estrecha y se empobrece el mercado con el propio recurso que se imagina útil para prepararla; allí se compra también esa mercadería, es decir, se aumentan las deudas, se ahondan los desequilibrios del comercio de intercambios, por otro espejismo engañoso, por otra fantasmagoría que tampoco responde á propósito alguno útil.

Vamos, ahora, al caso de Colombia.

Confesamos que son escasísimas y muy deficientes las

noticias que tenemos sobre la historia del curso forzoso en este país.

Sabemos, sin embargo, que la circulación fiduciaria llegó á este país traída por las mismas, mismísimas causas que la han implantado en todas partes, esto es, por deficiencias de la producción nacional, por desequilibrios de su comercio de intercambios.

Sabemos todavía que fué el doctor Rafael Núñez, Presidente de los Estados Unidos de Colombia en distintos períodos constitucionales y uno de los estadistas más distinguidos de Sud-América, quien estableció el curso forzoso en esta sección de nuestro continente.

Ahora, para llenar los vacíos que necesariamente dejan nuestras escasas informaciones en orden al funcionamiento del curso forzoso en Colombia y á las expectativas que pueda tener este país para ponerle término; nos limitaremos á transcribir algunos pasajes de un interesante artículo que registra el diario titulado *El Porvenir*, de Cartagena, en el número 831, correspondiente al día 30 de julio último; lamentando que consideraciones personales nos impidan reproducirle íntegra y literalmente.

El autor del artículo aludido, es según nuestras noticias, el mismo ameno y brillante escritor del estudio económico titulado *La bestia negra*, que se reprodujo en esta ciudad por la imprenta "Ercilla" y que tan merecido favor encontró en la opinión pública.

Dice así;

CHILE Y EL CURSO FORZOSO

"Un ilustrado corresponsal de Santiago de Chile nos dice que allí no se está aún en el caso de suprimir el curso forzoso del billete, como lo escribimos en un nú-

mero de *El Porvenir*, y nos ha remitido, de comprobante, diversos diarios y un abultado folleto *Estudio de actualidad* que se ha dado recientemente á la estampa.

«Ciertamente hubo una ley, de 26 de noviembre del 92, que dió las bases de la conversión, pero esta ha quedado en suspenso, cuando menos, por motivo que no habría utilidad en reproducir.

«En el folleto citado, nos llama mucho la atención, la semejanza de opiniones que se sustentan con las que nosotros hemos mantenido en estas columnas.»

Entra, en seguida el articulista colombiano en un largo y erudito comentario de la publicación á la cual hace referencia y termina como sigue:

«Ahora, con la baja de la plata, las dificultades serán para Chile mucho más considerables. Para Colombia este hecho pone de relieve la previsión de los que han luchado con las paradojas y malas intenciones de ciertos publicistas. Si les hubiéramos oído, hoy estaríamos adeudando cuanto hubiera costado, en una otra forma, la conversión del billete por plata y tendríamos que pagar las letras al mismo premio, más ó menos, que desembolsamos adquiriéndolas con papel-moneda.

«La vuelta á los pagos en especie metálica, es siempre labor ardua. Dos veces la ha intentado Rusia y dos veces fracasó su propósito. El Brasil y la Argentina también la han intentado sin lograrla y lo mismo ha ocurrido recientemente en el imperio Austro-Húngaro. Italia lo hizo contratando empréstitos, para luego sufrir otras desventuras financieras. Cuando, en los Estados Unidos se volvió á aquellos pagos, ya tenían el cambio á la par por excesos de exportaciones. Francia lo hizo con prontitud en su época de conflictos con Alemania, porque su

curso forzoso, decretado por precaución, tuvo siempre abundante respaldo de oro.

"Chile lleva á Colombia la ventaja de que no se halla en absoluto desprovisto de oro y plata.

"Aclimatándose la seguridad con la cesación de la guerra civil que nos había casi atrofiado, el espíritu de industria seguirá desarrollándose, *tendremos productos colombianos para pagar las mercaderías extranjeras*, y la supresión del curso forzoso se impondrá virtualmente.

"Paz y ferrocarriles es el programa salvador. *Lo demás que se vocifere, es necio charlatanismo.*"

La misma persona que tuvo la amable atención de enviarnos el artículo del cual tomamos los pasajes transcritos, nos ha hecho llegar también un documento de más alta valía. Es este documento una carta escrita por el distinguido estadista y publicista sud-americano doctor Rafael Núñez, que vamos á transcribir en sus párrafos pertinentes, ya que ella expresa, aun cuando sea en estilo familiar y sobrio, el concepto que merece al señor Núñez nuestra actualidad económica.

"*Cartagena, julio 18 de 1893.*—Estimado señor y amigo: Efectivamente se creyó que por allí se estaba cumpliendo la ley de Howe, pero por los diarios y por el folleto del señor Aldunate, nos persuadimos del error. Le agradezco la remesa y es probable que se haga la rectificación del caso.

"Las ideas del señor Aldunate son exactamente las mías, ni una coma menos. Pienso aún en que se comete anacronismo cuando se quiere *hoy* tomar á Say *en todo* como autoridad irrecusable. Los tiempos requieren otras soluciones distintas del "dejad hacer y dejad pasar"...

Nos ocuparemos, para concluir, del caso del Perú.

No ha habido en este país conversión efectiva ni leyes que la ordenen.

El papel de curso forzoso se desmonetizó por efecto exclusivo de la bancarrota fiscal.

Cuando el ministro de Hacienda, señor Denegri, resolviendo una gestión elevada á su conocimiento, declaró incidentalmentè que el Gobierno no aceptaba los billetes de la emisión del Estado sino por su valor comercial, cesó de hecho toda cotización de esos papeles, perdiendo los tres ó cuatro peniques de precio que aún conservaban.

El país se encontró, en un momento dado, sin circulante alguno y el Gobierno vióse en la necesidad de ordenar la acuñación de seis ó siete millones de pesos en plata que se adquirieron en el mercado.

Este nuevo circulante que no excedió en aquella época ni ha excedido hasta hoy, según entendemos, de la exigua cifra apuntada, fué desde aquel momento el único que sirviera á los cambios *internos* del mercado.

El papel de curso forzoso pasó á ser deuda consolidada ganando un interés, nominal hasta hoy, de dos por ciento.

Por lo que atañe á las obligaciones externas, el procedimiento fué más expedito y más eficaz todavía.

El Gobierno no hace el servicio de sus deudas nacionales y los acreedores se contentaron con tomar de su cuenta la explotación de las principales vías férreas del país.

El comercio exterior ha quedado reducido á transacciones al contado. Se internan mercaderías extranjeras sólo por el importe de los productos que el país puede

entregar como retorno. Como el comercio extranjero no hace créditos, la ecuación de la balanza comercial es perfecta.

Se concebirá que este sistema de conversión, especialísimo y *sui generis*, haya burlado todas las previsiones de la ciencia y haya podido operarse no ya solamente con tipos de cambio depreciados sino sin cambio alguno.

No entraña, en efecto, este sistema, ninguna de las dificultades ó de las complicaciones que son propias de la conversión del circulante fiduciario por pagos en especie.

Es obvio que cuando un deudor hace falencia y soluciona sus obligaciones por la vía legal de cesión de bienes, no tiene mucho de qué afanarse. La liquidación es expedita y sencillísima.

El Gobierno del Perú no pagó el papel que se pretende desmonetizado.

Si nosotros entráramos también por este camino, es evidente que no habría para qué preocuparse de acumular fondos en oro para lanzar la moneda de los 24 peniques ni de adquirir pastas de plata para los pagos en pesos de veinticinco gramos de este metal.

Primera dificultad eliminada y que no es ciertamente pequeña.

Si junto con esto suspendiéramos el servicio de la deuda externa nacional, el negocio sería redondo y la conversión, lejos de imponer sacrificios, realizaría ganancia neta y suculenta para las arcas públicas.

Por lo que atañe, ahora, á los efectos de la sustitución del circulante papel por el circulante monetario, en las relaciones de acreedor á deudor, que es, como se sabe,

el punto más espinoso y más crítico de esta clase de operaciones, la titulada conversión que se asegura realizada en el Perú no alteró las relaciones privadas.

Cupo á la acción de la justicia ordinaria decidir en cada caso particular, cual debiera ser la cuantía de las obligaciones pendientes. Y, desempeñando su cometido, los tribunales peruanos han resuelto, por lo general, que las deudas se solucionen con arreglo al tipo corriente de cambio á la fecha de constituirse la obligación.

Por último, como el comercio exterior se halla reducido á simples transacciones al contado, no hay saldos que pagar al extranjero y no hay, por lo tanto, necesidad de comprar letras que excedan al precio de los productos de retorno. ¿Para qué se habría necesitado entonces exportar la moneda?

Ocioso sería añadir que situación semejante ni puede ser parangonada á la nuestra para servirnos de ejemplo ó de estímulo, ni es, muchísimo menos, la que contemplan los tratadistas cuando establecen, con absoluta uniformidad y perfecto fundamento, que no se puede restablecer el régimen de los pagos en especie sino cuando el tipo del cambio se encuentra á los al derredores de la par.

Los tratadistas hablan de pagos efectivos y no de pagos por falencia ó por cesión de bienes.

Los tratadistas atribuyen á la conversión del circulante el efecto de alterar la cuantía de las obligaciones recíprocas del comercio en tanto cuanto sea la diferencia entre la cotización del papel de curso forzoso y el valor de la moneda que debe reemplazarlo.

Es bien poco envidiable, por lo demás, la condición económica del Perú aun después de la pretendida des-

monetización del papel moneda, que, según se dice pintorescamente, hizo refluir *por carretonadas los pesos fuertes de plata* sobre las arcas públicas y privadas.

Los seis ó siete millones de pesos que constituyen toda la masa del circulante nacional, tienen atrofiadas las transacciones y el movimiento del comercio interno.

No hay crédito ni hay negocios y el valor de la propiedad se encuentra estagnado. Los dos únicos bancos que han quedado en pie, extranjero el uno y nacional el otro, tienen una estrechísima esfera de operaciones.

El interés corriente del dinero es el uno por ciento mensual. Este tipo de interés rige en las transacciones internas de los mercados peruanos. Si el comercio nacional hubiera tenido saldos que pagar en el movimiento de sus intercambios, es de toda evidencia que para retener el escasísimo circulante que sirve deficientemente á las necesidades más premiosas de esas plazas, habría sido indispensable elevar el precio de alquiler de los capitales en proporciones ruinosas.

Tal es, en el fondo, la verdad de los hechos, sin que nos sea dable responder de la cabal exactitud de los detalles, que hemos expuesto, tales como los recogimos, de informaciones que nos ha suministrado galantemente un alto funcionario de aquel país.

No se ha descubierto, por lo tanto, en el Perú un nuevo sistema ó nuevas verdades económicas que importen la desautorización de las doctrinas unánime y universalmente aceptadas en la materia que nos ocupa.

Hasta este momento, á lo menos, pueblo alguno de los que se encuentran sometidos al curso forzoso se ha dejado seducir por los maravillosos efectos de la conversión peruana ni se ha alzado contra las enseñanzas uni-

formes de la ciencia, lanzándose á restablecer el sistema de circulación monetaria con cambios análogos ó siquiera parecidos á los que rigen en nuestros mercados.

Sería, cuando menos, prudente que no fuésemos nosotros quienes nos adelantáramos á ensayos ó experimentos tan delicados, que no se harían, por cierto, *in anima vili*, sino en las fibras más sensibles del organismo nacional.

X

Lo que necesitamos y lo que se nos da.—Expectativas justificadas de reacción.—Nuevos horizontes y nuevas aspiraciones.—Esterilidad de la riqueza fiscal. — Carácter esencialmente eventual de las riquezas mineras.—El guano del Perú y el salitre de Chile.—Naturaleza diversa y peligros comunes de una y otra riqueza.—La nacionalización de la industria salitrera y los medios prácticos de iniciarla.—La venta en subasta pública de las oficinas salitreras del Estado y sus inevitables consecuencias.—La industria libre para el capital chileno se impondrá próximamente.—Temores y peligros injustificados.—Tratados comerciales.—El proteccionismo discreto.—Economías y reservas indispensables.—Una disgresión útil.—Destinación de los ahorros nacionales.—Ideólogos y estadistas.—Tendencia hacia la prodigalidad.—Corrientes semiuniversales. — Errores de las generalizaciones. — Un problema aplazado.—Conclusiones.

Si, pues, la conversión no ha de venir porque no es practicable ó realizable *en un estado económico como el que el país atraviesa*, si tal es el resultado de las unánimes y universales enseñanzas de la doctrina, si el ejemplo y la práctica de los pueblos que nos han precedido en el curso forzoso también así lo demuestra y sí, por fin, el trastorno y la crisis habrían de ser las perspectivas probables de la implatación violenta é inoportuna de los pagos en especies; no se concibe, en efecto,

la insistencia de los poderes públicos por mantener en aparatoso vigor una ley inoportuna y dañina.

Aire, movimiento, tono y vigorización requiere indispensable, premiosamente, el anémico estado económico actual.

Y entretanto, á un país que lucha con dificultades económicas complejas por falta de producciones y de ahorros, por excesos de consumos y por depreciación de sus productos, se le aplica por todo remedio una combinación de arbitrios empíricos destinados á debilitarle, atrofiarle y postrarle más y más cada día.

Apresurámonos á reconocer que esta serie de errores toman pie en aspiraciones generosas y patrióticas. Pero, por lo mismo que son levantados y sinceros los móviles que inspiraran los yerros que combatimos, debemos fiar en que no se insista en ellos más allá de la dañina experiencia que llevamos recogida.

Sólo en la producción y en el ahorro pueden hallarse los únicos medios de levantar el tono y el vigor que faltan á la actualidad económica nacional.

Esta es, por lo demás, la dirección que comienzan á tomar las aspiraciones generales de la conciencia pública, desencantada de la alquimia y de los específicos especulativos.

Tendiendo la vista hacia los campos más fructíferos de la producción del país, se ha creado una formidable corriente de opinión que aspira á reivindicar la utilización de las riquezas que le son propias.

Es enorme el camino que estas ideas han hecho en brevísimo espacio de tiempo.

En 1888 nuestra voz fué *la única* que se alzara en el Congreso para combatir la venta al martillo de las sali-

treras del Estado, propuesta desde esa fecha por el Gobierno. Nuestro voto fué también *el único* que rechazara ese proyecto que, por señalada fortuna del país, no llegó á ser ley de la República.

Cinco años apenas van transcurridos desde aquella época, y hoy no serían voces aisladas, ni débiles y unipersonales esfuerzos, los que trataran de cerrar el paso á la enajenación del presente y del porvenir industrial del país.

Domina el profundo convencimiento de que, ante todo y sobre todo, necesitamos asimilarnos nuestras riquezas naturales, porque, si hubiéramos de seguir entregándolas al monopolio de la utilización extraña, se acabará de colonizarnos industrialmente en plazo no muy largo.

Precisamente porque carecemos de industrias, porque la minería se halla postrada, porque la agricultura misma siente las amenazas de una creciente baja en los precios de sus productos; es absolutamente indispensable que el salitre sea chileno y que los beneficios de esta industria, en plena prosperidad, sirvan para pagar nuestros consumos y para restablecer el equilibrio perdido de la balanza del comercio.

Ya no hay quienes se satisfagan con los falsos mirajes que ofrece la apropiación de una cuota de esas riquezas por medio del impuesto.

No han enriquecido al país los doscientos millones de pesos que el salitre ha llevado á las arcas fiscales á contar desde la ocupación de Tarapacá.

Esos cuantiosos recursos han servido únicamente para desarrollar necesidades ficticias, para darnos una organización administrativa ampulosa y recargada.

Y no son estos los inconvenientes y los peligros únicos que encarna ese falsísimo sistema.

Las riquezas esencialmente eventuales, como son todas las riquezas mineras, no pueden discretamente servir de base á una organización de servicios ordinaria y permanente.

Si el país no llegase á compartir de los beneficios de esta industria, podría acontecernos lo que pasó al Perú con su riqueza guanera. Los cuatrocientos millones de pesos oro que ese país obtuvo de la explotación de aquella sustancia, fueron absorbidos por las exigencias fiscales y por las avideces de los contratistas.

Se explica la relativa infecundidad de la riqueza guanera, porque su explotación tenía que ser esencial y forzadamente fiscal. Se trataba, en efecto, de la simple apropiación de una sustancia, que se obtenía sin otro esfuerzo que vaciar el guano de las covaderas á la cubierta de los buques que debían conducirle á los centros de consumo.

En semejantes condiciones, no era posible que el fisco y el país compartiesen de esa riqueza sin que el favoritismo, el peculado ó la salvaje dominación del más fuerte de las sociedades primitivas; determinasen el reparto del botín.

Esencialmente distinta es la condición de la riqueza salitrera.

Para utilizar de sus beneficios, se requiere una larga preparación, el empleo de gruesos capitales, una suma de esfuerzos, de trabajos y de riesgos, que le dan todas las condiciones de una industria exclusivamente propia de la iniciativa y de la labor individual.

Por manera que si fué excusable ó explicable la esterilidad de la riqueza guanera del Perú, no lo sería ni podría serlo la de una gran riqueza industrial peculiarmente apta para la acción de la actividad privada.

No habría utilidad en reproducir las consideraciones que latamente dejamos expuestas en una publicación anterior, en orden á los medios prácticos más eficaces para iniciar la nacionalización de la industria salitrera.

Sosteníamos en aquella ocasión, con razones que juzgamos incontestables, que la venta al martillo de las oficinas del Estado, las llevaría recta é incuestionablemente al dominio y al monopolio extranjero, ya porque no hay en Chile capitales para sostener la competencia, ya porque se trata de terrenos contiguos á los que la industria exótica explota desde 1883 y que están muy próximos á su agotamiento.

Y si á mérito de esta doble circunstancia, las oficinas puestas al martillo irían á parar, con entera certidumbre á las mismas manos que hoy las explotan; tendríamos cimentado, robustecido y afianzado por cincuenta años más el monopolio extranjero de esta industria, el sistema de combinaciones restrictivas de la producción en servicio exclusivo de la bolsa salitrera de Londres, y lo que es más grave aun que todo esto, la colonización industrial de Chile, con todos sus inconvenientes económicos, con todas sus posibles complicaciones y peligros internacionales.

La nacionalización de la industria salitrera tiene que ser, en sus comienzos, la obra del privilegio y de la ley.

Es menester estimular las energías del trabajo por medio de concesiones que permitan al elemento nacional franquear la puerta de esa industria. Los contratos de elaboración que hemos propuesto con este objeto, cons-

tituirían uno de los más eficaces recursos para alcanzar éxito en la empresa. Así como el colono agrícola se siente estimulado con las facilidades y las ventajas de explotar un predio provisto de herramientas, enseres y animales; sentiríanse también, con idéntico estímulo, los industriales chilenos á quienes se entregaran salitreras y maquinarias en arrendamiento por un canon que, aparte del derecho fiscal, consistiría en tantos centavos por cada quintal de explotación.

Son nimios los inconvenientes de este sistema y nosotros mismos nos habíamos encargado de apuntarlos con anterioridad.

Si los contratistas elaboradores de salitreras fiscales no las explotasen muy técnica ni muy cautelosamente sino con la dañina voracidad del minero locatario; la inspección fiscal les denunciaría, pidiendo la rescisión de sus contratos y la correspondiente indemnización de perjuicios. Por lo demás, el canon de arrendamiento debería cubrir el interés *y la amortización* que prudencialmente se designara para estos capitales así entregados á la explotación del elemento nacional chileno.

Pensamos que llegará en breve el día en que la industria salitrera tenga que ser libre *y denunciables por chilenos* todos los terrenos de la inmensa zona que comienza en Taltal para terminar en Pisagua.

Hay quienes se espantan ante la perspectiva de las crisis y de los trastornos que un estado de cosas semejante pudiera traer á una industria de consumos, hasta este momento, limitados.

No compartimos nosotros de esos temores.

Posible y aun probable sería que, entregada toda la zona salitral al libre denuncio y á la libre explotación de

nuestros connacionales, llegaran á producirse excesos de producción que desbordaran los stocks europeos y trajeran retrocesos y perturbaciones.

No habría por qué alarmarse de estos resultados propios de toda industria libre.

Si algunos salitreros fracasaran, otros les reemplazarían en el acto.

El salitre no perdería su ley de ázoe ni sus condiciones fertilizantes, porque tal ó cual industrial sucumbiera y tal ó cual otro se levantase. Ya la experiencia les aleccionaría sin demora y aprenderían á regular la producción al consumo. Las combinaciones que en tal evento se formasen, no serían ya destinadas al beneficio exclusivo de los tenedores de acciones salitreras en la bolsa de Londres, sino que representarían utilidades del capital nacional chileno.

Es inútil insistir en el lato desenvolvimiento que admiten estas ideas, que nos arrastrarían fuera del recinto general en el cual deseamos mantener nuestras observaciones.

Basta y acaso sobra con lo expuesto para señalar cuál sería la primera de las fuentes á las cuales debiera pedirse el aumento de la producción nacional. Y ese aumento podría llegarnos en tales proporciones que por sí sólo bastase, en plazo no lejano, á restablecer la fisonomía y la condición económica del país.

Dentro del sistema de discreta protección que debiera dispensarse á las industrias nacionales, cabrían las medidas aduaneras que en ocasión anterior hemos indicado, como cabrían también los tratados comerciales y las concesiones que el Congreso otorgase con espíritu de prudente liberalidad, á toda industria séria que exigiere el amparo de la ley.

Por lo demás, la obra de nuestra reconstitución económica, quedaría sujeta á la cordura y al patriotismo de los poderes públicos.

El presupuesto de los gastos generales de la nación, puede y debe ser indispensablemente reducido.

Es hasta temerario que se estén considerando y consumiendo, como entradas normales y ordinarias del país, los productos eventuales y temporales del impuesto del salitre.

Si un minero en bonanza montare su casa y arreglara sus gastos estimando como renta fija y permanente los beneficios de su mina, se le miraría como un calavera ó un necio.

No sabríamos, entretanto, qué diferencia pudiera establecerse entre la conducta de los individuos y la de los pueblos que obran de la misma manera.

Es absolutamente indispensable que siquiera una cuota de cincuenta por ciento de las rentas extraordinarias y eventuales del salitre, se dedique á servicios también extraordinarios ó á destinaciones que ensanchen el poder productivo del país y abrán nuevos horizontes á la industria.

La más vulgar previsión aconseja no olvidar por un instante que es eminentemente *precaria* la condición de la riqueza salitrera.

En cualquier momento podemos recibir la desagradable sorpresa del descubrimiento de nuevos depósitos salitreros en otro ú otros puntos del globo.

Ni científica ni racionalmente puede suponerse, que la existencia de estas sustancias haya de ser un monopolio perpetuo de las pampas del desierto chileno.

Geólogos y naturalistas, exploradores, industriales y

comerciantes; habrán de agitarse constantemente en busca de estos elementos regeneradores del poder productivo de la tierra.

Es necesario prepararse para una eventualidad semejante que no sólo es posible sino probable.

Es necesario también ponerse en guardia contra los peligros, acaso más inmediatos, de nuevos procedimientos que perfeccionen y abaraten la producción de abonos artificiales.

El día en que, por uno ú otro camino, perdiéramos el monopolio de que hoy disfrutamos, nos veríamos forzados á estrecharnos, á reducir violentamente la mitad de los consumos y de los gastos públicos, y ese día, que ojalá no llegase tan pronto, los trastornos y los sacudimientos no serían reparables.

Yerran lamentablemente los que toman estas advertencias como alarmas pesimistas, como temores injustificados.

Tampoco el Perú creyó jamás ni en el agotamiento rápido de sus guanos ni en su posible sustitución por otros fertilizantes de mayor poder. Y aquella riqueza desapareció, de la noche á la mañana, sin haber acrecentado la fortuna pública y sin haber dejado en el país otros elementos de vitalidad industrial que la reemplazaran.

Sería una imprevisión araucana, como lo hemos dicho en alguna ocasión anterior, no formar reservas de las eventuales rentas salitreras, que nos pongan á cubierto de contingencias como las que imaginamos.

La destinación natural, prudente y cuerda de esas reservas; sería la amortización extraordinaria de una cuota anual de la deuda externa del país y la ejecución de obras

públicas, seriamente estudiadas y esencialmente reproductivas, que ensancharan los horizontes de las industrias permanentes y las habilitaran para un considerable desarrollo de su poder de producción.

Y, aun cuando sea abriendo un corto paréntesis que rompa la unidad de nuestro tema, necesitamos añadir que las amortizaciones extraordinarias que hoy se hicieran de la deuda externa, repararían los daños que causó al país el inconsulto empréstito último de £ 1.800,000. En efecto, á influjo de nuestros propios errores y á mérito de la emisión de los titulados *bonos internacionales* que autorizó la ley de noviembre de 1892, bonos que devengaban intereses pagaderos en oro, más altos que los señalados á todos los títulos de la deuda pública, las cotizaciones de estos títulos han bajado extraordinariamente en el mercado de Londres.—Hoy se podrían adquirir los bonos del 4½%, de cualquiera de los empréstitos amortizables extraordinariamente, á un tipo de 78 hasta 80%. Y, como el empréstito último de 1892 fué lanzado al 95%, resultaría que podríamos realizar una utilidad de quince por ciento (15%) rescatando nuestras obligaciones externas en la cuantía de los recursos disponibles del erario público. Esta utilidad, que es enorme y que constituiría la más brillante conversión de deudas que pudiéramos ambicionar, sería la destinación más benéfica y más reproductiva del producido de venta de los bienes nacionales.

Es mala, es falsa política, es conducta imprevisora é injustificable, la que no propende á la consecución de estos propósitos.

Mientras el país siga privado de toda participación en los beneficios de la industria salitrera y mientras los go-

biernos sigan absorviendo, en gastos ordinarios y en necesidades ficticias, la totalidad del impuesto que recogen de esa fuente, nuestra situación se hará más y más comprometida; tomará creces la colonización industrial de Chile por los capitales extranjeros, no tendremos nunca circulante monetario, por más que jure el empirismo por todos sus dioses lo que quiera; y si llegara un día en que, por cualquier circunstancia, perdiéramos el monopolio precario del cual disfrutamos, sería tarde para reparar nuestra imprevisión.

Sonreirán desdeñosamente los hombres prácticos ante este linaje de reflexiones, se estimarán estas ideas como aspiraciones de ideólogos y doctrinarios que no sienten el aguijón de las exigencias reales del país ni pesan la responsabilidad y los deberes que incumben á los gobernantes.

Sabemos que por desgracia es éste el criterio comun de funcionarios y de políticos, sabemos que es un candor hablar de economías y pedir reservas para el porvenir, cuando el anhelo y la tendencia general sería invertir diez veces los recursos de que disponemos, en las insaciables exigencias que rodean y asedian á los poderes públicos.

Pero el temple de los hombres se prueba precisamente en estas luchas contra corrientes poderosas que avasallan y arrastran las voluntades débiles y las convicciones vacilantes.

No fué obra de ideólogos ni de doctrinarios la que dió en 1884, después de anexados á Chile los territorios que le correspondieron por el tratado de Ancón, un presupuesto de gastos de cuarenta y cuatro millones de pesos.

Es hasta inconcebible que en el espacio de nueve

años y sin haberse mejorado ni extendido útilmente los servicios públicos, nuestros gastos sobrepasen en mas de un tercio á esa suma, después de reagravados los impuestos en doce millones de pesos anuales, y después de aumentada la deuda externa en cerca de treinta millones de pesos.

Hay imprudencia, hay debilidad, hay cuando menos, relajación deplorable en el espíritu de severa parsimonia que fuera tradicional en la administración pública de este país.

No desconocemos que es ésta una dolencia universal con la cual luchan casi todas las sociedades modernas. Pero, por cuanto ese es su carácter, la gravedad de los peligros que entraña son más dignos de atención y requieren una mayor suma de esfuerzos para prevenirles. Un distinguido escritor americano ha dicho brillantemente á este propósito:

"Enferman los órganos cuyas funciones se han violentado. Y enferma la administración pública, porque ha relajado todos sus resortes, porque gasta, como el pródigo, todo su capital; y cuando ha gastado el capital, abusa del crédito; y cuando el crédito le abruma, viene la bancarrota."

"El problema es más moral que económico. En la actualidad ese gran problema pesa como lápida sepulcral sobre los gobiernos, sobre los partidos, sobre el pueblo, sobre todas las clases sociales, sobre las jovenes repúblicas americanas y las viejas naciones europeas, sin que ninguna teoría de economía política, aplicada al gobierno de los pueblos, remedie ú atenúe siquiera el mal, no tanto porque la ciencia carezca de fórmulas para combatirlo cuanto por su evidente cronicidad."

«Cada año, cada mes, cada día que pasa, nos aproxima más y más á una ruina económica que parece inevitable. Pero la crísis que nos arrastra á inminente quiebra, no es particular ni está limitada á determinados pueblos sino colectiva y universal, ni tampoco las causas que la engendran son locales y de carácter efímero sino generales y de fundamental naturaleza. Son de la índole de las causas ocasionales de que habla Leibnitz, buscadas después por Hegel en su *Phcnomenalogía del espíritu* para explicar la determinación de los fenómenos sensibles.

«Hubo un rey, hijo de las revoluciones del siglo, que se llamó el Crédito. Ese rey, en las postrimerías de su influencia, ha hecho como Carlos V; ha abdicado. La sucesora legítima del Credito es la Trampa, un tirano mucho peor que Felipe II.

«La Trampa se ha impuesto á la sociedad y al individuo. Es una soberana que impera sobre los caballeros y los villanos y, desde su trono levantado en la cúspide de las sociedades, dirige á los hombres de más austera conciencia una sonrisa de amarga y mortificante ironía.»

Hágase la parte que corresponde á la hipérbole retórica, y siempre se hallará en el fondo de los conceptos trascritos, una dosis considerable de exactitud.

Lo que nosotros no admitimos en esta materia, es el carácter de excesiva generalización atribuido á los fenómenos que se contemplan. No creemos, por ejemplo, que la humanidad entera marche hacia la bancarrota, ni que este sea el rumbo uniforme que llevan las sociedades modernas.

Creemos, á la inversa, que, lejos de caminar *todas* hacia la *ruina*, hay algunas que tienden á *arruinar* á las

otras, absorviéndose por la fuerza de sus ahorros, por la paciente tenacidad de su elaboración industrial, por las finezas de su espíritu mercantil, por la inteligente dirección de sus gobiernos y de sus leyes; la savia que la naturaleza concediera inútilmente á los pueblos disipados, inertes ó imprevisores.

Las sociedades sud-americanas forman, por desgracia en esta última categoría y parecen condenadas al papel de víctimas, que no al de victimarios, de esta gran lucha universal. Por eso se explica que un escritor colocado en este punto desventajoso de observación, no divise sino escombros y ruinas por todas partes, engañado por los mirajes del horizonte que domina con su mirada.

Se había creído que entre los pueblos de este continente, Chile caería el último en la desorganización y en los trastornos que originan la prodigalidad, la imprevisión, la falta de tacto, de prudencia y de cordura para dirigir la marcha misma de su progreso.

Y este convencimiento no era una ilusión de vanidad nacional, porque estaba fundado en la historia y en las peculiaridades de nuestra organización económica y social.

Formóse este país de la más pobre de las colonias españolas, en un suelo virgen y de relativa feracidad que encerraba en sus montañas y en sus valles riquezas que sólo cederían al esfuerzo tenaz de sus hijos.

La feliz unidad y virilidad de su raza, completaban el conjunto de condiciones que debían hacer de este país un pueblo de trabajadores sobrios, pacientes y esforzados.

Así marchamos, en efecto, hasta época muy reciente, salvo eclipses pasajeros y sin trascendencia para interrumpir la elaboración paulatina y sólida del progreso nacional.

La vorágine del desconcierto nos ha venido á envolver á última hora, cuando un vasto ensanche de los territorios y de las riquezas naturales del país, ha infiltrado en el espíritu de gobernantes y gobernados ideas y aspiraciones falsas, tendencias desequilibradas hacia un progreso á saltos y hacia una expansión indiscreta de todos los servicios, de todos los adelantos y perfeccionamientos dispendiosos de las sociedades más poderosas de la comunidad universal moderna.

Es fuerza reaccionar sin pérdida de tiempo contra estas corrientes perturbadoras.

Necesitamos economizar y trabajar.

Es absolutamente indispensable que el país utilice todos y cada uno de sus elementos de producción.

Nada obsta para que este resultado se produzca dentro de la correccion mas perfecta y del respeto que debemos y que merece el derecho ajeno.

La ley de venta en remate de las salitreras, debería ser retirada por el Gobierno ó rechazada por el Congreso. Las avideces fiscalistas que inspiraron ese pensamiento en 1888 y que le han vuelto á resucitar hoy, darían, como consecuencia inevitable, consumar la ya muy avanzada colonización industrial de Chile por el capital extranjero.

Entréguense las oficinas salitreras del Estado á la explotación de sociedades ó de capitalistas exclusivamente chilenos, sea en forma de venta, ó, como nosotros lo juzgamos muy preferible, á título de contratos de elaboración por un plazo que no exceda de diez años y con las demás cláusulas de detalles que serían indispensables para garantir la seriedad y eficacia de estos pactos.

No se tema ni á las rupturas de las combinaciones

artificiales que han gobernado la marcha y la producción de esta industria ni á las crisis transitorias que pudieran sobrevenir por exceso de productos.

El país nada tiene que temer de esos sacudimientos pasajeros, porque lo único que le interesa es que se produzca mucho y barato para que el consumo se generalice y se extienda á los enormes ámbitos que debe abrazar. Si los industriales no velan inteligentemente sus intereses, ellos serán las unicas víctimas y otros más discretos les reemplazarán en la labor. De unos ú otros saldrán siempre los mismos y mayores impuestos fiscales, y cuando la marcha de la industria se normalice en la nueva faz hácia la cual debiera encaminársela, el país recogerá la cuota más alta de sus beneficios.

Los escrúpulos que sienten algunos de nuestros hombres públicos para amparar con la acción de la ley el interés exclusivamente nacional, son, en realidad, hasta candorosos y harán sonreír á los mismos industriales extranjeros que los inspiran.

Absolutamente libre es el país para trazar los perfiles dominantes de su política económica.

Todos los pueblos del mundo usan amplia y egoístamente de este derecho.

Las legislaciones aduaneras restrictivas y proteccionistas ¿qué otra cosa son, en el fondo, sino monopolios consagrados en pro de la industria reinícola y en daño de la industria extranjera? Y cuando esas legislaciones llegan hasta establecer derechos prohibitivos para la produccion similar extranjera, ha podido discutirse la discreción y la conveniencia de tales medidas, pero jamás se ha puesto en tela de juicio su licitud y su corrección dentro del derecho de soberanía nacional.

Las prohibiciones de hacer el comercio de cabotaje en las costas de un país determinado por naves extranjeras, las de pescar en mares territoriales y tantas otras análogas, que son comunes y corrientes en los pueblos de más adelantada cultura, tienen, á todas luces, un carácter mucho más utilitario y restrictivo que la idea lícita y justísima que patrocinamos. Porque no hay ni siquiera pretextos para que se estimase como hostilidad ú aspereza, que un Estado prefiriese á sus nacionales sobre los extranjeros para venderles los bienes de su exclusivo dominio.

Nadie ignora que algunas legislaciones civiles prohiben al extranjero hasta la adquisición de bienes raíces sin permiso del Congreso, como un tributo de respeto, exajerado si se quiere, á la soberanía del territorio nacional, y es curiosísimo que los estadistas de este país sientan escrúpulos ó temores, no ya para arrebatar ni perturbar la propiedad extranjera, que ampara la ley con la consagración respetuosa del espíritu público, sino única y exclusivamente para conceder á nuestros connacionales el usufructo de bienes del Estado sujetos á los mismos gravámenes tributarios con los cuales les explotan los extraños.

Precisos y preciosos son los momentos actuales para realizar este pensamiento.

Según el concepto uniforme de los más autorizados industriales de Iquique, los terrenos salitreros enajenados en 1883, están muy próximos á su agotamiento. Se juzga que no habría caliches, en esas tierras, para mantener, por un año más, las explotaciones señaladas á las oficinas respectivas por la combinación que dirije al presente la marcha de la industria.

Por manera que, si el Estado entregara á la explotación exclusiva de chilenos, las oficinas que conserva en su dominio, con sus terrenos, relativamente inexplotados hasta hoy y sus maquinarias susceptibles de ser habilitadas para una elaboración inmediata; podríamos aguardar confiadamente que en tres ó cuatro años se operara la más trascendental y la más benéfica de las evoluciones industriales llamadas á cambiar la fisonomía económica del país, es decir, la nacionalización y la utilización de la gran riqueza salitrera.

Hemos llegado al término de nuestro estudio, y sin la vanidosa pretensión de haber descubierto nuevos horizontes ni nuevas doctrinas que aplicar como remedio á nuestros males económicos; consideramos que ellos encontrarían alivio inmediato y correctivo eficaz para el porvenir, en las tres ideas capitales que hemos sostenido á saber:

Primero, la derogación completa de las leyes de 26 de noviembre de 1892, y 31 de mayo del año en curso;

Segundo, la nacionalización de la industria salitrera, iniciada sin pérdida de tiempo en la forma propuesta, para llegar, en seguida, á la industria libre, declarando denunciables por nuestros connacionales todos los terrenos salitrales del Estado;

Tercero, la formación del gran fondo de las reservas nacionales, que se destinaría *exclusivamente* y por mitad á la amortización extraordinaria de la deuda pública y á la ejecución de las obras destinadas á servir el desarrollo y mejoramiento industrial del país.

El primer ítem de este gran fondo de la reserva nacional, debiera ser una cuota del 50 por ciento de todas las entradas fiscales provenientes del salitre, que queda-

rían así sustraídas á las infructíferas destinaciones que hasta este momento han satisfecho, para formar, como es indispensable, dado el carácter precario de estas rentas, un fondo de garantía contra las eventualidades del porvenir. La más discreta inversión de estos fondos, no necesitamos insistir en demostrarlo, es la de atender á la amortización extraordinaria de la deuda pública y al incremento industrial del país, ya que la fortuna pública es la gran reserva de los gobiernos.

Á ese mismo fondo debería destinarse todo recurso proveniente de la venta de bienes nacionales, incluídos, por cierto, los que produjeran la realización de las existencias en oro y plata acumuladas en virtud de las leyes de 1887, 1892 y 1893.

Ingresaría asimismo al fondo de las reservas nacionales, el canon de arrendamiento de los ferrocarriles del Estado, ya que es hasta inconcebible que se mantenga indefinidamente sometida á una administración fiscal tan deficiente como peligrosa, y tan peligrosa como ruinosa; la empresa pública que mayores sacrificios ha impuesto á los contribuyentes.

No admite comentarios el hecho, oficialmente comprobado, de que los ferrocarriles hayan producido en 1892, el 0.69 por ciento de los capitales invertidos en su construcción. Nada es más exacto que aquello de atribuír á las vías ferreas el carácter dominante de empresas de fomento destinadas á dar impulso á la riqueza pública, antes que el de especulaciones industriales. No sólo en Chile, sino en todas partes del mundo, los ferrocarriles sirven, ante todo, á ese propósito fundamental. Pero sólo en Chile se tolera, se acepta y casi se aplaude que obras públicas que han exigido la inversión de cerca

de cincuenta millones de pesos oro, y que representan casi el total de la deuda externa; no contribuyan con un maravedí para atender al servicio de las obligaciones nacionales.

La ley que ordenase la formación de un fondo de reservas así compuesto, habría implantado, con el aplauso unísono del país, el sistema más práctico y más benéfico de economías en los gastos de la administración pública. Y, en realidad, esta sería la parte sustantiva y trascendental que envolviera el pensamiento que insinuamos.

Por lo que atañe ahora á las economías en los gastos ó consumos particulares, impondrálas ineludiblemente la suprema ley de la necesidad. Contribuirá por cierto, y con grande influencia, á producir este propio resultado, la reforma de la tarifa de aduanas vigente, reforma que oficial y reiteradamente ha sido anunciada como muy próxima.

Muy deliberadamente nos abstenemos de tocar, antes de dar término al presente estudio, un problema de vital interés para la condición económica nacional. Aludimos á la necesidad, á nuestro juicio muy comprobada, de unificar y concentrar las emisiones del circulante fiduciario.

Un solo banco emisor, como los de Inglaterra, Francia, Austria, Bélgica, Holanda, Rusia y España; entra en la tendencia dominante de la política económica moderna. La pluralidad de bancos emisores que existen en Italia, Estados Unidos de América, Suiza y otros países, han manifestado prácticamente los peligros á que está sujeto este régimen. En los instantes mismos en los cuales escribimos, la Italia discute una ley que crea el banco emisor *único*, y este propio pensamiento se agi-

ta aún en pueblos federales como la Suiza y los Estados Unidos. En la Alemania federal existía también la pluralidad de bancos emisores; pero, hecha la unificación política, se marcha rectamente también hacia la unificación emisora-bancaria.

A excepción de los bancos de Estado de Rusia y Suecia, todos los demás establecimientos emisores únicos, son instituciones particulares como las nuestras.

Pero, lo repetimos, la elucidación de este interesante tópico, que nos llevaría demasiado lejos, es más propia y útil del momento en el cual se derogaran las leyes de conversión que del actual, y por una y otra razón renunciamos á emprenderla.

Pudiera creerse por algunos que hacemos obra más peligrosa que benéfica ó útil, presentando la situación económica del país tal como es en realidad.

Pensamos, de nuestra parte, que el optimismo es el más funesto consejero en las horas difíciles y en los momentos de prueba y que la verdad es la única que puede salvarnos.

Nunca habría llegado á comprometerse nuestra antigua y modesta pero sólida condición económica, si no hubiera dominado, para desgracia del país, el criterio de esos eternos pregoneros de las pretendidas inagotables riquezas nacionales.

No podríamos hallar justificación más cumplida para el espíritu que preside á nuestro estudio, que la que encierra el pasaje que transcribiremos, como conclusión, tomado del folleto del Ministro argentino, señor Terry:

"Ha sido el error de todos nuestros Ministros de Hacienda, engañar al país y engañarse á sí mismo. Hablar siempre de la producción, de la región de los

cereales, del país virgen, de riquezas naturales, de vastas extensiones de territorio abiertas á la labor fecunda del *pionner*, de las vías férreas, de la inmigración, del número de buques que entran y salen de nuestros puertos y especialmente de los brillantes destinos de la Argentina patria; condimentado todo esto con el honor y el crédito nacional. Presentan siempre el anverso de la medalla iluminado con las luces fatuas de palabrería insustancial, que el reverso le abandonan entre sombras de prudente silencio y así les vemos aún «en los momentos más críticos de nuestra vida económica,» volver al estribillo de siempre y presentarse ante el país con un optimismo mentido y falaz.

«La inconversión de 1885 debió merecer una manifestación oficial y un estudio detenido de las causas que la motivaban, para demostrar así la transcendental importancia del hecho y la seria gravedad que entrañaba para el porvenir, y si el Ministro de Hacienda de ese entonces *hubiera demostrado con números que esas causas eran los déficits acumulados desde años atrás, la prodigalidad desmedida de nuestros Congresos, el exceso de la importación sobre la exportación, del consumo sobre la producción, el servicio siempre creciente de los capitales europeos y el aumento consiguiente de la deuda pública;* tal vez que pueblos y gobiernos, dándose cuenta exacta de la situación del país, hubieran procedido de distinta manera, es decir, con más cautela y con más ciencia y conciencia de los peligros, de los errores y de las responsabilidades que sobre todos pesaban.»

Santiago, octubre de 1893

LUIS ALDUNATE